

Jazmín®

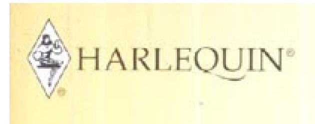
Segundo matrimonio

Natasha Oakley

Segundo matrimonio

Natasha Oakley

01 Serie Multiautor De Corazón a Corazón



Jazmín

Segundo matrimonio

Natasha Oakley

Segundo Matrimonio (2005)

Título Original: For our children's sake (2004)
Serie Multiautor: 01 De Corazón a Corazón (Heart to Heart)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1941
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Dominic Grayling y Lucy Grayford

Argumento:

¿Sería un matrimonio de conveniencia… o por fin ambos conseguirían formar una verdadera familia?

Lucy Grayford se quedó destrozada al descubrir que su hija en realidad no era hija suya. Seis años antes se había cometido un error en el hospital y su hija y la de Dominic Grayling, a quien Lucy acababa de conocer, habían ido a parar a los padres equivocados. Sólo había una solución para tan desgarradora situación: casarse por el bien de las niñas…

Capítulo 1

Todo era verdad. Todo. Hasta aquel momento, Lucy Grayford no había querido creerlo. Desde Shropshire había ido diciéndose que tenía que ser un error. Era como si hubiese entrado en un mundo paralelo, del que saldría enseguida. Pero, al ver los ojos angustiados del hombre que tenía delante, supo que no era un error.

Haciendo un inmenso esfuerzo, intentó concentrarse en lo que estaba diciéndole. Podía ver que movía la boca y, sin embargo, le costaba trabajo entender sus palabras. Lo que significaban esas palabras para ella, para Chloe.

—Chloe no es su hija biológica —estaba diciendo el doctor Shorrock con voz muy suave, muy, muy suave. Cada palabra pensada y meditada—. Los embriones que se implantaron en su útero pertenecían a otra pareja.

Debería dolerle más.

Esas palabras volverían loca a cualquiera.

—Pero… pero yo parí a Chloe —Lucy intentaba encontrarle sentido a todo aquello. Ella había parido a su hija. Once largas horas y diecisiete puntos más tarde había dado a luz a una niña de tres kilos dos cientos gramos. La había tenido en sus brazos enseguida… toda roja, arrugada e increíblemente bonita. Y suya.

Desde entonces, su vida giraba alrededor de aquella niña milagrosa.

—Sé que es difícil de entender, señora Grayford. Lo sé —el doctor Shorrock movía unos papeles, nervioso—. Pero aunque usted diese a luz de forma natural, el óvulo y el espermatozoide pertenecían a otra pareja y…

—Es mía —lo interrumpió Lucy.

Aquello era una pesadilla, tenía que serlo. Lentamente, lo que el doctor Shorrock le estaba diciendo conseguía penetrar en su cerebro. Estaba diciéndole que Chloe no era su hija, que era de otra pareja.

Pero la había llevado dentro durante nueve meses, la había parido…

—Ha sido mi hija durante seis años. No puede quitármela ahora…

—Me temo que el error tiene otras ramificaciones. Algo en su expresión asustó a Lucy. Casi no podía respirar. Ya había destrozado su vida con esas palabras. ¿Qué más podía decirle?

—En el momento… del error, usted y su difunto marido tenían tres embriones congelados en la clínica.

La presión que sentía en el corazón era casi insoportable mientras

esperaba el siguiente golpe.

—¿Y?

—Los tres fueron implantados en el útero de otra mujer y uno de ellos dio como resultado el nacimiento de una niña.

—¿Mi hija? —murmuró Lucy, incrédula.

—Genéticamente su hija, sí.

Lucy se llevó una mano a la frente, intentando controlar el dolor, que empezaba a ser como una garra de hierro. Era imposible. El pomposo doctor Shorrock, con el pelo cuidadosamente peinado para taparle las entradas, estaba hablando de errores y embriones y, sin embargo, de lo que hablaba era de vidas humanas. De la vida de su hija.

—Naturalmente, habrá que hacer una investigación completa. En este momento, lo único que puedo ofrecer es nuestras más sinceras disculpas.

—No entiendo. ¿Cómo… cómo es posible que haya ocurrido algo así? No es posible.

—Los errores son extremadamente raros en embriología, pero siempre existe el factor humano. Es obligatorio que en todas las clínicas de fecundación haya un escrupuloso sistema de etiquetado y se comprueban varias veces los embriones antes de la implantación… Aunque la clínica a la que usted acudió cumplía con todos los requisitos como en todas las áreas de la medicina, siempre puede haber un error humano.

—¿Y la otra pareja lo sabe? ¿Se lo ha dicho?

El doctor Shorrock miró sus notas.

—El análisis de sangre de la otra niña muestra un RH negativo y eso revela que hubo un error. Ambos padres tienen RH positivo, de modo que no puede ser su hija biológica.

—Yo soy RH negativo —murmuró Lucy, clavándose las tiñas en las palmas de las manos. Quería sentir algo, además del terrible dolor que le estaba partiendo el corazón.

«Por favor, Dios mío, por favor, que no sea verdad».

Ella sabía lo que era el dolor. Sabía muy bien lo que era desear que el mundo se detuviese. Pensó que nunca se recuperaría de la muerte de Michael y ahora… era como si hubiera muerto otra vez, llevándose con él a la única persona que había podido consolarla. La persona que le daba una razón para vivir, por la que había sido capaz de levantarse cada mañana y, por fin, volver a ser feliz. Y, de repente, todo volvía a ser negro.

—Tiene que haber un error —murmuró—. Esto no puede estar pasando.

El doctor Shorrock bajó la mirada, como si no pudiera soportar ver el dolor en sus ojos.

—Por los análisis que hemos hecho, tengo la certeza de que hubo un intercambio de embriones. Seguramente, hubo un error con los apellidos… —el hombre sacudió la cabeza, como si tampoco él pudiera creerlo—. No puedo explicarle cómo ocurrió antes de que termine la investigación. Hasta entonces, debe saber que el jefe de la unidad ha sido suspendido de empleo y se ha informado a las autoridades.

Como si eso le importara. La gente de la clínica era gente a la que no conocía, en la que no había vuelto a pensar. Pero él siguió hablando, su rostro la viva imagen de la preocupación:

—Evidentemente, habrá muchas preguntas y…

—¿Qué pasará ahora con Chloe?

—Naturalmente, el bienestar de las niñas es lo que más nos importa. No hay ninguna regla establecida sobre qué hacer en caso de un intercambio de embriones, aunque el sentido común sugiere que siga usted teniendo la custodia de la niña hasta su mayoría de edad.

¿La custodia? ¿Qué significaba eso? Chloe era su hija, lo había sabido desde su primer suspiro.

—Mientras las cuestiones legales se debaten en los tribunales, usted deberá decidir si quiere tener relación con su hija biológica o no. Aunque tendrá que haber una decisión del juez sobre la paternidad de esas niñas…

El médico siguió hablando, pero Lucy no estaba interesada. Las únicas palabras que se repetían en su cabeza eran: «Chloe no es mi hija, Chloe no es mi hija». Pero lo era. Chloe era su hija. Era la cosita que se apretaba contra ella durante las tormentas, la niña por la que había tenido que permanecer largas noches despierta cuando tuvo el sarampión. Era suya. Absolutamente. Y lucharía por ella hasta el último aliento.

¿Y su otra hija? Suya y de Michael. Una niña que había sido criada por otros padres… unos extraños. La presión que sentía en el corazón se hizo insoportable y sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba llorando. No quería llorar, pero las lágrimas rodaban por su rostro sin que pudiera evitarlo.

El doctor Shorrock le acercó una caja de pañuelos.

—Me doy cuenta de que esto es muy difícil para usted, señora Grayford. Debería darse un tiempo para asimilarlo. Mientras tanto, pondré en marcha algunas de las cosas que hemos acordado.

¿Acordado? ¿Qué habían acordado? Lucy no lo sabía. Temblando, tomó un pañuelo de la caja y se secó las lágrimas. Pero no valió de

nada porque eran como un torrente.

El doctor Shorrock sacó un sobre grande del cajón.

—Una enfermera le dará algo para que se calme. Yo sólo puedo ofrecerle mis más sinceras disculpas en nombre de mis colegas y decirle que me pondré en contacto con usted en cuanto sepa algo más.

Dominic Grayling se sentó en el banco cubierto de graffiti que había delante de la puerta de la clínica, mirando a la gente que entraba y salía, sin verlos en realidad. No debería haber ido, pero la tentación fue irresistible. Se había dicho un millón de veces desde el viernes que la fecha y la hora que había visto escritas en su historial médico podría significar cualquier cosa. Y, sin embargo, en el fondo, no lo creía. En cuanto lo vio supo que tenía que ser una cita del doctor Shorrock con ellos. Y allí estaba, esperando.

Dominic miró el reloj y, de nuevo, las puertas de la clínica. Era tarde. Quizá ya se habrían ido. Estaba tan seguro de que podría reconocerlos… porque tendrían la misma expresión que él cuando comprendió lo que había pasado. Estarían perdidos, rotos.

No quería hablar con ellos. Sólo quería verlos. Para averiguar si eran felices, seguramente. Y él si podía imaginar a su hija biológica siendo feliz con otros padres. Eso sería suficiente. ¿O no?

Las puertas automáticas se abrieron y oyó decir a alguien:

—¿Seguro que no quiere esperar un poco más? No me gusta que se vaya así.

—Quiero irme a casa. Tengo que irme.

La otra voz era tensa, ahogada. Una voz que lo conmovió.

Era una mujer muy guapa. Aunque había estado llorando. Estaba llorando. Pero seguía siendo preciosa. Tenía el pelo castaño oscuro con mechas rojizas y los rizos enmarcaban un rostro ovalado… Exactamente como el de Abigail.

Dominic se obligó a sí mismo a apartar la mirada. Estaba empezando a perder la cabeza, a ver parecidos donde no los había. Londres estaba lleno de mujeres de rostro ovalado y pelo castaño. Además, él estaba buscando una pareja.

Entonces volvió a mirar a la mujer. Su piel morena era igual que la de Abby y de la clínica no había salido nadie más que se le pareciera. Estaba buscando algo en el bolsillo de su abrigo negro. ¿Un pañuelo?

Irradiaba dolor. Era como si se estuviera mirar en un espejo. Ese dolor devastador, imposible de poner en palabras…

No pareció encontrar el pañuelo y se secó los ojos con las manos. Dominic no pudo soportarlo. Ver su dolor y no poder hacer nada…

Nervioso, se acercó para darle el pañuelo blanco que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Lo siento… se me pasará enseguida… es que…

—Sólo es un pañuelo —dijo él.

—Gracias —la mujer se secó las lágrimas y luego, un poco confusa, se lo devolvió.

—No, quédeselo.

—Gracias.

—De nada. Me llamo Dominic Grayling.

La mujer lo miró, sin entender. Evidentemente, su nombre no significaba nada para ella. Claro que no. No podía esperar que lo reconociese por los documentales y, aunque fuera la mujer a la que había esperado ver, no tenía por qué saber su nombre. Esa información era mantenida por la clínica en secreto.

—¿Puedo ayudarla?

—No, no, estoy bien. Gracias —murmuró, con una valiente sonrisa.

No sabía qué era, algo en su sonrisa, en su forma de andar… pero Dominic no podía dejarla ir.

—Sé que no debería hacer esto, pero tengo que preguntarle.

Ella se volvió, sus ojos castaños un poco asustados.

Dominic respiró profundamente. Iba a parecer un loco, pero no podía dejar pasar la oportunidad. Antes de que se dieran cuenta, caerían sobre ellos personas preocupadas por las cuestiones legales… Sólo tenía esa pequeña oportunidad… ahora, antes de que sus vidas quedasen destrozadas del todo.

—¿Por casualidad acaban de decirle que su hija no es suya? —preguntó rápidamente, para no perder el valor—. Mi mujer y yo hicimos un tratamiento de fertilidad hace siete años y acabo de descubrir que los embriones… perdone, no debería haberle dicho nada. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—Lucy Grayford. Mi nombre es Lucy Grayford y sí, acaban de decirme eso.

Se quedaron en completo silencio, ambos buscando la verdad en el rostro del otro. Él intentó llevar aire a sus pulmones.

—Encantado de conocerla. Me llamo Dominic Grayling —repitió, seguro de que aquella vez ella recordaría el nombre—. Creo que deberíamos hablar.

Lucy Grayford asintió con la cabeza.

Dominic quería ponérselo fácil, pero ¿qué podía hacer para que aquello fuese fácil? Era como si se hubiera abierto la puerta del infierno. Y allí estaban, dos extraños unidos por una inmensa, incomprensible tragedia.

—Hay un parque en la esquina. Quizá podríamos ir allí… cerca hay un café… ¿o prefiere dejarlo para otro momento? Podría darle mi número de teléfono para hablar después, cuando haya tenido tiempo de pensarlo.

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. No quiero irme a casa todavía.

Dominic sabía lo duro que había sido descubrir que la niña a la que amaba, a la que creía su hija, no lo era. Y sabiendo eso, uno tenía que irse a casa y fingir que no pasaba nada, que no le habían arrancado el suelo bajo los pies. Él había salido de la misma clínica unos días antes, había paseado bajo la lluvia durante dos horas antes de encontrar valor para volver con Abby.

—Prefiero hablar.

Sin decir una palabra más, los dos empezaron a caminar. Lucy metió las manos en los bolsillos del abrigo y dejó que el viento secase sus lágrimas. Sentía frío, miedo. Nada en la vida la había preparado para aquello.

Con el rabillo del ojo, miró a Dominic Grayling. En otras circunstancias, en otro momento, podría haberlo encontrado atractivo. Guapo incluso. Era alto, delgado, de pelo castaño claro, rostro inteligente y ojos amables. No se parecía a Chloe, pensó. Ella era rubia, de piel muy clara. Sin embargo, quizá había un parecido indefinible… el corte de cara, la expresión.

¿Por qué había aceptado hablar con él? Habría sido más sensato esperar hasta que hubiese hablado con un abogado. Y, sin embargo, los ojos de Dominic le decían que compartía su dolor, que entendía por lo que estaba pasando. El doctor Shorrock, con toda su profesionalidad, con toda su calma, no había entendido su agonía.

—Podemos tomar un café aquí.

Lucy levantó la mirada. Él señalaba un café al otro lado de la calle.

—Muy bien.

Estaba lleno de gente. Algunos leían el periódico, otros comían o tomaban una cerveza. Todo muy normal, asquerosamente normal. Mientras su vida estaba hecha pedazos.

—¿Cómo quiere el café?

—¿Café? Ah, sí, con leche, por favor.

Lucy se vio a sí misma en el espejo de la barra. Parecía la misma de siempre, como si no hubiera pasado nada. Qué extraño, pensó. Si el mundo se había derrumbado, debería ver algo diferente en su cara. ¿Era por eso por lo que, cuando Michael murió, todo el mundo le decía lo entera que la encontraba?

—Su café —de nuevo, la voz de Dominic interrumpió sus

pensamientos. Y, de nuevo, en sus ojos había comprensión. Eran unos ojos amables. De color azul claro, con puntitos amarillos, como rayitos de sol. Se podía confiar en unos ojos como ésos.

—Gracias.

—El parque está a la vuelta de la esquina. Muy cerca de aquí. Y he pedido los cafés para llevar —dijo él, señalando los vasos de plástico.

A Lucy le daba igual. Le habría seguido a cualquier parte en aquel momento. Sólo con saber que no tenía que tomar una decisión era suficiente. Si quería dar un paseo, darían un paseo.

El parque no era muy grande y el muro que lo se paraba de la calle estaba cubierto de graffiti. Un sitio feo pensó, con extraño distanciamiento.

—Podríamos sentarnos en ese banco —sugirió Dominic.

—Muy bien —murmuró Lucy, sin mirarlo.

Él la miró, muy serio.

—No debería hacerle esto. Es demasiado pronto. Aún está aturdida.

—Siempre estaré aturdida.

Dominic asintió.

—¿Quiere contarme lo que le han dicho?

—No puedo. Aún no.

—No —asintió él. Y en esa sola palabra, Lucy pudo sentir toda su compasión—. Tómese el café. Al menos está caliente.

—Todo el mundo quiere que beba algo. La enfermera insistía en que tomase un té…

Dominic sonrió, comprensivo.

—Mi mujer, Eloise, nació con un defecto en el corazón. No debería… no debería haber…

Lucy esperó. Por primera vez, se le transmitía su dolor. Aquel hombre sabía exactamente lo que ella estaba sintiendo. Lo sabía porque estaba sumido en la misma pesadilla. Nadie más podría entender cómo era posible sentirse tan derrotado. Pero aquel hombre, Dominic Grayling, lo sabía.

—Eloise quería tener hijos —siguió, haciendo un dibujo con el pie en el barro seco del suelo—. Pero no llegaban. Mes tras mes… nada.

Lucy tomó un sorbo de café y esperó.

—Entonces no sabíamos lo de su corazón. Luego nos enteramos, claro. Había un riesgo importante, nos dijeron. Pero Eloise se desesperaba. Su vida nunca estaría completa sin hijos. Yo intenté…

Ella entendía su desesperación. La espera, la angustia, la sensación de que cada mes perdías a tu hijo, aunque la cabeza te dijera que no habías perdido nada. La sensación de que se iba la vida, mes tras mes.

—Así que acepté que nos hiciéramos el tratamiento de fertilidad. Cuando Eloise supo que estaba embarazada… nunca la había visto más feliz —Dominic se apoyó en el respaldo del banco—. Pero hubo complicaciones durante la cesárea y murió en el parto.

Lucy no había esperado eso. Su mano derecha, con la que sujetaba el café, empezó a temblar. Su esposa había muerto.

—Abby es todo lo que tengo, todo lo que me queda.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

Él tenía la cabeza inclinada y casi podía ver el peso que llevaba sobre los hombros. Su mujer había muerto dando a luz a una niña que no era su hija… y, sin embargo, él seguía queriendo a Abby. Su Abby. Como ella quería a Chloe.

—¿Cómo descubrió que Abby… —la voz le tembló al pronunciar ese nombre— no era su hija biológica?

—Porque su RH…

—Es negativo, como el mío. Sí, el doctor Shorrock me lo ha dicho —intentó sonreír Lucy.

—Ojalá no nos hubiéramos enterado nunca —Dominic la miró a los ojos—. La quiero más que a nada en el mundo. Puede que no sea mi hija biológica pero es más mía que…

No terminó la frase, como si de repente hubiera recordado con quién estaba hablando. Pero a Lucy no le importó. Se alegraba de que sintiera aquello tan apasionadamente, de que Abby estuviera en buenas manos.

Era tan raro. Aquel extraño la hacía sentir segura. Hablando con él, el pánico había disminuido un poco. El dolor seguía allí, como un nudo helado dentro de su corazón, y sin embargo, mirando a Dominic, casi podía creer que iba a sobrevivir. Que podría haber una salida para aquella pesadilla.

—Entiendo —dijo en voz baja—. Yo también quiero mucho a Chloe.

Los ojos del hombre se humedecieron.

—Chloe. Qué nombre tan bonito.

—Es preciosa. Una niña increíble —dijo Lucy, levantándose para tirar el vaso de plástico a la papelera—. ¿Damos un paseo?

—Sí.

—Abby también es un nombre muy bonito.

—Se llama Abigail en realidad. Significa «padre alborozado» —sonrió Dominic—. Quería que mi hija supiera que no la culpaba… de la muerte de Eloise. Entonces me pareció importante.

Lucy entendía bien lo que debía haber sufrido aquel hombre.

Perder a Michael había sido un golpe terrible, pero ella no se sintió

culpable. Por lo poco que le había contado, era evidente que Dominic Grayling se culpaba a sí mismo, en parte al menos, por haber aceptado someterse al tratamiento de fertilidad. Y, sin embargo, a pesar de todo pensó en su hija, en darle un nombre que la eximiera de toda culpa. Quiso asegurarle que era una niña querida. Tenía que ser un hombre muy especial.

—¿Abigail parece a mí? —preguntó entonces. Tenía que saber.

—Un poco. En el color del pelo, de la piel. Pero más… en su forma de moverse. Se mueve como usted.

Era embarazoso que un extraño la mirase de esa forma, tan concentrado. Como si no pudiera ver nada más.

—¿Chloe?

—Sí… tiene su corte de cara, sus manos.

Sus manos. Ni siquiera se había dado cuenta de eso hasta aquel momento. Y, sin embargo, Chloe tenía los mismos dedos largos. Siempre le habían gustado las manos de su hija. «Manos de artista», solía decir Michael.

—Me gustaría conocerla.

Lo había dicho en voz baja, pero esas palabras fueron como una bofetada.

—No.

—¿No quiere usted ver a Abigail? —preguntó él. Lucy no contestó —. ¿De verdad no quiere verla? Nos guste o no, otras personas van a tomar decisiones por nosotros. Cuando me enteré de lo de Abby… Dios mío, esto es horrible —Dominic se pasó una mano por la cara—. Mi primer instinto fue callármelo, esconderlo para que nadie descubriese el error. Que Abigail fuese mía, sólo mía.

Lucy lo miró a los ojos.

—Entiendo.

—Pero no podemos hacer eso. Las niñas tienen derecho a saber quiénes son sus padres biológicos. Chloe podría necesitarlo más que Abby.

Un escalofrío la recorrió al entender a qué se refería.

—¿El problema de corazón de Eloise podría ser hereditario?

—Es posible que la niña lo haya heredado, sí —contestó Dominic —. Pero no probable.

Lucy sintió una ola de pánico.

—No puede ser…

—Tenemos que hacerlo —insistió Dominic, tomándola del brazo—. Nuestras hijas tienen seis años, son demasiado pequeñas para lidiar con esto. Nosotros somos los adultos y tenemos que solucionarlo de alguna forma.

El calor de su mano traspasaba el abrigo y Lucy casi podía creer que le traspasaba a la vez su fuerza, su decisión.

—Estoy asustada —le confesó.

—Si pudiera decirle que todo va a salir bien, lo haría. Pero no puedo. Sólo sé que haré lo que sea necesario para proteger a Abby y a Chloe. No quiero de mandar a la clínica, no quiero publicidad.

La palabra «publicidad» le dio otra dimensión a la situación. Lucy no había tenido tiempo de pensar en todas las consecuencias de aquel error. Le había parecido que el doctor Shorrock estaba a la defensiva, pero no lo había registrado más que como malestar por tener que darle la noticia. Y sí, podrían de mandar a la clínica por esa terrible negligencia. Pero si lo hacían, ¿qué? Un trágico error en una clínica de fecundación asistida tenía todos los elementos para convertirse en noticia de portada…

Luego pensó en Chloe. Una niña alegre, feliz, que tenía que vivir sin su padre. Que tenía muy pocos recuerdos del hombre que la había querido durante los cinco primeros años de su vida.

—Yo tampoco quiero publicidad.

Dominic soltó su brazo.

—Estoy seguro de que los jueces harán todo lo posible para proteger a las niñas. Son tan pequeñas… no quiero hacer esto más difícil para usted y su familia de lo que ya es… pero tampoco podemos fingir que no ha pasado. Imagino que nos pedirán que firmemos un documento renunciando a la paternidad de nuestras hijas biológicas.

Lucy arrugó el ceño. Él había tenido más tiempo para acostumbrarse a la idea…

—Pero me gustaría verla —insistió Dominic—. Poder enviarle una carta en Navidad… No puedo solucionar este problema, pero quiero que mi hija biológica sepa que la habría querido y que estaré a su lado si me necesita —añadió. Su sinceridad era evidente—. Y usted querrá lo mismo para Abby, ¿no?

¿Para la niña a la que no conocía? ¿Abby? Sí, quería que Abby supiera que la habría querido.

—Sí —dijo Lucy en voz baja—. Me gustaría.

—Yo creo que son muy pequeñas para saberlo todo. Si me deja ver a Chloe alguna vez, le aseguro que nunca haré nada que le haga daño. Sólo me gustaría conocerla. Hablar con ella para ver su cara cuando piense en ella.

—¿Y Abby?

—Quiero que sepa quién es usted, que pueda ponerle cara cuando le diga la verdad. Mi hija debe saber que hice todo lo posible para que

esto no fuese un trauma.

Lucy se quedó pensativa.

—Me gustaría conocer a Abby, sí.

—Bien.

—Y usted puede conocer a Chloe. Pero más tarde, ahora no. Ahora no puedo.

Los ojos azules se suavizaron. Dominic Grayling era un hombre en el que se podía confiar.

—Primero debería hacer que la examinara un cardiólogo. Para saber dónde estamos.

Lucy seguía mirándolo a los ojos, como si fueran el salvavidas que iba a evitar que chocase contra las rocas.

—Es una niña muy sana.

—No sabe cómo me alegro. Pero sería mejor que lo comprobase.

—Sí, claro… Bueno, tengo que irme a casa.

Dominic sacó una tarjeta del bolsillo.

—Tome.

«Doctor Dominic Grayling», leyó.

—¿Es usted médico?

—No, no soy doctor en medicina —sonrió él, un poco cortado—. ¿Me da su dirección?

Lucy seguía mirando la tarjeta.

—Grayling. A esto se refería el doctor Shorrock. Me dijo que seguramente habría habido una confusión con los apellidos… Yo me llamo Grayford.

—Sí.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Parece imposible, ¿verdad? —murmuró, sacando una libreta del bolso para anotar su dirección—. Vivo en Shropshire.

—¿Quiere que la acompañe a casa? ¿Su marido ha venido a Londres con usted?

—¿Michael? No, no, mi marido ha muerto.

—¿Perdón?

—Michael murió cuando Chloe estaba a punto de cumplir cinco años —contestó Lucy, intentando que su voz sonara firme—. Así que entiendo muy bien lo que siente por Abby. De verdad. Chloe también es todo lo que me queda en el mundo y jamás renunciaré a ella.

Capítulo 2

Lucy miró su reloj y se percató sobresaltada, de que eran más de las siete.

Quería estar tranquila cuando viese a Dominic de nuevo, quería dar una imagen de serenidad… pero sus buenas intenciones se habían ido por la ventana. El tiempo había pasado sin que se diera cuenta, como ocurría siempre que uno tenía una tarea difícil por delante, pensó mientras buscaba con los ojos a su hija. Tendría que correr para estar lista a tiempo.

—Cinco minutos, Clo. Y luego tenemos que ir a casa de la abuela —le gritó, guardando las cosas de la merienda.

No sabía si Chloe la había oído porque iba corriendo hacia el tobogán. Lucy sonrió. Nada había turbado el mundo de su hija y estaba decidida a que siguiera siendo así. Fuera lo que fuera lo que Dominic Grayling tenía que decirle. Dijese lo que dijese el juez, ella la haría sentirse feliz.

—¡Chloe tenemos que irnos. Cinco minutos más y se acabó!

Cuando se volvió para guardar el mantel, vio una solitaria figura observándola. O quizá era cosa de su imaginación. Él no debería estar allí. Dominic no haría eso sin avisarla. ¿O sí?

La solitaria figura empezó a caminar hacia ella…

—Hola.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Lucy, furiosa—. Llegas con una hora de adelanto.

—Curiosidad —contestó él, con expresión contrita.

—¿Cómo te atreves? Podrías haber asustado a la niña.

—Lo siento.

Pero no parecía sentirlo. Estaba relajado, tranquilo.

—¿Y si Chloe te hubiera visto mirándola?

—No me ha visto.

—No lo sabes.

—Estoy seguro de que no me ha visto. ¿Te he asustado?

Esa pregunta la pilló desprevenida. ¿Estaba enfadada o asustada? Lucy se lo pensó un momento antes de contestar:

—Sí.

—Lo siento mucho.

—¿Sientes haber venido o haberme asustado?

Pero el enfado había desaparecido. Por teléfono tenía mucho encanto, pero en persona era casi irresistible. Con ese pelo castaño claro siempre un poco despeinado, esas facciones marcadas, esa

sonrisa tan bonita… Era un hombre en el que se podía confiar. Un rostro para pintar, pensó absurdamente. Y, por supuesto, sus hijas eran un vínculo entre los dos. Era natural que sintiera cierta conexión con él.

—No podía seguir en casa y como no había mucho tráfico… Debería haber esperado en algún sitio, lo sé, pero no pude resistir la tentación.

Lucy no quería que la espiase. Debería haberle dicho que estaba allí y no quedarse mirando. O mejor, debería haberse quedado en Londres, debería haberse perdido antes de encontrar su casa…

—¿Quieres un café? Queda algo en el termo.

—Estaba dando un paseo. No sabía que ibas a estar aquí, Lucy.

Ella lo miró, sorprendida. Su tono de voz era cálido, sexy. ¿De dónde había salido eso? Ella ya no pensaba así de los hombres. Era una deslealtad hacia Michael.

Y Dominic Grayling no era sexy. Era un hombre muy agradable pero un extraño. Debía recordar eso. Podía tener la impresión de que lo conocía desde siempre, pero no era verdad.

—¿Y por qué no te has ido al yerme?

—¿Lo habrías hecho tú?

No, por supuesto. La tentación de ver a Abigail habría sido irresistible. La tentación de buscar parecidos, de comprobar si, de verdad, esa otra niña era su hija. ¿Le habría pasado lo mismo a Dominic? ¿Habría encontrado ese parecido, esa conexión con Chloe?

—Tenías razón. Es guapísima.

Lucy guardó el mantel en la cesta.

—Sí, lo es.

—Tiene el mismo pelo rubio que Eloise.

—Ah.

—¿No debería haber dicho eso?

—No, es que…

No pudo terminar la frase porque Chloe llegaba corriendo en ese momento.

—¿Nos vamos? —preguntó la niña, mirando al desconocido.

Lucy le puso una mano en el hombro en un gesto que ella misma reconocía como de posesión. ¿Qué estaría pensando Dominic? ¿Le dolería?

—Tenemos que irnos.

—¿No podemos quedarnos cinco minutos más?

—Hoy no. Tenemos que ir a casa de la abuela.

No se atrevía a mirar a Dominic. Era un momento importante para él… y para Chloe. Lucy respiró profundamente. No podía ignorarlo.

Aunque su presencia la asustase.

—Clo, te presento al doctor Grayling. ¿Recuerdas que te he hablado de él?

Chloe miró al extraño con interés y debió ver algo que le gustaba porque sonrió. No solía hacerlo. Chloe era una niña reservada.

—Hola. Yo me llamo Chloe.

—Lo sé. Tu mamá me ha contado muchas cosas sobre ti.

—Esta noche voy a dormir en casa de mi abuela.

Dominic sonrió.

—Lo sé. También me lo ha dicho.

Su sonrisa estaba cargada de tristeza y Lucy sintió compasión por él. Por él, por ella, por Chloe, por Abby, por todas las personas que las querían.

—¿Eres amigo de mi mamá? —preguntó la niña.

—Desde luego —contestó él.

—Vamos, Chloe. La abuela estará esperando —dijo Lucy, apretando la mano de su hija. Sentir esa manita en la suya era tan reconfortante.

Y Dominic estaba solo. Podía imaginar lo que sentía viéndolas alejarse. Debía ser horrible. Y ella sentiría lo mismo cuando conociese a Abby.

Cuatro semanas desde que su mundo se puso patas arriba y no había querido pensar en ella. No había tenido tiempo, en realidad. Primero, la angustiosa espera hasta que el cardiólogo le confirmó que Chloe no tenía un problema de corazón. Luego los abogados, la gente que iba a determinar el estatus legal de las niñas. Y, por fin, la desesperada sensación de estar sola. Más sola que cuando Michael murió porque ahora tenía que guardar un terrible secreto, uno que no podía compartir con nadie. Excepto con Dominic.

Sus llamadas de teléfono habían sido como un salvavidas en un mundo que se hundía.

—¿Voy a quedarme a desayunar? —preguntó Chloe, tirando de su mano.

—A la abuela le gustaría mucho.

—¿Tú también vas a quedarte?

Lucy sonrió. Si decía que sí, Clo se llevaría una desilusión. Le gustaba mucho quedarse sola con su abuela.

—No, iré a buscarte después.

La niña miró hacia atrás.

—El doctor Grayling sigue ahí. No se ha movido.

—¿Ah, no?

—No está bien mirar a las personas fijamente ¿verdad?

—A lo mejor se siente solo y… le gustaría ir a casa con nosotros.

Chloe pareció pensárselo un momento.

—Podría ser nuestro amigo.

¿Así de sencillo?, se preguntó Lucy. No dejaría que nadie le hiciese daño a su hija. Aceptaría lo que fuera si eso pudiera ser un escudo para ella.

Cuando llegaron a la esquina, Lucy miró hacia atrás. Dominic seguía allí, mirándolas, con las manos en los bolsillos del pantalón. Parecía tan solo…

Y pronto ésa sería ella misma. ¿Podría hacerlo? ¿Reconocería a Abby como su hija? ¿Sentiría lo mismo que cuando pusieron a Chloe en sus brazos después del parto, esa abrumadora sensación de amor y responsabilidad, la sorpresa de haber creado algo tan hermoso? Ese último pensamiento le encogió el corazón. Ella no había creado a Chloe. La había parido, pero era hija de Dominic y su mujer, Eloise.

Fue lo más difícil que había hecho en toda su vida, decidió Dominic mientras veía desaparecer a la pareja. La niña tenía el pelo rubio ceniza y el rostro ovalado. Tan parecida a Eloise y, sin embargo, tan diferente.

Chloe era una niña sana, alegre. Sus ojos brillaban, llenos de vitalidad. Con una vieja camiseta y pantalones cortos, el pelo despeinado por el viento y la carita manchada, no se parecía a la imagen que se había hecho de ella durante aquellas semanas. Pero era mucho mejor. La euforia que experimentó al tenerla cerca era algo que nunca olvidaría.

El lazo que había entre madre e hija era evidente.

Chloe era una niña querida. Había ido a Shropshire para comprobar eso y, sin embargo, no le parecía suficiente. Quería que esa niña lo conociese. Sentía… celos de Lucy.

No había podido dejar de pensar en ella. Y en Lucy. En su mente, las dos eran una sola persona. Lucy, tan diferente de Eloise… Su mujer había sido maravillosa, culta, inteligente, con el rostro de un ángel pero se habría derrumbado bajo presión. Lucy era más fuerte. Incluso después de saber la noticia, aturdida y desolada, seguía siendo fuerte. Aparentemente, la vida le había dado muchos golpes y, a pesar de ello, había conseguido criar a una niña que sonreía como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

Una merienda en el parque. Él nunca había llevado a Abby al parque. Desde que empezó en el colegio, por las tardes tenía clases de piano, de ballet, de gimnasia. Cuando llegaba a casa estaba tan

cansada que sólo le quedaban energías para sentarse en sus rodillas mientras él le leía un cuento. ¿Qué pensaría Lucy de eso? Ella era tan activa que quizá no lo aprobaría.

Y quizá tampoco lo aprobaba él mismo.

El timbre sonó exactamente a las ocho y media. Aunque estaba esperándolo, el sonido la sobresaltó.

—¿Siempre eres tan puntual? —sonrió Lucy.

—Llevo un rato sentado en el coche.

—Ah, es verdad. No me acordaba…

—¿Has dejado a Chloe con tu madre?

—Sí. Le encanta dormir en casa de su abuela —Lucy intentó decirlo con una sonrisa, pero le salió algo así como una mueca.

Era un momento incómodo. Resultaba más fácil por teléfono. Entonces no se sentía confusa por el brillo de dolor en los ojos de Dominic. Sólo oía su voz, tan pausada, tan sensata, y casi podía creer que todo iba a salir bien.

—Chloe ha dicho que podríamos ser amigos.

—Es preciosa. Parece una niña muy sana.

Incluso eso debía ser difícil para él. ¿Sería Chloe como habría sido Eloise de haber tenido buena salud?

—He reservado mesa en el White Horse. No sé si se come bien, pero me ha gustado la terraza.

—Se come muy bien —sonrió Lucy. Le gustaba ese restaurante porque desde allí podían ver el lago. Además, eso sería una distracción si la conversación se volvía incómoda.

Salieron de la casa en silencio. Estaban tensos los dos. Era lo más lógico porque aquélla era una situación imposible.

—Yo solía ir al White Horse con Michael.

—¿Cuando estabais saliendo?

—No. Entonces no podíamos permitírnoslo. Michael y yo nos conocimos en el instituto y nos casamos a los diecinueve años. Pero fuimos allí en nuestro último aniversario, un par de meses antes de que muriese.

Dominic se detuvo, mirándola muy serio.

—Si quieres, podemos ir a otro sitio…

—No, no pasa nada, de verdad. Es un sitio precioso. Y tengo buenos recuerdos.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Cómo era? —preguntó Dominic.

—¿Michael?

Él asintió con la cabeza, como si no se atreviera a decir el nombre en voz alta.

Curiosamente, no le dolía hablar de Michael. Lo que le dolía era no poder hacerlo. Su condición de viuda hacía que mucha gente se sintiera incómoda y, a veces, le parecía como si Michael hubiera sido borrado de su vida.

—Era un hombre encantador. Le gustaba mucho el deporte la vela, cualquier reto. Fue una sorpresa terrible descubrir que tenía un tumor y que habíamos llegado demasiado tarde porque, por supuesto, él nunca quería ir al médico. Michael era la última persona que uno hubiera imaginado…

—Lo siento. No debería haber preguntado.

—No pasa nada. Me gusta hablar de él —suspiró Lucy—. Fuimos muy felices juntos. Hay tantos amigos míos separados divorciados… Michael y yo tuvimos más de lo que mucha gente tiene en una vida entera. Él no me habría dejado nunca y sé que me quiso hasta el final. A mí y a Chloe.

—¿Te duele que Michael muriese creyendo que Chloe era su hija biológica?

—No, ¿por qué? Me alegro de que fuera así. Para mí es difícil, pero para él habría sido mucho peor. Y si lo hubiéramos descubierto cuando estaba enfermo… eso habría sido insoportable. Murió feliz, sabiendo que no estaría sola y creyendo que algo de él quedaba aquí para siempre… —Lucy tragó saliva—. Y así es. Aunque se llama Abby, no Chloe.

Dominic abrió la puerta del restaurante. Lucy era una mujer notable, pensó. Y madura. ¿Qué había que hacer para alegrarse del corto período de felicidad que uno ha tenido en la vida? Cada vez que él veía el anuncio de las bodas de oro de una pareja se ponía furioso. Cada vez que veía a una madre con su hija, pensaba que Eloise no había tenido esa oportunidad. ¿Sería posible que Lucy no compartiera su rabia, su sentimiento de culpa?

Esperó hasta que los sentaron a una mesa, mirando el lago, antes de volver a hablar:

—¿Te has bañado alguna vez en el lago?

—Claro. Crecí cerca de aquí. Mis padres tenían un barco que se llamaba Chiquitita.

—Un nombre muy curioso.

Lucy sonrió y a Dominic se le aceleró el corazón. Sus ojos parecían brillar de pura vida. Cuando la vio por primera vez a las puertas de la clínica le pareció una mujer guapa, pero no había anticipado esa

reacción ante una sonrisa. No debía pensar en ella de esa forma. Pero cuando sonreía…

—Chiquitita siempre me pareció un nombre ridículo, pero luego descubrí que era un personaje de H.E. Bates., Lo raro era que mi padre hubiese leído sus libros. Él no era ese tipo de persona… y el barco era su única extravagancia.

—¿Murió hace mucho tiempo?

—Cuando yo tenía veintitrés años. Para él, la vida era difícil, aterradora. Cuando empecé a estudiar Arte, se preocupaba tanto…

De modo que era artista. Eso le pegaba mucho. Con el pelo sujeto en un moño suelto del que caían mechones a cada lado de la cara, tenía un aspecto muy bohemio.

—¿Y tú? ¿En qué eres doctor?

Dominic sonrió. Evidentemente, no tenía ni idea de quién era. Mejor. No era fácil ser el «ídolo de la mujer inteligente». Y Londres estaba lleno de mujeres que querían salir con él porque hacía programas «intelectuales» para televisión. Eso le obligaba a soportar muchas conversaciones con gente que no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero que esperaba impresionarle con sus conocimientos.

—En Historia.

—Ah, qué horror. En el instituto me tocó hacer montones de trabajos y casi siempre sobre una guerra u otra.

Dominic sonrió.

—Evidentemente, has tenido unos profesores memorables.

—¿Y qué hace un doctor en Historia?

—Soy escritor, en realidad. Y me veo más bien como un educador —contestó él. En ese momento, la camarera llegó para tomar nota—. ¿Sabes lo que vas a pedir?

—Ensalada de gambas y patatas fritas —contestó Lucy—. Ya me preocuparé más tarde de las calorías.

Eso era nuevo, pensó Dominic. Su mujer y su madre jamás habrían dicho eso en voz alta. Incluso había llegado a pensar que les gustaba el brécol y la lechuga.

—Yo tomaré lo mismo. ¿Qué quieres beber?

—Vino blanco, por favor.

—¿Vino de la casa? —preguntó la camarera.

—Sí, gracias.

Sin darse cuenta, Dominic estaba observándola. Buscando un defecto, alguna razón para no seguir adelante con la idea que había estado dando vueltas en su cabeza desde el primer día.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo en Londres?

—Desde que terminé el doctorado, sí.
—¿Y antes?
—En Oxford. Y antes, en un internado.
—¡Oxford! Ahora entiendo de quién ha heredado Chloe el cerebro.
La camarera llegó enseguida con dos copas de vino.
—¿Es inteligente?
—Mucho. La primera de la clase. Acaban de elegirla para un programa especial de informática.
Dominic sonrió, satisfecho.
—Me alegro.
—¿Cómo es Abby?
—Inteligente también. Lo suyo es el arte; la arcilla, la pintura.
Pero la pobre tenía tantas actividades… y él había dejado que sus suegros tomaran excesivas decisiones sobre su educación. En realidad, habían reproducido lo que hicieron con Eloise. Pero Abby era diferente. Lo que le gustaba de verdad era trabajar con la arcilla, el papel maché…
—¿Le interesa el arte? No puedo creerlo —exclamó Lucy. Cuando la camarera llegó con sus platos, ella se lanzó sobre las patatas fritas —. Qué hambre tengo.
Aquel sitio le pegaba mucho. Era alegre e informal, como ella. En Londres, él habría elegido un restaurante elegante, donde todo habría sido servido en porciones diminutas. Lucy era como un soplo de aire fresco. Con el pantalón negro y la blusa de encaje blanco, parecía como si acabara de darse un revolcón por la paja. Era sexy sin hacer ningún esfuerzo y le hacía recordar sensaciones y sentimientos que había intentado enterrar durante los últimos años.
—¿Sigues pintando?
—Un poco. Mi madre se dedica a la cerámica y últimamente trabajo con ella —contestó Lucy, tomando un sorbo de vino—. Chloe ha hecho unas cosas muy simpáticas. Algún día te las enseñaré.
Dominic se sintió culpable. Él nunca había animado a Abby a hacer lo que de verdad le gustaba…
—Eso estaría bien.
Lucy lo miró entonces, muy seria.
—Siento lo de antes. Es que me pareció raro verte allí, mirando a Chloe… No esperaba verte en el parque.
—Esta situación no es fácil —suspiró Dominic—. ¿Has pensado en lo que podría pasar cuando nuestro caso vaya a los tribunales?
—Pensé que todo estaba claro. Los dos tendremos la custodia legal…
—Sí. Y seremos reconocidos como padres naturales de nuestras

hijas. Pero un caso así no se ha presentado nunca ante los tribunales.

—Te equivocas. Me han dicho que hubo uno…

—Este caso es diferente —la interrumpió él—. Fue un intercambio de embriones.

—¿Y qué crees que va a pasar?

—No lo sé. Y no poder controlar algo que afecta tan directamente a mi vida me saca de quicio.

Lucy lo miró, preocupada.

—¿Qué esperas que pase?

Dominic sacudió la cabeza.

—No puedo contestar a esa pregunta. Al principio, sólo quería que todo siguiera igual que antes. Luego, conservar a Abby, pero saber algo de mi hija natural…

—¿Y ahora?

—Ahora lo quiero todo.

Ella se puso pálida.

—¿Quieres a las dos niñas?

—En cierto sentido…

—No puedes hacer eso.

—Escúchame, Lucy. No estoy diciendo que vaya a pedir la custodia de Chloe.

—¿Entonces?

Era el momento. Una decisión irrevocable. Una vez tomada, no habría vuelta atrás. Dominic se inclinó un poco hacia delante.

—Quiero que te cases conmigo.

Lucy lo miró, sin entender. Tenía que haber oído mal. No era posible que…

—¡Pero si no te conozco de nada!

—Yo tampoco, pero quiero que Abby lo tenga todo… y todo eres tú.

«Por las niñas. Quiere casarse conmigo por las niñas». Lo que estaba sugiriendo era absurdo. ¿Cómo iba a casarse con alguien a quien apenas conocía?

—Un matrimonio de conveniencia solucionaría todos los problemas.

Ella lo miró, horrorizada. Era como si el suelo hubiera desaparecido bajo sus pies. Aquello no podía estar pasando.

Dominic había sido su roca. Él entendía lo que estaba sufriendo, sus miedos… Se sentía traicionada. Y furiosa.

—La gente sensata no hace esas cosas.

—Piénsalo. Las niñas podrían tener a su padre y a su madre. No les faltaría nada.

Hacía que sonara tan razonable. Pero no lo era. También ella quería lo mejor para las niñas, pero un matrimonio de conveniencia… ¿Qué clase de matrimonio le estaba ofreciendo? ¿Pensaba que iban a dormir juntos?

—Sería un matrimonio en blanco, por supuesto —dijo él, como si hubiera leído sus pensamientos.

—¿Sin sexo?

—Por supuesto. Lo que quiero es una madre para Abby… y ser el padre de Chloe.

Lucy tomó su copa de vino.

—¿Para qué casarnos?

—Porque es una forma de compromiso. Así podré adoptar a Chloe y tú podrás adoptar a Abby. Yo creo que para los jueces esta solución sería un alivio.

Lucy dejó la copa sobre la mesa. No podía tragar nada.

—¿Quieres que estemos casados hasta que las niñas cumplan los dieciocho años?

—Hasta que nos necesiten. Tiene que ser un matrimonio normal. En algún momento tendremos que decirles la verdad y quiero que estén muy seguras del cariño de sus padres.

Lucy se llevó una mano al pelo, nerviosa.

—¿Y si conoces a otra persona? ¿O yo?

—No me ha pasado en los últimos seis años y no creo que vaya a pasar ahora. Además, no quiero volver a enamorarme —suspiró Dominic—. No puedo arriesgarme a sufrir otra vez. Lucy, tú y yo tenemos un objetivo común. Eso será suficiente para llevar una vida feliz.

—¿Y dónde viviríamos?

¿Eso era un sí? Estaba sorprendida, sin duda, pero también ella podía ver las ventajas de un matrimonio de conveniencia, pensó Dominic.

—Para mí es mejor vivir en Londres, pero podemos hablarlo.

—Pero mi familia vive aquí. Y mis amigos también.

Y allí estaban sus recuerdos, pensó él.

—Podemos discutir los detalles más adelante. ¿Qué te parece la idea, te casarás conmigo?

Lucy no sabía qué decir. ¿Podía hacerlo? ¿Podía casarse con un perfecto extraño? Entonces tuvo que sonreír. Perfecto. Sí, Dominic Grayling era perfecto: alto, guapo, buen padre, con unas manos preciosas, unos ojos en los que se podía confiar… Pero no se querían.

Los seres humanos sólo encontraban un gran amor en la vida y el suyo había sido Michael. Lo único que le quedaba eran los

recuerdos… y Chloe. Lucy miró el barquito que pasaba en ese momento por el lago. Había un papá, una mamá, dos niñas…

Podía hacerlo. Por Chloe, por Abby. Si no había posibilidad de que volviera a enamorarse, podía comprometerse por su hija. Así las niñas lo tendrían todo.

—Muy bien, de acuerdo —dijo por fin—. Me casaré contigo.

No podía creer que hubiera dicho eso en voz alta. Esas palabras la comprometían a toda una vida sin amor. Sería un travestí de lo que había compartido con Michael.

—Todo saldrá bien, Lucy —sonrió Dominic, apretando su mano—. Sé que saldrá bien.

Lucy parpadeó furiosamente para controlar las lágrimas. Cuando aceptó cenar con Dominic para hablar del futuro, no se le ocurrió pensar que la cena acabaría así. No era algo que le ocurriese a menudo a una viuda con una hija que sólo deseaba una vida tranquila.

—¿Y ahora qué hacemos?

Dominic parecía relajado, decidido. Pero Lucy tenía la sensación de estar en una burbuja, como si el tiempo pasara más lentamente…

—¿Estás trabajando en este momento? Aparte de lo que haces con tu madre, quiero decir.

—No.

—Eso simplifica las cosas.

¿Ah, sí? A ella no le parecía simple. No sabía nada sobre él. Ni siquiera qué hacía exactamente. ¿Era profesor de universidad?

—Podríamos vivir en Londres por el momento. En mi casa hay un estudio en el que puedes trabajar.

Todo iba demasiado rápido. Dominic había empezado a tomar decisiones, pero ella no estaba preparada… Aquello no podía estar pasando.

—Me gustaría dar clases. El año pasado sustituí a la profesora de arte del instituto, cuando estuvo de baja por maternidad…

—En Londres necesitan profesores de arte, así que eso no será un problema —sonrió Dominic—. Lo más importante ahora es planear la boda. No tiene sentido esperar ya que hemos tomado una decisión. Supongo que será una ceremonia civil… pero creo que hay un período de espera de un mes.

—¿Ah, sí? —murmuró ella, aturdida.

—Sugiero que vengas a Londres lo antes posible para prepararlo todo. Si nos casamos en… no sé, en ocho semanas, tendremos tiempo para tomar las decisiones necesarias.

—¿Las decisiones? —repitió Lucy.

—Una vez casados, ya no habrá vuelta atrás. Tendremos que seguir



juntos hasta el final. En la salud y en la enfermedad y todo eso.

Capítulo 3

Quitarse la alianza que Michael le había regalado no fue fácil. Era como el final de una vida y el principio de otra. Había llevado esa alianza durante casi toda su vida adulta, pero todo había terminado.

Iba conduciendo hacia su nueva vida. Su nueva hija.

—¿Estamos llegando, mamá? —preguntó Chloe.

—Estamos cerca, cariño.

Había salido de la autopista y estaba abriéndose paso por entre las calles de Londres. Todo era gris, sucio. ¿Aquélla iba a ser su nueva vida? Allí no había césped, ni vacas, ni casitas, ni riachuelos serpenteantes. En su lugar, parques de arena y filas de casas baratas, construidas después de la guerra.

—¿Cuánto falta?

—No mucho. Tengo que girar a la izquierda por aquí…

Nunca le habían gustado las grandes ciudades, la hacían sentir claustrofobia. Para algunas personas, allí estaban las oportunidades, pero no para Lucy. Sin embargo, eso era lo que había elegido. Por Chloe y por Abby, a quien todavía no conocía.

A medida que se adentraba en aquella zona de Londres, las calles se iban haciendo más amplias y las casas más bonitas.

Era una sensación extraña, casi como el primer día en un trabajo nuevo, y Lucy sentía una mezcla de nerviosismo, emoción y miedo. Desde que abrió los ojos esa mañana, había sentido náuseas.

En unos minutos iba a conocer a la niña que Michael y ella habían creado juntos. Si no hubiera sido por un error, habría cuidado de esa niña durante seis años. ¿Sentiría algo por ella? ¿Sería eso suficiente para pasar el resto de su vida con un hombre que no la amaba y que admitía abiertamente no querer amar a nadie?

Poco después llegaban a una avenida flanqueada por árboles.

—Ya hemos llegado —anunció.

—¿Vamos a vivir aquí? —exclamó Chloe, emocionada.

Lucy comprobó la dirección antes de volver a mirar la casa de ladrillo oscuro con enormes ventanales. No había imaginado que sería tan impresionante.

—Eso parece. Venga, vamos a conocer a Abby.

Lucy atravesó la verja de hierro y detuvo el coche frente a la entrada. «Este nunca será mi sitio». No había pensado mucho en la situación económica de Dominic, pero al ver dónde vivía… ¿A qué se dedicaba aquel hombre para ganar tanto dinero? Llevaba ropa cara, conducía un coche de lujo. Absurdamente, no había pensado en eso

hasta aquel momento.

Ella era una persona sencilla… ¿Verían la vida de la misma manera?, se preguntó, un poco asustada. Si hubiera sido posible volver a Shropshire, lo habría hecho. Pero al ver la expresión alegre de su hija supo que no había vuelta atrás.

Entonces vio una carita pegada a la ventana y su corazón dio un vuelco. «Por favor, por favor, que le caiga bien a Abby», iba pensando, mientras salía del coche.

—¡Están aquí, están aquí! —una pequeña figura de pelo oscuro acababa de salir corriendo de la casa—. Habéis tardado un siglo en llegar. Tu habitación lleva horas preparada. Estás en la habitación azul, al lado de la mía. Es muy bonita y tiene un edredón de flores amarillas en la cama. ¿Te gustan las muñecas? A mí no.

Abby se detuvo para tomar aliento. Con la inocencia de la infancia, las dos niñas parecían haber decidido hacerse amigas y cuando Abby tomó a Chloe de la mano para llevarla a la casa, su hija la siguió, encantada de la vida.

—Lo siento —se disculpó Dominic—. Abby estaba muy emocionada.

«Esa era Abby», pensó Lucy. Un mini volcán lleno de energía.

—Es como si fueran amigas desde siempre —murmuró, intentando sonreír—. Chloe no es así con todo el mundo, le cuesta trabajo abrirse a los demás.

—Abby es así, me temo. Ya la verás después, cuando se haya calmado un poco. Ahora mismo, lo único que le interesa es que una amiguita va a vivir con ella. Supongo que se siente un poco sola.

—No pasa nada. Tendré tiempo para conocerla.

Y a él. Tendrían mucho tiempo para eso. Años y años, si todo iba como habían planeado.

Una farsa de matrimonio.

¿Sería suficiente las niñas para acompañarla durante todos esos años o despertaría algún día pensando que necesitaba algo más?

—¿Quieres tomar algo?

Lucy apretó la correa de su bolso.

—No, gracias. Paramos a comer antes de llegar a Londres.

—Muy bien.

Los dos se quedaron en silencio.

—Tienes una casa impresionante.

—Gracias.

—No la imaginaba así. Pensé que un historiador preferiría algo… más viejo.

Dominic sonrió.

—¿Con almenas y torres de vigilancia? Me temo que vas a llevarte una desilusión —dijo, llevándola al interior de la casa—. Este es el salón, pero no lo usamos muy a menudo.

Lucy entendía por qué. Era una habitación grande, con techos altos y mucha luz, pero parecía una fotografía en una revista de decoración. Preciosa, pero sin personalidad. No decía nada del hombre con el que iba a casarse.

Y tampoco se imaginaba a sí misma sentada en uno de esos enormes sofás blancos.

—Por aquí —dijo Dominic, empujando una puerta— está el comedor.

Decorado en la misma paleta de colores que el salón, con algunos toques de color berenjena.

—¿Organizas muchas fiestas? —preguntó Lucy, nerviosa. Seguramente sus amigos no serían el tipo de gente al que ella estaba acostumbrada. Ninguno de sus amigos esperaría más que una pizza y un par de cervezas en la cocina.

—A menudo, no. Una vez al mes, más o menos.

—¿Son amigos o colaboradores profesionales?

—Ambas cosas.

Si la imaginaba como anfitriona de aquella casa, iba a llevarse una desilusión, pensó Lucy.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando otra puerta.

—El invernadero. Ocupa toda la parte trasera de la casa. Y por aquí está la cocina.

La cocina era horrible, espantosa. Todo era de acero y daba una sensación de frío… ¿cómo alguien que tenía una niña pequeña podía vivir en una casa así?, se preguntó. Su cocina estaba pintada en colores cálidos y los dibujos de Chloe decoraban las paredes y la puerta de la nevera. Aquella cocina, sin embargo, podría ser la de un restaurante.

—Todo es… de diseño.

—No te gusta, ¿verdad? —preguntó Dominic.

—Es un poco… abrumadora.

—La diseñó Joseph Finchingly.

—Ah.

Lucy jamás había oído hablar de él. ¿Debería conocerlo?

—Eloise, mi mujer, estudió en Oxford con su hijo —siguió él, llenando la tetera de agua.

—Pero es como si nadie hubiese tocado nada… como esas casas de las revistas.

Dominic la miró, sorprendido.

—Bueno, es que Jessie se encarga de todo.

—¿Jessie?

—Jessica Monroe. ¿No te he hablado de ella? Empezó a trabajar para nosotros cuando nació Abby. Te la presentaré mañana. Jessie se encarga de la limpieza y la cocina, aunque en realidad es como de la familia.

—¿Y no le importará cargar con dos personas más?

—¿Por qué iba a importarle? Tú tienes que pintar y no puedes preocuparte de la casa. Ven, mientras se calienta el agua para el té, voy a enseñarte tu estudio.

Lucy lo siguió a través de un estrecho pasillo. Aquel sitio era como un laberinto. Todas las habitaciones daban a otras habitaciones. Y todo pintado en blanco, beige y marfil, con muebles de madera oscura, muy caros, muy elegantes. Era un sitio extraño para un hombre que se dedicaba a la historia. Lucy había imaginado una casa llena de libros, no aquel monumento al minimalismo.

¿Qué clase de hombre era Dominic Grayling en realidad?, se preguntó.

—Este es tu estudio.

Parecía nervioso mientras esperaba su reacción. ¿De verdad pensaba que su estancia allí dependía de que le gustase o no el estudio?

Lucy miró alrededor, sorprendida. Era una habitación enorme y completamente vacía, con grandes ventanales franceses que daban al jardín.

—Es precioso.

—Y tiene su propio dormitorio… por si quisieras usarlo. ¿Te gusta?

Era conmovedor ver cuánto deseaba que le gustase. ¿Se habría dado cuenta de que detestaba el resto de la casa?

—¿No lo usas para nada?

—Jessie vivía aquí cuando Abby era más pequeña. Pero se casó hace un par de años inesperadamente… tiene cuarenta años y siempre había dicho que no se casaría nunca —sonrió Dominic.

Lucy se acercó a los ventanales.

—¿Qué hay detrás de los árboles?

—Una piscina.

—¿Una piscina?

—Sí, claro… ¿Qué pasa, Lucy, qué estás pensando?

—Que esto es demasiado para mí —suspiró ella.

—Sé que al principio te encontrarás un poco incómoda, pero todo será más fácil con el tiempo —sonrió Dominic, acercándose para tomarla por los hombros. El contacto de sus dedos empezaba a hacerla

sentir… algo raro. Lucy dio un paso atrás. No podía sentir nada por Dominic Grayling. Eso no era parte del plan.

—No, es que todo es un poco extraño. Ya sabes, vivir con alguien a quien apenas conozco…

—Poco a poco nos iremos acostumbrando. Lo importante es ser sinceros el uno con el otro. Cuando haya un problema, tenemos que hablarlo.

Lucy asintió. Sus palabras sonaban razonables, pero… ¿cómo iba a decirle que, de repente, empezaba a verlo como un hombre atractivo? Eso sólo serviría para complicar la situación.

—¿De verdad puedo usar el estudio para lo que quiera?

—Claro.

—¿Puedo decorarlo como me apetezca?

—Por supuesto —sonrió él—. Bueno, vamos a tomar el té. ¿O prefieres un café?

—El té está bien, gracias. ¿Qué le has contado a tus amigos de mí, por cierto?

—No mucho —contestó Dominic, mientras entraban en la cocina.

—¿Y a Abby?

—Le he dicho que eras una amiga especial y que quería que os conocierais. ¿Qué le has dicho tú a Chloe?

—Más o menos lo mismo, que tenías una niña de su edad y que me gustaría que fuesen amigas. Pero, evidentemente, he tenido que contarle algo más a mi madre. Le he dicho que estábamos pensando en casarnos, pero que antes teníamos que presentar a las niñas. Por supuesto, no se lo ha creído del todo.

—No me sorprende. ¿Hace cuánto tiempo murió Michael?

—Hará dos años en Navidad —contestó Lucy.

Entonces oyeron ruido en el pasillo y, unos segundos después, Abby y Chloe entraban en la cocina como una tromba.

—Papá, ¿puedo enseñarle a Chloe el jardín? Dice que no tienen columpios en su casa.

—Sí, claro.

—¡Esta casa es enorme! —exclamó Chloe.

—¿Verdad que sí? —sonrió Lucy.

—En mi habitación hay un tocador…

—Vamos, Chloe —la interrumpió Abby—. Quiero enseñarte los columpios.

Con la misma energía con la que habían entrado en la cocina, las dos niñas salieron al jardín.

—Parece que se llevan bien —sonrió Dominic—. Ven, vamos a sentarnos en el invernadero. Desde allí podemos verlas sin que nos

oigan.

—¿Tú crees que hacemos bien? —preguntó Lucy, dejándose caer sobre un sillón de mimbre—. No decirles la verdad…

—Son muy pequeñas.

—Sí, es verdad. Pero esta sensación de estar mintiéndole a mi hija no me gusta.

Dominic apretó su mano.

—Cuando sean mayores les contaremos la verdad. Para entonces, sabrán que las queremos por encima de todo.

Se habían metido juntos en aquello, pensó Lucy, mirando sus dedos entrelazados.

—¿Y sigues pensando que no deberíamos contárselo a nuestras familias?

—Cuanta menos gente lo sepa, mejor. ¿Crees que tu madre seguiría tratando a Chloe igual si supiera la verdad? Tú misma tienes miedo, Lucy. Sé que fuiste sola a ver al doctor Shorrock.

—Sí, bueno…

—A mí me pasa lo mismo. Tengo miedo de que alguien se lo cuente a Abby antes de que esté preparada.

—Mi madre está un poco dolida porque cree que la he engañado. Cree que tú eres la razón por la que últimamente venía tanto a Londres.

—No hay ninguna regla para solucionar esto que nos pasa, así que tendremos que encontrar la mejor forma posible. Por cierto, Jessie ya está imaginando un gran romance…

—Ah, ya. Supongo que la situación no va a ser fácil.

—Ya no somos adolescentes, así que no esperará vernos besándonos por las esquinas. Y entenderá que, durante los primeros meses, tengamos habitaciones separadas… por las niñas. Después de la boda… bueno, ésa es otra de las cosas que tendremos que hablar.

Lucy contuvo el aliento. Las imágenes que acababan de pasar por su cabeza eran absolutamente inapropiadas.

—Sí, claro. Quizá podríamos decirle que necesitamos habitaciones separadas porque… yo trabajo de noche.

—¿Y es así?

—No, pero podríamos decírselo de todas formas.

Lucy no podía respirar. Dominic estaba mirándola a los ojos de una forma…

—Podría dormir en la habitación del estudio. Además, yo me levanto muy temprano y…

—Jessie no sospecharía nada si dejases tu ropa en el vestidor de mi cuarto.

—Muy bien —murmuró Lucy.

Frente a ella veía años y años engañando a la gente… a las niñas, a todo el mundo. Era un pensamiento deprimente.

—Le he dicho a los padres de Eloise que venías hoy.

—¿Y qué han dicho?

—Evidentemente, la idea de que vuelva a casarme no es fácil para ellos.

—¿Les has dicho que vamos a casarnos?

—Que lo estamos pensando. He tenido algunas amigas desde la muerte de Eloise, pero nada serio. Hasta ahora. Para ellos es muy difícil. Adoraban a Eloise…

—Ya me imagino.

—¿Y tú? ¿Qué tal te llevas con tus suegros?

—Aún no les he dicho nada, pero no creo que sea un problema. Michael tenía cinco hermanos y sus padres viven en Escocia. Supongo que se alegrarán de que Chloe y yo estemos bien. Mientras puedan verla de vez en cuando…

—¿Has salido con alguien desde la muerte de tu marido? —preguntó Dominic.

—No.

—Todavía está muy reciente, ¿verdad?

—Sí.

—¿Has hablado con el doctor Shorrock?

—Lo llamé por teléfono para darle este número y me parece que a él no le ha parecido una idea muy sensata, la verdad.

Dominic levantó los ojos al cielo.

—No creo que él esté en posición de opinar.

—El doctor Shorrock no tuvo la culpa del error, Dominic. Dice que nuestro caso tardará meses en llegar a los tribunales y que deberíamos esperar antes de tomar una decisión drástica…

—¿Ah, sí? Nadie más que nosotros puede saber lo que estamos sintiendo.

—Eso es lo que yo le dije —suspiró Lucy—. Pero creo que de verdad está preocupado por nosotros. Y por las niñas.

—Yo tengo la impresión de que están todos fascinados por el interesante dilema ético. Los abogados tienen un caso interesante entre las manos y eso es lo único que les interesa. Que hablen, que investiguen, pero nosotros debemos asegurar nuestro futuro, Lucy. Por las niñas.

Ella asintió. Estaba de acuerdo.

—Le dije al doctor Shorrock que la decisión de los tribunales no cambiaría nada. Nada podrá cambiar el amor que siento por Chloe ni

que Abby es mi hija biológica. Su error nos ha dejado con muy pocas posibilidades.

—¿Y qué contestó?

—¿Qué iba a decir? —se encogió Lucy de hombros—. Me aseguró que nos apoyaría en todo.

Por enésima vez, Dominic se sintió conmovido por su valentía. Había que ser muy valiente para tomar la decisión de irse a vivir con un extraño.

—Sugiero que no esperemos mucho para contarle a las niñas que vamos a casarnos. Es mejor que se hagan a la idea de que van a ser hermanas.

Ver a Chloe con Abby era… increíblemente con movedor. No había creído posible querer a alguien como quería a su hija, pero no debería haberse preocupado. El amor, el verdadero amor, era flexible. Se estiraba todo lo que fuese necesario y más.

Abby tenía una melenita oscura, como la suya, con las mismas mechas rojizas. Lucy sabía lo difícil que iba a resultarle pasarle el peine. Su hija. Sus niñas, pensó, sintiéndose posesiva. Daba igual lo que pensara su madre, o los suegros de Dominic.

—¿Podemos tomar un helado? —preguntó Abby, entrando en el invernadero.

Dominic contestó automáticamente:

—Sí, pero cierra bien la puerta del congelador.

Lucy sonrió. Debía haber dicho esa misma frase cientos de veces. Quizá la vida allí no iba a ser tan diferente como había creído.

—¿Te ha gustado el columpio, Chloe?

—Sí. Y también tiene un tobogán.

—¡Vaya!

La niña asintió con la cabeza, entusiasmada.

—Y Abby tiene una casita en un árbol, con una mesa y todo.

—La escalera es muy segura —le aseguró Dominic.

Abby volvió al invernadero con dos helados.

—Te he traído uno verde porque es mi color favorito. Venga, vamos fuera. No me dejan comer helados dentro de la casa porque mancho el suelo.

Obediente, Chloe siguió a su nueva amiga al jardín.

—Va a salir bien, ya lo verás —le aseguró Dominic, observando a la pareja.

Tendría que salir bien, pensó ella. No podía dejar pasar la oportunidad de vivir la infancia de Abby, como él no podía dejar pasar la oportunidad de conocer a Chloe.

—¿Qué vamos a contarle a las niñas?

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestro matrimonio. Aunque convenzamos a Jessie, ellas sabrán que no compartimos habitación y se preguntarán por qué. No les haremos ningún favor si crecen pensando que eso es lo normal en una pareja.

—Cuando sean mayores les contaremos la verdad. Les gustase o no, las niñas hablarían. Y si hablaban, empezaría a haber comentarios… Si su objetivo era proteger a Chloe y Abby de la curiosidad de la gente, lo más sensato sería convencerlas de que el suyo era un matrimonio normal. Y eso significaba…

Pero Lucy no quería sugerirlo siquiera.

—¿Quieres que piensen que nos hemos casado por amor? —preguntó Dominic.

—Por eso es por lo que se casa la gente.

—¿Y qué vamos a hacer, fingir que nos queremos?

Él se pasó una mano por el pelo, un gesto que hacía a menudo.

—No lo sé, no lo había pensado.

—Tendremos que pensarlo. La gente esperará alguna muestra de afecto. Y las niñas también. Podrían pillarnos en mil mentiras si no nos ponemos de acuerdo.

—Sí, tienes razón. Nos conocimos hace un mes y… empezamos a salir juntos.

—¿Y nos enamorarnos enseguida?

—Supongo que sí. Tendremos que actuar con naturalidad. Algún beso de vez en cuando…

A Lucy le dio un vuelco el estómago al oír la palabra «beso». Ella no había besado a nadie más que a Michael. Y, sin embargo, la idea de besar a Dominic no dejaba de tener cierto atractivo. Tenía una boca bonita. Sensual, firme.

Nerviosa, tuvo que apartar la mirada.

—Los actores lo hacen todo el tiempo —dijo él, como intentando convencerla—. Si la situación lo requiere, tendremos que hacerlo.

Lucy asintió.

—Sí, claro, es verdad.

—Lo más importante es que las niñas se sientan protegidas, que todo el mundo vea nuestro matrimonio como algo normal… No creo que sea tan difícil —siguió Dominic—. El primer beso será el más incómodo, pero al final seguro que nos acostumbramos.

Ella hizo una mueca. ¿Fácil?

—¿Lucy?

—¿Sí?

—¿Por qué no nos lo quitamos de en medio?

Quería que le diera un beso. Allí. Ahora.

Era lo más lógico, quizá. Pero para hacerlo tendría que levantarse y… ¿y luego qué? ¿La besaría él o tendría que hacerlo ella? ¿Esperaba un roce de los labios o algo más?

Lucy tragó saliva, nerviosa.

—¿Qué piensas?

—No sé… —estaba tan nerviosa como la primera vez que le dieron un beso. Simon Wetherington, en segundo—. Supongo que es buena idea.

Se levantaron los dos a la vez, cortados. Y fue Dominic el que dio el primer paso.

—¿Lista?

Lucy cerró los ojos. Con una mano, él apartó el pelo de su cara. Podía sentir su aliento… Y entonces la besó.

Un beso suave, sus labios cálidos y seductores. Nadie la había besado en mucho tiempo y estaba tan acostumbrada a los besos de Michael… Pero era Dominic.

Debería haber sentido que traicionaba a su marido, pero era un beso tan suave, tan cariñoso… sin pensar, Lucy puso una mano sobre su pecho.

Estaba besando a Dominic Grayling.

El calor de su piel atravesaba la tela de la camisa. Su torso le pareció sorprendentemente sólido, musculoso. Entonces oyó que se abría la puerta… pero no pudo reaccionar. Estaba besando a Dominic Grayling y le gustaba.

—¿Por qué estás besando a la mamá de Chloe? —oyeron una voz.

Se separaron de inmediato.

—¿Vais a casaros? —preguntó Abby, sentándose en el brazo de un sillón—. La gente se besa en las películas cuando van a casarse.

Dominic apretó la mano de Lucy.

—¿Qué pensaríais si nos casáramos?

—¿Viviríamos aquí? —preguntó Chloe—. ¿Con Abby?

—¡Seríamos como hermanas! —exclamó la otra niña.

Lucy vaciló un momento antes de arrodillarse delante de las dos niñas.

—Estamos pensando en casarnos, pero queremos daros algún tiempo para que os conozcáis. Podríamos ser una familia.

Chloe miró a Dominic con el ceño arrugado.

—Tú no puedes ser mi papá.

—No, claro que no —contestó él—. Tú ya tienes un papá y sé que te quiso mucho. Yo no sería un sustituto, Chloe, pero podría ser tu amigo, podría hacer las cosas que tu papá habría hecho por ti si no se

hubiera puesto enfermo.

Fue un buen discurso. Lucy no sabía si habría podido hacerlo en las mismas circunstancias.

—¿Y cómo tendría que llamarte? —preguntó la niña.

—Dominic.

—Dominic —repitió Chloe.

Lucy miró a Abby, sonriendo.

—Y tú puedes llamarme Lucy.

Abby le devolvió la sonrisa, sin reserva alguna.

—¿Podemos ser las damas de honor?

—Por supuesto.

—Pero yo no pienso ir de rosa, no me gusta el rosa.

—Nada de rosa. Te lo prometo —murmuró Lucy, intentando ocultar su emoción.

La decisión estaba tomada. Iban a ser una familia.

Seguía recordando el beso… pero no debería. Aquél iba a ser un matrimonio de conveniencia, nada más. Nunca sería nada más.

—Será mejor que saquemos las cosas de Lucy y Chloe del coche —dijo Dominic entonces.

Lucy suspiró. ¿Podía hacer aquello? ¿Durante el resto de su vida? ¿Con un hombre que no la quería?

Entonces sintió una manita tocando la suya. La mano de Abby.

Su corazón empezó a latir con fuerza.

Todo valía la pena, pensó.

Capítulo 4

Estaba prometida. Lucy cerró las venecianas de su cuarto de un decisivo tirón. No podían haberse comprometido más si hubieran puesto un anuncio en el periódico.

No había vuelta atrás. Se lo habían contado a las niñas y ellas parecían encantadas. Eso debería hacerla feliz. Durante el camino, iba rezando para gustarle a Abby, para que le gustase a Chloe, para que Dominic y ella se llevaran bien…

Pero no había querido besarlo.

Lucy se llevó una temblorosa mano a la boca. Sus labios eran tan cálidos, tan persuasivos. No era lo que había esperado o querido y estaba segura de que él tampoco.

Aquélla debía ser una relación basada en el respeto y la amistad, no en la pasión. No podía permitir que nada lo complicase. Había demasiado en juego. Si reaccionaba así cada vez que la besaba, lo estropearía todo.

Lucy golpeó la almohada con la mano antes de meterse bajo el edredón. Seguramente estaba exagerando. Se habían quitado de encima el primer beso, nada más. El propio Dominic había dicho que, a partir de entonces, ya no sería tan difícil. Con el tiempo, se convertiría en algo automático, algo que harían cuando la situación lo exigiera.

Si pudiese dejar de recordar los latidos de su corazón bajo la camisa, el recuerdo de sus labios…

No era raro que le resultase difícil estar con un hombre después de Michael. Tendría que acostumbrarse, pensó, apoyando la cabeza sobre la almohada, dejando que el olor a lavanda la relajase. Estaba tan cansada…

Despertó a las dos de la mañana y tardó un rato en recordar dónde estaba. Hacía tiempo que no despertaba en medio de la noche. Tras la muerte de Michael le ocurría a menudo, pero… Debía ser el estrés, pensó.

Si estuviera en casa, se haría un té o plancharía algo hasta que le entrara el sueño, pero no podía andar a oscuras por la casa de Dominic. Además del corte que le daría si se lo encontrase, no había en tendido bien cómo desactivar la alarma.

Suspirando, se levantó de la cama y sacó un libro de la maleta. Entonces se detuvo, segura de que había oído algo. Un suave gemido

le llegó desde el pasillo…

Chloe.

Debería haberlo imaginado. Las pesadillas de Chloe habían sido parte de sus vidas durante mucho tiempo. A veces soñaba con su padre, a veces soñaba que caía desde un precipicio o que era tan pequeña como un ratoncito y los gatos la perseguían. Lo que todas esas pesadillas tenían en común era una profunda inseguridad.

Durante el día, la niña se había mostrado muy contenta, pero… Lucy tiró el libro sobre la cama y salió de la habitación. Cuando llegó a la puerta, oyó un murmullo de voces en el interior.

—¿Mejor? —era la voz de Dominic.

—Un poco.

—Tómate la leche. ¿Quieres que despierte a tu mamá?

Lucy soltó el picaporte, sin saber qué hacer. Dominic estaba consolando a Chloe… y su hija parecía tranquila. Durante tanto tiempo habían sido sólo las dos…

—Háblame de tu papá. Tu mamá lo quería mucho, supongo.

—Sí —contestó Chloe, con una vocecita que a Lucy le rompió el corazón—. Tengo una foto suya.

—¿Puedo verla?

Ella ni siquiera sabía que Chloe había llevado una foto de Michael…

—Es de cuando se casó con mi mamá. Mi mamá dice que jugaba muy bien al rugby.

—¿Qué recuerdas de él?

Lucy se apoyó en la pared, intentando controlar las lágrimas. Se sentía culpable por no estar con su hija, pero Dominic estaba dejando que Chloe hablase de su padre… hacía tanto tiempo que no hablaban de él.

—Dormía mucho y yo no podía hacer ruido. A veces estaba enfermo.

—Estaba muy enfermo.

—Sí —asintió Chloe.

—¿Recuerdas las cosas bonitas?

—A veces me sentaba con él en el sofá y me contaba cuentos. Pero se los inventaba, no necesitaba leerlos en un libro.

—Eso está muy bien.

—Y jugábamos a Pescar.

—¿A Pescar? —rió Dominic.

Lentamente, casi temiendo interrumpir, Lucy abrió la puerta.

—Pensé que todo el mundo sabía jugar a eso —murmuró, acariciando el pelito rubio de su hija—. ¿Has tenido otra pesadilla,

cariño?

—Sí.

—¿Quieres contármela?

La niña negó con la cabeza.

—Estaba llamando a su padre —dijo Dominic.

—Me alegro de que la hayas oído.

—Debería haberla puesto en la habitación que está al lado de la tuya, lo siento. Pensé que a las niñas les gustaría estar cerca…

—Y yo debería haberte dicho que a veces tiene pesadillas —suspiró Lucy—. Pero hacía mucho tiempo que no tenía ninguna.

—Dominic vino enseguida y ya no tengo miedo —le aseguró Chloe.

—Estaré ahí siempre que me necesites —sonrió él. La niña le devolvió la sonrisa, con una expresión de confianza que a Lucy le encogió el corazón.

—Dime una cosa, Chloe. Ese juego… ¿tú crees que yo podría aprender?

—Puedo enseñarte. Pero hay que tener una baraja de cartas.

—¿Una baraja? Espera un momento, voy a buscarla.

Lucy se sentó sobre la cama, apretando a la niña contra su corazón.

—Siento no haberte oído llorar, cariño.

—Dominic vino enseguida —suspiró Chloe—. Me alegro de que vayas a casarte con él.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Lo quieres más que a papá?

Esa pregunta la pilló desprevenida por completo. Siempre se había enorgullecido de contarle a Chloe la verdad, pero en aquel momento era imposible. La respuesta obvia era no, pero no podía decirlo. ¿Qué sentía por Dominic? La confundía. O quizá era la situación lo que la confundía. Era tan difícil distinguirlo.

—Cuando me casé con papá —empezó a decir— creí que estaríamos juntos para siempre. Papá no se marchó porque quisiera hacerlo. Estaba enfermo y su cuerpo ya no podía aguantar más, pero era un hombre muy especial y no querría que estuviéramos solas para siempre. ¿Lo entiendes?

Chloe le echó los brazos al cuello, asintiendo con la cabeza.

En ese momento, se abrió la puerta del dormitorio.

—Una baraja, como me has pedido.

Había algo muy íntimo en aquella situación. Tan íntimo que Lucy tiró del cuello de su vieja camiseta, que le dejaba un hombro al aire.

—Cada uno debe tener siete cartas —empezó a explicar Chloe.

—Un momento, me estoy quedando helada —sonrió Lucy—. Déjame sitio en la cama, cariño.

Por lo menos, dejaría de enseñar las piernas.

Aunque Dominic no parecía haberse fijado. Sin embargo, ella sí se había fijado en el vello oscuro que se perdía bajo la cinturilla del batín azul marino…

—Pero no puedes mirar mis cartas —dijo la niña, moviéndose para hacerle sitio.

Dominic empezó a barajar con habilidad. Tenía unas manos preciosas. Y una boca muy sexy. Lucy tuvo que apartar la mirada. No quería pensar esas cosas… era inapropiado.

—¿Siete cartas cada uno?

—Sí —asintió Chloe—. Barajas muy bien.

—Muchos años en un internado —sonrió él.

—¿Vivías en un internado?

—De los ocho a los dieciocho años.

—¿Y te gustaba?

Dominic hizo una mueca.

—No me quedaba más remedio, mis padres vivían fuera del país. Me sentía solo muchas veces, pero siempre tenía a alguien con quien jugar a las cartas.

Esa respuesta pareció satisfacer a Chloe, pero no a Lucy.

—¿Por qué te llevaron a un internado?

—Mi padre estaba en el cuerpo diplomático. Fue embajador durante dieciséis años.

Su padre había sido embajador. El suyo había sido carpintero. Un buen carpintero, con muchos clientes, pero no podía ganar lo mismo que un embajador, ni se relacionaba con la misma gente. Dominic y ella pertenecían a círculos completamente diferentes…

Aquello no iba a funcionar, pensó. No tenían experiencias comunes, ni expectativas parecidas.

Excepto las niñas.

—Tienes que pedir la carta que quieras y si la tengo te la daré —estaba explicando Chloe, muy seria.

—¿Y si no la tienes?

—Te diré que vayas «a pescar». Por eso se llama así el juego.

Mientras él estaba concentrado en el juego. Lucy aprovechó para observarlo de cerca. Tenía un aire relajado, pero seguro de sí mismo. Su rostro le resultaba vagamente familiar, como si tuviera un recuerdo escondido de él en la memoria. Pero eso era absurdo, no lo conocía de nada. Quizá era a Chloe a quien veía en él.

—¿Siempre debo tener una carta en la mano?

—Debes tener cuatro. Y tienes que «pescar» del montón del medio —explicó Lucy.

—Ah, muy bien —sonrió Dominic—. ¿Quieres jugar con nosotros?

¿Cómo podía estar tan tranquilo? ¿No recordaba el beso? Si era así, el recuerdo no parecía turbarlo en absoluto.

—De acuerdo. Venga, empiezas tú.

—A ver… ¿tienes un tres, Chloe?

—¡A pescar! —gritó la niña.

Obediente, Dominic robó una carta del montón.

—Ahora me toca a mí… ¿no tendrás un tres por casualidad? —preguntó Chloe, muerta de risa.

—Ajá, ya veo, una dama con instinto asesino… Habrá que tener cuidado.

Poco a poco, su hija fue animándose y las sombras de la pesadilla desaparecieron.

Era un juego de niños, pero Lucy no podía concentrarse. Dominic apenas la miraba, afortunadamente. Tenía que ser un momento mágico para él. La primera conexión real con Chloe. A partir de aquel momento tendría que compartir a su hija. Era lo que quería cuando aceptó tomar parte en esa farsa de matrimonio y, sin embargo, le molestaba que él pudiera hacerlo con tanta tranquilidad.

Chloe bostezó entonces.

—Yo creo que ya es un poco tarde —sonrió Dominic—. ¿Nos vamos a dormir?

—No estoy cansada.

—Pero tu mamá sí. Mírala —era cierto, estaba agotada—. Además, ya me has ganado cuatro veces. ¿Por qué no seguimos jugando otro día?

Chloe, evidentemente, estaba más cansada de lo que quería admitir porque apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojitos. Lucy saltó de la cama, frotándose los brazos para entrar en calor.

—Yo me quedaré con ella hasta que se duerma.

Dominic asintió.

—Ponte esto —dijo, desabrochando el cinturón del batín.

—No, no…

—No seas tonta, tienes frío.

—Gracias —murmuró ella, intentando no mirar su torso. No había esperado que fuera tan… ancho, tan masculino. No quería fijarse, pero era imposible. Parecía una cría de quince años, pensó, enfadada consigo misma.

—Buenas noches, Dominic —murmuró Chloe sin abrir los ojos.

—Buenas noches —contestó él. Pero no estaba mirando a la niña, la estaba mirando a ella—. Te queda muy bien el batín.

Luego desapareció. ¿Qué le estaba pasando? Sentía un cosquilleo

en el estómago… como cuando se te duerme un pie y no puedes apoyarlo en el suelo.

Con dedos temblorosos, se abrochó el batín, sintiendo el calor del cuerpo de Dominic. Aquello no podía pasar. Creía estar preparada para todo, pero…

¿Lo habría notado él? ¿Lamentaría haberle contado a las niñas que iban a casarse?

Lucy miró la carita de su hija, que estaba quedándose dormida, y casi sintió envidia. Nunca había tenido menos sueño en toda su vida.

—¿Café?

Lucy intentó sonreír, como si no pasara nada. Por supuesto, no había pasado nada, pero algo había cambiado. Al menos para ella. Saber que era capaz de sentirse atraída por otro hombre que no fuese Michael lo cambiaba todo. Aunque sólo fuera una posibilidad.

—Sí, gracias.

—Hay cruasanes, si te apetecen. Deberían estar calientes.

—¿Cruasanes? Yo esperaba cereales.

—Hay una panadería muy buena en la esquina.

—Están recién hechos… Qué bien.

Dominic se acercó con una humeante taza de café.

—A lo mejor está demasiado fuerte para ti.

—No te preocupes. ¿Dónde están las niñas?

—Me sorprende que no te hayan despertado. Están haciendo una tienda de campaña con los edredones.

—Ah, bueno, nada raro entonces —rió Lucy.

—Nosotros también deberíamos hacerlo.

Ella levantó la mirada, sorprendida.

—¿Qué?

—Llevarlas de camping quiero decir.

—A Chloe le encantaría. Al menos, si puedes garantizarle que no verá un bicho a menos de doscientos metros. Le dan un asco horrible.

—A Abby le encantan.

Riendo, Lucy mojó un trozo de cruasán en el café.

—No sé por qué a Chloe le dan tanto miedo los bichos. A mí me encanta el campo.

No era una sorpresa descubrir que le gustaba el campo, pensó Dominic. Cada vez que pensaba en ella, la imaginaba al aire libre, vibrante y llena de vida, con el sol brillando sobre su pelo.

¿Y Eloise? Su sitio estaba en un elegante salón. Allí era donde se sentía más cómoda, atrayendo las miradas de todos con su belleza. Eso

era lo que había amado en ella. Y ahora iba a casarse con Lucy. No podía haber dos mujeres más diferentes.

Dominic la observó abriendo el cruasán.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? Es muy francés.

—Estuve en Francia, con Michael.

Michael. El hombre del que había estado enamorada, el padre biológico de Abby. Un hombre al que no conocía, al que no conocería nunca.

Lucy hablaba de él a menudo. Michael había muerto sólo dos años antes, mientras él había tenido seis para acostumbrarse a la pérdida de su esposa. Había olvidado tantas cosas durante esos años… En ese tiempo, se había convertido sólo en un recuerdo. Un recuerdo que ya no le dolía. Culpable, sí, seguía sintiéndose culpable. Si hubiera podido convencerla de que una vida sin hijos habría sido igualmente maravillosa… Pero Eloise no quiso escucharlo. Y si lo hubiera hecho no existiría Abby… No existiría Chloe.

Chloe. Una niña rubia, de ojos azules, un recuerdo perpetuo de la mujer a la que había amado una vez. Como Lucy había amado a Michael.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis allí?

—Unos meses —contestó ella—. Estuvimos todo un año viajando. Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda, Tailandia y Francia. Todo el mundo decía que estábamos locos, pero yo me alegro mucho de haber hecho ese viaje. Tengo unos recuerdos preciosos.

—Ya me imagino.

—¿A ti te gusta viajar?

—Mis padres iban de un lado a otro, así que he viajado demasiado —suspiró él—. Por eso, cuando me casé quise echar raíces, tener un hogar.

—Sí, claro.

¿Detectaba cierta desilusión en su voz? Como si hubiera descubierto algo que no le gustaba. Aparte de las niñas, en realidad no tenían mucho en común.

Daba igual. Aquélla era la mujer con la que estaba a punto de casarse porque era un arreglo beneficioso para los cuatro. No era nada personal. Entonces, ¿por qué le molestaba que pareciese decepcionada?

¿Y por qué lo fascinaba todo lo que hacía? Lucy Grayford era una mujer muy sensual, pero seguramente ella no se daba cuenta. Comía un cruasán como si fuera una experiencia sensorial, saboreándolo, chupándose los dedos. Eloise jamás habría hecho eso. Ni él. A él le gustaba su vida como era, organizada, cuadriculada.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Lucy.

—Abby tiene que ir a clase de ballet, así que he apuntado a Chloe también. Pensé que no querría quedarse sola en casa.

—Podrías haberme preguntado.

Sí, debería haberle preguntado, como le había preguntado tantas otras cosas. Pero… ¿el ballet? Todas las niñas hacían ballet, ¿no?

—Pensé que le gustaría.

—Posiblemente. No lo ha hecho nunca. Pero no puedes decidir qué le gustará o no le gustará a Chloe sin contar conmigo —replicó Lucy, un poco molesta—. ¿En la clase aceptan principiantes?

—Es una escuela de ballet, supongo que aceptan a todas las niñas. Además, había pensado que aprovechásemos la mañana para comprar el anillo de compromiso —Dominic miró sus manos, aliviado al comprobar que se había quitado la alianza—. Y podríamos comprar las alianzas al mismo tiempo.

—Sí, ya. Pero de todas formas, deberías haberme preguntado antes de organizar nada para Chloe. Si queremos que este matrimonio funcione, tenemos que trabajar en equipo.

—Sólo es una clase de ballet…

—Chloe no es una niña muy segura de sí misma, Dominic. Sé que estás acostumbrado a tomar tus propias decisiones, pero yo también.

Él la miró, exasperado. Después de todo lo que habían hablado, era imposible que ella diese marcha atrás. Ya habían acordado la fecha de la boda, el veinte de agosto.

—Siento que te haya molestado. Pensé que a Chloe le gustaría y como tenemos que comprar el anillo… Será mejor que lo lleves para enseñárselo a Vanessa y Cyril.

Lucy arrugó el ceño.

—¿Quién?

—Los padres de Eloise. Los he invitado a cenar.

—¿Cuándo?

—Esta noche —contestó Dominic. De inmediato, se dio cuenta de que había vuelto a meter la pata—. Sí, lo sé, debería haberte avisado. Lo siento. A partir de ahora, no haré nada sin consultarte, lo prometo.

—Gracias.

—¿Quieres que posponga la cena?

—No. Supongo que debería conocer a los abuelos de Abby —suspiró Lucy—. ¿Qué me pongo?

Eloise jamás habría hecho esa pregunta. Ella siempre sabía qué ponerse. Dominic miró su vestido blanco de algodón. Era un vestido de estilo hippy, muy simpático.

—¿Algo negro?

—Algo negro —repitió ella, dejando la taza sobre la encimera—. Me temo que, después de comprar el anillo, tendremos que ir a comprar un vestido.

Capítulo 5

Lucy odiaba admitirlo, pero Chloe estaba en su elemento en la clase de ballet. Incluso miraba con envidia al resto de las niñas, vestidas con leotardos y tutús rosas. Abby sin embargo, parecía mucho menos contenta.

Su hija estaba feliz con su elegante moño, mientras Abby… Habían tenido que convencerla para que se pusiera los leotardos porque eran rosas, el color que más odiaba, y resultó casi imposible hacerle un moño decente.

—¿Estás seguro de que a Abby le gusta el ballet? —preguntó Lucy, después de dejarlas en clase.

—No lo sé, supongo que sí. Todas sus compañeras hacen ballet.

Claro. Niñas con mamás que las llevaban en descapotables o enormes jeeps. El ballet era necesario para ellas.

Dominic parecía inusualmente taciturno y quizá no era el mejor momento para hablar del tema. Al fin y al cabo, había sido él quien tuvo que soportar los berridos de Abby mientras le ponía los leotardos. Sin embargo, a Chloe se le iluminaron los ojos en cuanto supo dónde iba.

—¿Dónde vamos a comprar el anillo?

—Tengo un amigo joyero —contestó él—. Un buen amigo. Lo llamé la semana pasada para decirle que me casaba.

—¿Y qué dijo?

—Supongo que se quedó sorprendido, pero no dijo nada.

Lucy permaneció en silencio. Estaba comprometida con un hombre al que había conocido unas semanas antes. A partir de ese día, viviría una mentira. Todo el mundo los vería como pareja, pero la realidad sería muy diferente. Eso la hacía sentir incómoda y desesperadamente triste.

—¿Mientras compramos el anillo tendremos que hacemos pasar por novios de verdad?

—No vamos a hacernos pasar por novios de verdad, Lucy, somos novios de verdad. Vamos a casarnos, ¿no?

Poco después, Dominic detenía el coche y cerraba de un portazo. Era la primera señal de que tampoco él encontraba aquello tan fácil como quería hacerle creer. No debería sorprenderla. Dominic sabía lo que era estar comprometido de verdad. Quizá incluso había comprado el anillo para Eloise en la misma joyería. Y ahora estaba con ella, no porque quisiera, sino por un trágico error. Iba a comprar un símbolo de amor para una mujer de la que no estaba enamorado. Eso era muy

triste… para los dos.

Dominic puso unas monedas en el parquímetro.

—¿Dos horas serán suficientes?

—Supongo que sí —contestó Lucy—. No creo que sea tan difícil elegir un anillo.

—Pero también querías comprarte un vestido —le recordó él.

Su falta de ropa adecuada parecía indicar lo poco preparada que estaba para su nueva vida.

—¿Qué más necesito para la cena? ¿Tengo que cocinar?

Dominic pareció sorprendido.

—No, lo hará Jessie.

Ah, claro. La vida de Dominic Grayling era como una máquina bien engrasada. Era absurdo por su parte pensar que iba a hacer un papel importante en ella.

—Supongo que decidirá el menú contigo cuando llegue.

—Yo no sabría qué sugerir.

—¿Qué clase de anillo quieres? —preguntó Dominic, cambiando abruptamente de tema.

—No lo sé.

—¿Qué clase de anillo te regaló Michael?

—No me regaló un anillo de compromiso, sólo la alianza.

—¿No te gustan las joyas?

—Fue una decisión económica más que estética —dijo Lucy, intentando sonreír—. ¿Cuánto quieres gastarte?

—No lo sé. Dile a Jasper lo que te gusta y ya está.

Parecía irritado. ¿Por qué? ¿El dinero era algo que no debía mencionar?

Podía elegir el anillo que quisiera, sin problemas de presupuesto. Nunca se habría imaginado a sí misma en esa situación. Era como un sueño. Debería serlo. Pero tenía miedo y miró a Dominic, como buscando en sus ojos la seguridad que había visto al principio.

—Todo saldrá bien —dijo él, tomando su mano—. Nuestro matrimonio estará basado en la amistad y la sinceridad. Eso es más de lo que mucha gente tiene. Piensa en el anillo como un símbolo de nuestro acuerdo de ser padres de las niñas.

El calor de su mano hizo que se sintiera un poco mareada. Era un roce tan pequeño, tan insignificante y, sin embargo, la hacía desear… la hacía desear cosas que no podía tener: pasión, alguien a quien amar, un futuro en el que sabría que había hecho feliz a alguien por el mero hecho de estar a su lado.

En lugar de eso, Dominic le ofrecía sinceridad y amistad. Y le parecía poco. ¿No había sentido la conexión que hubo entre ellos

cuando se besaron?

Evidentemente, no. Lucy intentaba convencerse de que había sido cosa de su imaginación, pero no podía seguir engañándose a sí misma.

Pero si Dominic no sentía nada por ella…

—¿Lista?

Lucy asintió, nerviosa, mientras él llamaba a un timbre. La puerta se abrió como por arte de magia y se encontró en un pasillo con las paredes pintadas de color granate.

—¡Dom! Y tú debes de ser Lucy. Estaba deseando conocerte.

El hombre, rubio y no más alto que ella, apretó calurosamente su mano.

—Te presento a Lucy Grayford, mi prometida —sonrió Dominic—. Lucy, éste es el amigo de Jasper, Alistair Wood.

—Hola, ¿qué tal?

Todo aquello parecía un poco irreal, pero intentó portarse con cierta normalidad. Aunque sentir la mano de Dominic en su cintura la ponía nerviosa.

—¡Dom! Llegas muy temprano.

Un hombre alto y atlético, de vibrantes ojos verdes, acababa de aparecer en el pasillo. Tenía el pelo húmedo de la ducha y su camiseta también estaba mojada, presumiblemente por la misma causa.

—Algunos nos levantamos temprano —rió Dominic—. Jasper, te presento a Lucy.

Jasper le plantó dos besos en la cara.

—Encantado de conocerte. Estaba empezando a desesperarme con Dominic, pero por fin va a sentar la cabeza.

—¿Ah, sí? —sonrió Lucy.

—Ya conoces a Alistair, supongo —dijo Jasper entonces—. Él se encargará del té mientras yo creo un anillo fabuloso para ti. Venid a mi sancta sanctorum.

En el taller todo estaba muy ordenado excepto el escritorio de roble, cubierto de dibujos donde presumiblemente probaba sus ideas.

Lucy se acercó para echar un vistazo.

—Este es precioso.

—¿Tú crees? —murmuró Jasper—. La parte de arriba no sé si me gusta. Quería dar una impresión de libertad, pero de intensa seguridad también. El metal abraza el diamante… pero no estoy seguro. Al final, alguien dirá que es sólo un collar —suspiró dramáticamente.

—Depende de la mujer que lo lleve —sonrió ella.

Jasper la miró, sonriendo también.

—No eres como imaginaba. Dom no me ha contado casi nada…

—Te dije que era muy guapa —protestó Dominic, tomando a Lucy

por la cintura. Un gesto natural en dos personas enamoradas, pero ella se sintió como un maniquí. Habría sido fácil darse la vuelta, besarlo… Pero era demasiado peligroso. Para él, sería sólo parte de la farsa, pero para ella empezaba a ser algo diferente. Y no era eso lo que Dominic quería.

—Es preciosa —sonrió Jasper—. Una morena preciosa.

No se parece nada a Eloise. No lo dijo, pero Lucy estaba segura de que era eso lo que pensaba.

—Eres un hombre muy afortunado, Dom.

—Lo sé.

Casi parecía sincero. Por las niñas, debían convencer a todo el mundo de que estaban enamorados, pero… no le gustaba, no se sentía cómoda.

—¿Qué clase de anillo tienes en mente, Lucy?

—No sé, lo que tú quieras.

—Deberías tentarla con uno de tus originales diseños —bromeó Dominic. Estaba muy cerca y podía notar su aliento en el cuello, el murmullo de su voz provocándole escalofríos.

—¿No deberías elegirlo tú? —preguntó, intentando apartarse.

—A las mujeres les gustan los diamantes, ¿no?

—Si ésa va a ser su contribución, creo que deberíamos ignorarlo —suspiró Jasper—. Yo te veo más de fuego que de hielo —añadió, mirando a Lucy—. ¿Oro en lugar de platino?

—Sí, prefiero el oro.

—No te preocupes, encontraré algo que sea perfecto para ti.

Media hora después, estaba deseando terminar de una vez por todas con aquella farsa. Un anillo para un matrimonio vacío… Un anillo de compromiso debería significar que alguien la amaba, que había alguien en el mundo que la veía como un tesoro. Ni siquiera el más bonito de los anillos podría competir con eso si se regalaba sin amor.

—Este diseño está bien. ¿Qué te parece, Dominic?

—Si a ti te gusta… pero a mí me parece muy complicado.

—Este anillo tiene su propia alma —protestó Jasper—. Si hacemos los pétalos en diamante, ¿qué tal otra piedra para el centro? Tengo una esmeralda perfecta. Es casi del mismo color que tu pañuelo.

Lucy vaciló. Una esmeralda perfecta debía de ser carísima.

—¿Dom? —insistió Jasper—. Esta chica está hecha para una esmeralda.

—Lo que tú digas.

Alistair asomó la cabeza en el taller en ese momento.

—Voy a servir el té en la terraza. Y tenemos visita. Fionnula.

—Ah —suspiró Jasper—. Supongo que ya conoces a Fionnula.

—No, aún no.

—Lucy y yo no llevamos juntos mucho tiempo —intentó explicar Dominic—. Además, nos hemos concentrado en las niñas…

Al menos, esa parte era verdad.

—¿Y el anillo?

—Usa la esmeralda.

—Muy bien. Os lo enviaré en cuanto esté terminado.

Dominic asintió, pero cuando iban por el pasillo, la detuvo un momento.

—Fionnula es la prima de Eloise —le dijo en voz baja—. Y mi ayudante. Ibas a conocerla esta noche de todas formas porque irá a cenar con Vanessa y Cyril. Es su…

—Sobrina, supongo.

—Desde la muerte de Eloise, ha sido algo así como una hija para ellos.

Cuando entraron en el salón, una rubia impresionante se echó en brazos de Dominic.

—Fin, quiero presentarte a Lucy.

Fionnula dio un paso atrás.

—¿Lucy?

—Lucy Grayford, mi prometida.

—Ah, tu prometida.

En tres palabras había dicho lo que pensaba de ella, pero Dominic no parecía haberse dado cuenta. Y si era sincera, Lucy debía admitir que tampoco a ella le gustaba la rubia. No le gustaba su forma de posar, le disgustaba su acento de niña rica y envidiaba su estómago plano. Pero, sobre todo, detestaba esa mano que descansaba sobre el brazo de Dominic.

—Creo que íbamos a conocernos esta noche. Fionnula sonrió. O casi.

—¿Tú eres la viuda que está con Dominic? Te confieso que sentíamos curiosidad. Tienes una niña de la misma edad que Abby, ¿no?

—Sí, se llama Chloe.

Pero Fionnula ya había perdido interés y se volvió hacia Dominic antes de que ella terminara la frase. Quizá aquél era buen momento para una muestra de afecto. Pero no. Dominic se quedó al lado de Fionnula.

—Ha mantenido a Lucy en secreto —sonrió Jasper—. Pero Dom siempre es así cuando algo le importa de verdad. Bueno, salgamos a la terraza. Vamos a aprovechar que hace buen tiempo.

Lucy los siguió, sintiéndose más sola en aquel momento que nunca en toda su vida. Charlaron durante un rato y nadie pareció darse cuenta de que ella estaba callada. Se alegraba. Así podía observar a Fionnula.

Era muy guapa, muy elegante. Parecía una muñeca de porcelana: enormes ojos azules, piel perfecta, pómulos altos y precioso pelo rubio. El pelo era similar al de Chloe. Un poco más oscuro y con carísimas mechas, pero de pequeña seguramente habría sido idéntico. Llevaba una melenita echada hacia atrás, con las puntas bien cortadas.

Era difícil creer que Dominic podía ser inmune a una belleza así si ella estaba interesada. Y cuanto más la miraba, más segura estaba de que Fionnula estaba interesada.

Lucy tomó un sorbo de té. ¿Se parecería mucho a Eloise? Si Eloise había sido tan perfecta, era lógico que Dominic no quisiera amar a nadie más. ¿Cómo podía una mujer compararse con semejante diosa? Ni siquiera su prima, aparentemente.

—Tenemos que irnos —dijo Dominic, de repente.

—Pero si no has terminado tu té —protestó Alistair.

—Tenemos que recoger a las niñas de la clase de ballet.

—Es el primer día para Chloe y no queremos llegar tarde —sonrió Lucy.

—Ah, claro —suspiró Jasper, apretando su mano—. Además, tendremos mucho tiempo para vernos.

—Dominic —sonrió Fionnula, tomando su bolso— ¿podemos hablar un segundo antes de que te marches?

—Esta noche…

—Si me confirmas un par de citas ahora puedo llamarlos hoy mismo.

Dominic se encogió de hombros mientras la acompañaba al pasillo.

—¿Sabes una cosa, Lucy? —dijo Jasper entonces—. Si Dom hubiera estado interesado en Fionnula, ya se habría casado con ella. Se parece a Eloise, desde luego, pero son completamente diferentes. Eloise era un ángel y Fionnula… Bueno, Fin puede ser divertida, pero no es su tipo. Y yo no sabía que venía, lo siento.

Había querido consolarla, pero la confirmación de que la difunta esposa de Dominic era un ángel no la consolaba en absoluto.

—¿Está enamorada de él? Perdona, no debería…

—Fionnula es una chica muy ambiciosa —rió Jasper—. Si está enamorada de algo, es de su reputación.

—¿Nos vamos? —Dominic asomó la cabeza en la terraza, extendiendo la mano.

—Sí, claro.

Una vez fuera, Lucy se dirigió al coche.
—¿Dónde vas?
—A buscar a las niñas.
—Antes tenemos que comprar un vestido para ti. Vanessa y Cyril no serán tan complacientes como Fionnula.
A Lucy se le paró el corazón. Si la doncella de hielo había sido «complaciente», ¿cómo serían los padres de Eloise?
—Pensé que llegábamos tarde.
—No, tenemos tiempo. La clase no termina hasta las doce.
—¿Y por qué has dicho que teníamos que irnos?
—Porque quería rescatarte.
—¿De qué?
—No soy tonto, Lucy. Pero no te preocupes, a partir de ahora será más fácil. Ahora mismo, Fionnula estará hablando con sus tíos por teléfono y ya sabrán qué esperar.
—¿Qué quieres decir?
Dominic se encogió de hombros.
—Que sabrán que no eres una copia de Eloise. Y no tienes que serlo. No quiero que lo seas. Sólo quiero que estés ahí para las niñas, para nuestras hijas. Quiero que seas tú misma, ¿de acuerdo?
—Sí, supongo que sí. Pero parece que a Fionnula no le he gustado mucho.
—Ella es así, no te preocupes. Debería haberle hablado de ti…
—¿Por qué no lo hiciste?
—No lo sé. Siempre pensaba que encontraría un momento mejor.
No era una respuesta muy satisfactoria, pero…
—Creo que le gustas.
—Eso espero, es mi ayudante. Y mi amiga.
De modo que Jasper tenía razón, Dominic no estaba interesado en la prima de su mujer. Qué raro. Pocos hombres se habrían resistido a una chica tan guapa. Pero quizá sólo era una pálida copia de Eloise.
—Fin se portó muy bien tras la muerte de mi mujer. Sé que Cyril y Vanessa esperaban que nos casáramos, pero es imposible, somos amigos.
—Ya veo.
No había que decir nada más. Evidentemente, Dominic estaba ciego. O quizá no quería ver que Fionnula aspiraba a ser algo más que su amiga.
—¿Te gusta el anillo?
Lucy asintió.
—¿Será muy caro? Yo creo que Jasper se ha pasado un poco…
—¿Lo dices por la esmeralda? Vas a tener que llevar ese anillo

durante muchos años y es preferible que te guste, ¿no? Además, yo creo que una esmeralda te pega mucho.

Y era verdad. No se había dado cuenta hasta que Jasper lo mencionó, pero el color verde le sentaría fenomenal. Mucho mejor que el negro que tanto le gustaba a Eloise.

Dominic miró su reloj, frustrado por unos pensamientos que no deberían tener cabida en su mente.

—Tenemos cuarenta minutos antes de ir a buscar a las niñas.

Lucy era la madre biológica de Abby y la mujer que había traído a Chloe al mundo. Eso era todo. No tenía por qué fijarse en nada más. Ni en su pelo, ni en su cuello, ni en sus curvas.

—Intentaré no tardar mucho en elegir el vestido —suspiró ella.

Dominic sacudió la cabeza, cada vez más enfadado consigo mismo. La situación era difícil, pero no debía hacérselo pasar mal. Lucy había dejado muchas cosas para ir a Londres. Tenía que recordar eso.

Capítulo 6

En general, Lucy pensó que la tarde había ido más o menos bien.

Abby era encantadora, siempre alegre, siempre vitalista. Pero eran sus ojos, tan parecidos a los de Michael, lo que le hacía un nudo en la garganta. Casi podía verlo a su lado, con el pelo movido por el viento, la misma expresión…

Ya no podía imaginar el futuro sin Abby. Increíblemente, la quería tanto como a Chloe. Y casi parecían una familia. Habían estado nadando por la tarde y, al final, tuvo que retirarse, agotada, mientras las niñas seguían jugando en el agua. Eso debería ser suficiente para hacerla feliz.

Pero Dominic…

Ella no creía en el amor a primera vista. Era una tontería y, sin embargo, resultaba tan difícil explicar lo que le estaba pasando. Era como si Dominic tu viese un foco sobre su cabeza, como si no pudiera dejar de mirarlo a cada momento. Incluso envidiaba cómo su hija apoyaba la cabecita sobre su pecho para contarle cosas…

—¿Lucy?

La voz de Dominic interrumpió sus pensamientos.

—¿Sí?

—¿Tienes un minuto?

Ella dejó el cepillo del pelo sobre el tocador, aclarándose nerviosamente la garganta mientras iba a abrir la puerta del dormitorio.

—¿Han llegado tus suegros?

Al verlo con el esmoquin, Lucy se quedó sin respiración. Estaba… impresionante.

—Aún no. Quería hablar contigo un momento antes de que llegasen.

—¿Algún problema?

¿Habría cambiado de opinión? ¿Habría decidido no seguir adelante con el matrimonio?

Lucy se pasó las manos por la falda del vestido. Nunca había tenido nada tan sofisticado ni tan bonito. El sujetador milagroso que la dependienta había insistido en que comprase hacía maravillas por su escote… incluso quizá demasiado.

—No hay ningún problema. Y estás guapísima —sonrió él.

—Gracias.

Dominic miró su escote… necesitaba un collar. Uno de esos collares tan bonitos que hacía Jasper, con un diamante que reflejase la

luz. Nervioso, se aclaró la garganta.

—Jasper ha enviado el anillo —dijo, mostrándole una cajita de terciopelo.

—Ah.

—Supongo que querrás ponértelo a solas.

Lucy tomó la cajita con manos temblorosas. Aquél era el momento. Elegir el anillo había sido difícil, pero aquél era el momento en el que aceptaba un futuro con Dominic Grayling.

—¿Lo has visto? ¿Es bonito?

—Abre la caja.

Ella obedeció. Dentro había un sueño. Una flor que podría haber sido diseñada por los propios dioses. Su anillo. Hecho para ella. Tan precioso.

El símbolo de un futuro sin amor.

—Es… increíble.

—Vamos a ponértelo.

Lucy levantó la mano y, solemnemente, Dominic le puso el anillo.

—Es precioso. Muchas gracias.

Él no soltó su mano. Todo lo contrario, tiró de ella y Lucy se quedó como hipnotizada por el calor que había en sus ojos azules. Aquel momento también significaba algo para él. No era amor, no podía serlo. Y tampoco era pasión, pero había una ternura…

Sin decir una palabra, Dominic la besó. Suavemente. Sus labios apenas rozaron los suyos.

—Todo va a salir bien.

—Sí.

Quería creerlo. Quería creerlo con todo su corazón.

El anillo le pesaba en el dedo. A pesar de estar acostumbrada a llevar una alianza, se sentía rara. El anillo de Dominic. Si aquello fuera real, la habría apretado contra su corazón y se habría sentido segura, amada. Pero era posible que jamás volviera a sentirse amada en toda su vida.

—¿Estás lista? ¿Quieres una copa antes de que lleguen?

—Sí, creo que sí.

—Ven, vamos —sonrió Dominic, tomando su mano.

Mientras bajaban por la escalera, uno al lado del otro, Lucy se preguntó si era así como se sentía la gente cuando iba a la guillotina. No, era ridículo. No era tan horrible. Había aceptado casarse con un hombre por su hija, por sus hijas. Y Dominic Grayling era un buen hombre.

—¿A qué hora llegarán tus suegros?

—En diez minutos, más o menos. Suelen ser puntuales.

—¿Fionnula vendrá con ellos?

Dominic la llevó hacia la cocina.

—Supongo que sí. ¿Estás lista para anunciarle a Jessie nuestro compromiso?

Lucy asintió con la cabeza. No estaba lista, pero seguramente no lo estaría nunca.

—¿Jessie?

La cocinera, a la que Lucy había conocido por la mañana, se volvió, secándose las manos con un paño.

—Vaya, qué guapos os habéis puesto.

—¿Verdad? —rió Dominic—. Tenemos que darte una noticia.

—Si vas a decirme que se ha cancelado la cena, ya puedes llamar a unos amigos. No pienso tirar mi salmón Coulibiac.

—¿Haría yo eso?

—Claro que sí. Mi talento culinario lleva años siendo despreciado en esta casa. Sólo me quedo por Abby.

Dominic soltó una carcajada mientras Lucy observaba el intercambio con curiosidad. Ella estaba acostumbrada a las canguros o a las chicas que iban una vez por semana a limpiar, pero no a alguien que dirigía su casa y la vida de su hija. Jessie era más que una empleada, era casi de la familia, como Dominic le había dicho.

—Lucy y yo nos hemos comprometido.

—¡Oh! —Jessie soltó el paño que tenía en la mano—. Yo esperaba… bueno, es maravilloso. De verdad. ¿Ya habéis comprado el anillo?

Lucy levantó la mano.

—Qué bonito. Me alegro muchísimo por los dos. ¿Las niñas lo saben?

—Se lo dijimos ayer —sonrió Dominic—. Si has terminado con el salmón, ven a tomar una copa con nosotros.

—¡Quiero un jerez! —sonrió Jessie—. ¡Qué alegría! Bueno, voy a mover un momento la salsa, acabo en seguida.

—¿Qué quieres tomar, Lucy?

—Vino blanco, por favor.

Dominic salió de la cocina y ella se quedó a solas con Jessie.

—Espero que no te importe. Todo ha sido un poco repentino…

—¿Por qué iba importarme?

—No sé. Acabamos de conocernos y…

Jessie cerró la puerta del horno.

—Ya era hora de que Dominic rehiciera su vida. Quería mucho a Eloise, pero ella se ha ido. Aunque, claro, va a haber muchos corazones rotos.

Lucy pensó en Fionnula. No debería hacerle tantas preguntas, pero no podía evitarlo.

—¿De verdad?

—«El ídolo de la mujer inteligente» —sonrió Jessie.

—¿Perdona?

—¿No lo has visto? A mí me encanta. He pegado la foto aquí —siguió Jessie, abriendo la puerta de uno de los armarios—. Al lado del café. Pensé que sería mejor tenerla cerca de un estimulante.

Lucy comprobó que era la portada de una revista. Con el rostro de Dominic. Votado por miles de mujeres como «el ídolo de la mujer inteligente».

—Las mujeres no pueden resistirse a su atractivo. O quizá sea su entusiasmo juvenil. Le pones a hablar de los romanos en Bretaña y puede aburrir a toda Inglaterra, pero la verdad es que gusta.

Dominic era historiador. Eso le había dicho. Y había un programa de historia…

¿Un presentador de televisión? Ahora entendía por qué su rostro le resultaba familiar. No era por su parecido con Chloe o, al menos, no del todo. Debía haber visto su cara mil veces…

—¿Venís o no? —oyeron su voz desde el salón.

—¡Ya voy! —gritó Jessie, saliendo de la cocina.

Lucy estaba cerrando la puerta del armario cuando Dominic apareció a su lado.

—Ah, ya veo que has descubierto la bromita de Jessie.

—No sabía nada…

—A mí no me gustan esas tonterías —suspiró Dominic—. Esa es una de las razones por las que no quiero que nadie sepa lo del intercambio de embriones. Nadie debe saber por qué nos casamos.

Lucy asintió. Todo tenía sentido. Incluso Fionnula. Jasper le había dicho que estaba enamorada de su reputación… Ahora lo entendía todo.

Pero cuando miró a Dominic, se dio cuenta de que las cosas no eran tan fáciles. Ella no era muy diferente de las mujeres que habían votado en esa en cuesta. Dominic Grayling era un hombre muy atractivo. Y quería que la besara de nuevo, quería saber lo que era estar entre sus brazos…

—¿Lucy?

Ella se apartó, nerviosa. No debía saber lo que sentía porque lo complicaría todo. Pensaría que estaba impresionada por su fama y su dinero. Se casaban por las niñas, eso era lo único importante.

—Debería haberte reconocido… tu cara me resultaba familiar, pero pensé que era por tu parecido con Chloe. Qué tonta… Pero nadie va a

creer que somos un matrimonio de verdad.

—¿Por qué no?

—Un vestido no cambia a nadie. Yo no sé cómo ser anfitriona en una cena elegante, no sé cómo hacer estas cosas.

Dominic apretó su mano.

—Nada ha cambiado, Lucy. Sé tú misma.

—¿Y tus suegros?

—A mis suegros les costará trabajo aceptarte porque no eres Eloise. No es nada personal.

Le habría gustado preguntar por Fionnula, pero no se atrevió. La rubia quería más, estaba claro, pero si Dominic no se daba cuenta, ella no podía hacer nada.

Cuando llegaron al salón, Jessie los estaba esperando con una copa en la mano.

—¡Por los dos! Espero que seáis muy felices juntos.

Las posibilidades de que fueran felices parecían cada vez más remotas. Ella no estaba hecha para ese tipo de vida. Ella era una persona tranquila, de campo. No quería vivir en una pecera, con otras mujeres deseando ocupar su puesto.

—Por el futuro —brindó Dominic, pasándole un brazo por los hombros.

Cuando sonó el timbre. Lucy se sobresaltó.

—¿Lo saben? —preguntó Jessie.

—Aún no.

—A ver, todo el mundo en posición. Voy a abrir la puerta.

Jessie salió del salón, dejando su copa sobre la mesa.

—Parece que no le ha importado mucho —murmuró Lucy—. De hecho, parece encantada, ¿no?

—¿Por qué no iba a estarlo? Tranquila, todo irá bien, ya verás.

—Tus suegros no creerán…

—¿Qué?

—Que quieres casarte conmigo.

—¿Por qué no? —pregunto Dominic, acariciando su pelo—. ¿Porque no eres inteligente? ¿Por que no eres preciosa? Cualquier hombre debería considerarse afortunado por tenerte en su vida, Lucy. Sé que es demasiado pronto, sé que no quieres…

No había querido besarla, pero no pudo evitarlo. Nadie estaba mirando. No tenían que impresionar a nadie. Y, sin embargo, no pudo controlar el impulso. Había algo irresistible en sus labios. Además, quería tranquilizarla, convencerla de que todo iba a salir bien. Siempre había querido eso, desde el primer día. Había algo muy vulnerable en ella y, a la vez, tan fuerte.

Pero sólo estaban juntos por las niñas. Ella había aceptado un matrimonio sin amor por ellas. Tenía que recordar eso.

—Abby te necesita.

—Lo sé.

—Y Chloe me necesita a mí.

—Sí —murmuró Lucy—. Lo sé.

—Perdón, chicos —anunció Fionnula, entrando en el salón.

Lucy dio un paso atrás, nerviosa. Con un vestido azul pavo, Fionnula era una aparición. Capas y capas de gasa envolvían su cuerpo y sus piernas interminables. Tras ella había una pareja, la mujer con los mismos pómulos altos y la misma piel perfecta.

—Tú debes de ser Lucy Grayford —dijo Vanessa Carpenter, estrechando su mano—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—¿Jessie se ha llevado vuestros abrigos? —preguntó Dominic, al rescate—. ¿Queréis tomar algo?

Lucy podía sentir la mirada curiosa y ligeramente antagónica de Vanessa. Y se preguntó qué le habría contado Fionnula.

—Un whisky, como siempre. ¿Abigail no se encuentra bien? Cerise me ha dicho que has cancelado la clase de piano de mañana.

—Ahora que Chloe está aquí, me ha parecido lo mejor.

—Pero la disciplina y la consistencia son fundamentales. No puedes interrumpir su educación. A Eloise no le habría gustado.

Dominic apretó la mano de Lucy, con gesto conspirador.

—Me alegro de que hayáis venido. Tenía muchas ganas de presentaros a mi prometida.

El silencio que siguió era ensordecedor.

—¿Estáis comprometidos? —consiguió preguntar Fionnula.

—Sí —contestó Lucy, mostrando el anillo.

—Qué compromiso tan repentino.

—Mucho, desde luego —asintió Vanessa—. No teníamos ni idea. Ni la más remota idea. ¿Verdad, Cyril?

Su marido no se molestó en contestar.

—Esta mañana no hemos podido hablar mucho —sonrió Fionnula entonces, sentándose en el sofá—. ¿A qué te dedicas exactamente?

—Soy profesora.

—Ah, fascinante.

—Los profesores no ganan un céntimo —dijo Cyril, que estaba mirando un cuadro—. Yo no habría permitido que Eloise se dedicara a eso.

—Por supuesto que no —asintió su mujer—. Pero, claro, Eloise era una chica con tanto talento…

Dominic puso una mano sobre su hombro para darle valor. Iba a necesitarlo. Aunque era lógico. Los padres de Eloise debían desear con todo su corazón que su hija no hubiera muerto.

—Nadie se dedica a esto por dinero —dijo Lucy—. Me encanta enseñar a los niños y…

—Eloise era abogado —la interrumpió Fionnula—. Muy brillante, además.

—Lo sé. Dominic me ha hablado de ella.

—Fionnula me ha dicho que tú también tienes una hija —dijo Vanessa entonces. Debía tener cincuenta y tantos años, pero seguía siendo una mujer muy guapa. La abuela biológica de Chloe.

—Así es.

Y tenía los mismos ojos azules que Chloe.

—¿Es inteligente?

—Mucho —contestó Dominic—. ¿Pasamos al comedor? Jessie no me perdonará si se enfría la cena.

Una vez sentados alrededor de la mesa, Vanessa volvió al ataque:

—Como profesora, supongo que entenderás la importancia de la disciplina. Estoy muy preocupada por la interrupción de las clases de piano de Abigail. Eloise era una excelente pianista y quiero que su hija…

—A mí me parece —la interrumpió Dominic cuando Jessie entró con una bandeja de soufflés— que a Abby no le gusta particularmente tocar el piano.

Lucy se sentía fatal. Sólo podía pensar qué sentiría ella si estuviera en el puesto de Vanessa. Aquella mujer había perdido a su hija y tenía miedo de perder también a su nieta.

—Quizá sería sensato dejar las clases de piano por el momento —siguió Dominic—. A lo mejor prefiere otro instrumento cuando sea mayor… Lucy y yo tomaremos una decisión más adelante.

Fionnula la fulminó con la mirada.

—¿Tu hija toca algún instrumento, Lucy?

—Me temo que no.

—¿No te gusta la música?

—No particularmente. Pero si a Chloe le gustase, la animaría a estudiar.

Fionnula se apartó el pelo de la cara.

—A mí me encanta la música. ¿Recuerdas aquel concierto en el Albert Hall, Dominic? Aún me acuerdo de la flautista… ¿Cómo se llamaba?

—Lucienne Chaillet —contestó Cyril—. La vimos otra vez esta primavera, en París.

—No creo que a tu hija no le guste tocar el piano, Dom —siguió Fionnula—. Eloise y tú erais grandes amantes de la música.

—Pero no a los seis años —replicó él, cortante—. Fionnula me ha dicho que acabas de volver de Hamburgo, Cyril. ¿Qué tal te ha ido?

Lucy se relajó, pero el alivio duró poco. La familia de Eloise no parecía dispuesta a dejar de influir en la vida de Abby. Y era comprensible. Querían a su nieta y temían que una madrastra arruinase su relación.

Y lo más terrible era que Abigail no era realmente su nieta. Era Chloe la hija biológica de Eloise. Chloe, la que se parecía a aquellas personas.

La cena se alargó eternamente y Lucy fue incapaz de saborear el salmón Coulibiac. Fue un alivio cuando Jessie llevó una bandeja de quesos.

—¿Tomamos café en el saloncito? —sugirió Vanessa—. Me gustaría hablar con Lucy… ahora que va a formar parte de la vida de Abigail.

—Jessie, por favor, sirve el café en el saloncito —suspiró Dominic.

—¿Piensas dar clases en Londres? —preguntó Vanessa, dejándose caer en un sillón.

—Por el momento, voy a concentrarme en las niñas. Sobre todo, en Abby.

—Abigail va a visitarme todos los jueves y hablamos en francés. Mi madre era francesa, ¿sabes? Eloise y Fionnula eran bilingües desde los siete años.

—Es posible que eso tenga que cambiar —le advirtió Dominic—. Ahora debemos tener en cuenta los intereses de ambas niñas.

—Pero no haremos nada que perjudique vuestra relación con Abby, por supuesto —intervino Lucy enseguida—. Sé que le encanta estar con sus abuelos… A Chloe también le gusta mucho estar con mi madre.

—Nosotros esperábamos que Fionnula algún día… —empezó a decir Vanessa. No terminó la frase, pero no tenía que hacerlo. La pobre mujer suspiró, como si todos sus sueños se hubieran caído por tierra.

Fionnula bajó la mirada, con aspecto modosito, pero Lucy no se dejó engañar. Mientras Vanessa le daba pena, Fionnula la sacaba de quicio.

—Acabo de percatarme de qué es lo que falta en esta habitación —dijo Cyril entonces—. La fotografía de Eloise. Estaba sobre la chimenea.

Todos los ojos se volvieron hacia Dominic.

—La he quitado. Pensé que…

—¿Qué va a pensar Abigail si retiras la foto de su madre en cuanto otra mujer entra en su casa? Eloise sigue siendo su madre, Dominic.

—Yo creo que no se ha dado ni cuenta.

—No hace falta que la quites —intervino Lucy—. Te agradezco el gesto, pero prefiero que Abby y tú tengáis recuerdos de Eloise en la casa.

Dominic había retirado la fotografía de la mujer que amaba por ella. Era un detalle muy bonito.

—Por favor, vuelve a ponerla en su sitio.

Él abrió un cajón y, sin mirar la fotografía, volvió a colocarla sobre la chimenea.

Eloise había sido una mujer bellísima, desde luego. Lucy admiró los rasgos del ángel al que tanto había temido, los rasgos de una estrella de cine.

Se parecía a Fionnula, pero las facciones de Eloise eran más perfectas, sus ojos más suaves, llenos de amor.

—¿Hiciste tú la fotografía, Dominic?

—¿Cómo lo sabes?

—Por su expresión. Hay mucho amor en sus ojos —suspiró Lucy—. Es una fotografía preciosa —añadió, levantándose—. No quiero ser grosera, pero estoy muy cansada. Me voy a dormir.

—Lucy…

—No, en serio —sonrió ella—. Ha sido un día muy largo y estoy agotada. Encantada de conoceros. Buenas noches.

Había sido un día largo, pero eso no explicaba lo que sentía. Todo era tan confuso. No quería pensar en ello, pero…

Afortunadamente, Dominic la dejó ir sin discutir. No habría podido soportarlo.

Una vez en su habitación, Lucy se acercó a la ventana y miró las farolas de la calle. Tan diferente de su casa.

A su alrededor había un millón de personas, todas ocupadas, todas viviendo sus vidas. Si alguien supiera que iba a casarse con Dominic Grayling pensaría que era una mujer afortunada y, sin embargo…

¿Podría pasar el resto de su vida así, sola, viviendo una mentira? Nerviosa, empezó a juguetear con el anillo, y al final, lo dejó sobre la mesilla. La sensación de soledad, de aislamiento, era tan grande, tan insoportable…

Lloró durante mucho tiempo, hasta que no le quedaron lágrimas.

—¿Lucy?

Rápidamente, se secó la cara con las manos y fue a abrir la puerta.

—¿Se han ido ya?

—Sí.

También había sido difícil para él. Muy difícil. Podía verlo en su gesto de cansancio. Dominic tendría buenos recuerdos de sus suegros antes de la muerte de Eloise y debía saber cuánto les dolería que volviera a casarse. Habría visto el dolor en los ojos de Vanessa, como lo había visto ella.

—¿Qué ha pasado?

Dominic se quitó la chaqueta y la tiró sobre la cama.

—No es nada personal contra ti, Lucy. Es que no han superado la muerte de Eloise.

—Es comprensible.

—¿Cómo estás?

—¿Yo? Bien.

—Has estado llorando —dijo Dominic en voz baja.

Le habría gustado negarlo, pero no tendría sentido.

—No ha sido agradable. ¿Estás seguro de que no debemos decírselo? Me refiero a la verdad, por qué vamos a casarnos.

—Estoy seguro —contestó él—. Vamos a casarnos por las niñas; es por ellas, no por Cyril y Vanessa. Ni siquiera por nosotros.

Lucy lo miró a los ojos, buscando seguridad, fuerza.

—Si alguien supiera lo del intercambio de embriones, me harían la vida imposible. Ese es uno de los problemas de trabajar en televisión. Por eso tiene que seguir siendo un secreto.

—Pero los pobres…

—Nosotros también lo estamos pasando mal —la interrumpió Dominic—. Pero las niñas no. Las niñas no deben pasarlo mal. Nunca. Se lo diremos cuando tengan edad para saber la verdad.

Se quedaron así, en silencio. ¿Durante cuántos años tendría que mentirle a la madre de Michael, a su propia madre? ¿A Vanessa y a Cyril? Pero sabía que debían hacerlo.

—¿De acuerdo?

Lucy asintió, sin ningún entusiasmo. Dominic se inclinó entonces para darle un beso en la frente y ella apoyó la cabeza sobre su pecho, encontrando consuelo en los latidos de su corazón.

Tanto dolor… pero no había alternativa.

Capítulo 7

—¿Qué ha pasado aquí? —exclamó Dominic, entrando en la cocina —. Parece como si se hubiera declarado la III Guerra Mundial.

—Estamos haciendo magdalenas —contestó Abby—. Lucy nos ha enseñado.

Había mantequilla y azúcar por toda la encimera y una considerable cantidad de harina en el suelo, parte de la cual había sido arrastrada hasta el invernadero. Nunca había visto su cocina en ese estado. Jessie conseguía hacer los platos más complicados sin organizar un desastre.

—Lo siento, estaba a punto de limpiar —sonrió Lucy.

—¿Todo esto para hacer unos bollos?

—No te preocupes, enseguida lo limpio. Se ha caído un poco de harina, nada más.

¿Un poco de harina?

—¿Siempre organizas este jaleo para cocinar?

—Sí, me temo que sí… Y será mejor que me asee un poco. Estoy hecha un asco.

—Intenta no manchar la escalera de harina, Abby —suspiró Dominic cuando su hija empezó a bailotear— o a Jessie le dará un infarto.

—Jessie dice que te viene bien un poquito de jaleo —rió Abby.

Y seguramente era verdad, pensó Dominic. Debería odiar aquello, él, que era un hombre tan ordenado. El orden era a lo que se había agarrado durante los últimos seis años, desde la muerte de Eloise. Y, sin embargo, las críticas de Fionnula sobre la desorganización de Lucy habían hecho que defendiera las sandalias en el pasillo y el bolso en el saloncito… Lucy estaba demasiado ocupada viviendo como para preocuparse de ordenar los cojines.

Cuando oyó las risas de las niñas por la escalera tuvo que hacer un esfuerzo para no reunirse con ellas. Con Lucy.

Dominic cerró los ojos un momento, frustrado. No debería ser así. Cuando le propuso matrimonio, pensó que sería muy fácil, que vivirían vidas separadas…

Había esperado tener que llegar a algún compro miso, hacer cosas juntos… Lo que no había esperado era el abrumador deseo de acariciar su pelo, de tocarla. Allí, en la cocina, despeinada y con la cara manchada de harina, seguía pareciéndole preciosa. Más que preciosa.

Quizá esa inexplicable atracción no era tan inesperada. Su voz al

otro lado del hilo durante las conversaciones por teléfono lo había atraído desde el principio. La voz, la mujer, tan llena de vida. Pero su reacción habría sido la misma con cualquier otra mujer guapa. No significaba nada. La mujer a la que había amado, a la que amaba, se corrigió a sí mismo, era Eloise.

Dominic intentó recordar el rostro de su esposa. Le irritaba que cada vez fuera menos vívido. A veces, pasaban días sin que pensara en ella. Pero se había prometido a sí mismo que no dejaría que otra mujer ocupara su sitio. Eloise había muerto dando a luz a su hija…

Había muerto por su culpa. Su obligación era no olvidarla, no traicionarla jamás.

—Ya están limpias —anunció Lucy, entrando en la cocina de nuevo —. Bueno, por lo menos yo. Siento mucho el jaleo que hemos armado, Dominic. Pensé que me daría tiempo a limpiarlo antes de que llegases…

—No pasa nada.

—Abby dice que nunca ha hecho magdalenas.

Él estaba metiendo los platos en el lavavajillas, de espaldas, para no mirarla.

—¿No crees que es un poco joven para eso?

—¿Joven?

Él se volvió. Un error. Para ser una mujer tan fuerte, tenía un aspecto absurdamente vulnerable con la coleta deshecha, los ojos brillantes…

—No, olvídalo. Lo han pasado muy bien.

—¿Sí, verdad?

Sería tan fácil acercarse, darle un beso. Pero no sería justo… ni para Lucy ni para el recuerdo de Eloise.

Tenían que cumplir el acuerdo. Lucy se merecía algo más que una relación puramente física, y él no tenía nada más que ofrecer. Desde luego, no su corazón. Además, seguramente ella no estaría interesada. A veces parecía incómoda a su lado y, evidentemente, estaba intentando acostumbrarse a un estilo de vida muy diferente del suyo.

Quizá casarse sería un error. Y, sin embargo, ¿cuál era la alternativa?

—Tienes un poco de harina…

—¿Qué?

—Harina. Ahí —dijo Lucy, señalando sus vaqueros, muerta de risa —. Lo siento, de verdad. No suelo organizar este caos.

Dominic se limpió, incómodo.

—¿Las magdalenas ya están hechas? —preguntó Abby, entrando a toda velocidad en la cocina, seguida de Chloe.

—Estarán dentro de un momento. ¿Tienes alguna bandeja de porcelana?

—En el armario de arriba —contestó Dominic—. Y espero que esas magdalenas estén de cine.

—Están riquísimas. Dentro llevan mermelada —rió Chloe.

Cuando sonó el timbre del horno, Lucy se inclinó, canturreando. Era tan diferente. Nunca había conocido a nadie como ella. Todos sus movimientos eran sensuales. Quizá, con el tiempo, dejaría de fijarse en sus piernas, se acostumbraría a ella…

—Todo el mundo atrás. Esto está ardiendo —avisó Lucy.

—¡Ya están hechas! ¿Podemos probarlas? —exclamó Abby.

—Un momento, un momento —suspiró Dominic—. Hay que esperar un rato para que se enfríen.

—¿Has tenido un buen día? —pregunto Lucy entonces—. Fionnula ha dejado caer que tenías mucho trabajo.

—Sí, la verdad es que sí. Lo siento.

—No quería decir…

—No me gusta dejarte aquí sola con las niñas. Pensé que tendría tiempo, pero…

Lucy se encogió de hombros.

—Lo paso bien con las niñas, no te preocupes.

—¿Ya podemos probarlas? —insistió Abby, con la nariz prácticamente pegada a las magdalenas.

—¿Quieres quemarte la lengua? —rió Lucy, apartando la bandeja —. No me estaba quejando, Dominic. Sólo quería saber si tienes mucho trabajo.

—¿Sabes que mi papá trabaja en televisión? —preguntó Abby.

—Sí, lo sé.

—Y está escribiendo un libro.

—Eso me han dicho.

—Ahora estoy preparando un documental sobre los castillos de Inglaterra —sonrió Dominic—. Pero no me tires de la lengua. Cuando estoy trabajando en algo me vuelvo muy pesado.

—¿Ya estáis grabando?

Aquello estaba bien, pensó él. Podían hablar de trabajo. Podía concentrarse en algo que no fuera el olor de su colonia o el brillo de sus ojos.

—Todavía no. Fionnula ha estado buscando localizaciones…

—¿Cuándo vas a grabar?

—En octubre.

—Ah, entonces no falta mucho. ¿Quieres probar una magdalena?

Las niñas se quedaron en silencio, casi sin respiración, esperando

su veredicto. Y, por fin. Dominic les guiñó un ojo. Era una locura, pero eso era lo que había estado esperando, la razón por la que se iba a casar con él.

—¡Están riquísimas! —exclamó, abrazando a las niñas—. Sois dos genios. ¿Jessie se ha enterado de que tiene competencia?

Abby reía, dando saltitos.

—Voy a hacer magdalenas todos los días.

—¿Todos los días?

—También podemos rellenarlas de manzana. O de pasas, pero a mí no me gustan —explicó Chloe.

—Me gustaría mucho probar las de manzana.

Observándolos, a Lucy le costaba tragar saliva. Parecían una familia ideal… pero no lo eran. Y no era suficiente. Con repentina claridad, descubrió que no era suficiente.

Dominic era un hombre guapo, inteligente, sexy. Era el hombre con el que cientos de mujeres fantaseaban… pero iba a casarse con ella. De verdad quería a las niñas, pero no la quería a ella. Y nunca iba a quererla. Así que siempre se quedaría fuera. Y eso no era suficiente.

El dolor por la muerte de Michael había ido suavizándose con el tiempo. Lo quería, siempre lo querría, pero tenía que seguir adelante. Por ella y por las niñas.

No podía casarse con Dominic. No podía condenarse a una vida sin amor. ¿Cómo iba a vivir durante años con un hombre como él sabiendo que no la quería? Dominic no estaba interesado en saber cuáles eran sus películas favoritas, ni su color favorito, ni lo que sintió la primera vez que subió a la torre Eiffel. No estaba fascinado por ella… como ella por él.

De repente, supo que su vida nunca volvería a ser la misma.

Lo amaba.

Lo que sentía por él no era sólo una respuesta física ante un hombre atractivo. Era algo que había visto el primer día, cuando lo miró a los ojos. Era su bondad, su empatía por los demás. Era algo indefinible. Y lo amaba.

—¿Tú no quieres una, Lucy?

—¿Eh? Ah, sí, sí.

Ese no había sido el plan. Pero, ¿podía decirle adiós a Abby? ¿Podía negarle a Chloe la oportunidad de vivir con el hombre cuyos genes llevaba?

—Ah, por cierto, esta noche no vendré a cenar —dijo Dominic entonces.

—¿No?

—Tengo que ir a una entrega de premios. No creo que termine

muy tarde, pero tengo que ir porque nos dieron un premio hace un par de años. Imaginé que no querrías ir, así que le he pedido a Fionnula que me acompañe. A ella se le dan bien esas cosas.

Lucy apartó la mirada.

—¿Quieres otra magdalena, Abby?

—Pero mañana me quedaré yo con las niñas, por si te apetece salir.

Ella asintió.

—Muy bien.

—¡Pero no haremos magdalenas! —advirtió Dominic—. Bueno, voy a darme una ducha.

Era una estupidez sentirse traicionada y, sin embargo, así era. Fionnula era su ayudante, su colaboradora, era lógico que lo acompañase a una entrega de premios. Sin embargo, le dolía. Si Eloise hubiera estado viva, la habría llevado a ella… Le dolía. Desesperadamente.

Ocho horas de sueño no consiguieron animarla. Saber que amaba a Dominic hacía que todo fuese diferente. La entrega de premios no importaba, lo que importaba era que Dominic no la veía como una buena compañera.

Pero tenía que ser más positiva, pensó. La vida no había cambiado tanto. Estaba haciendo las mismas cosas, pero en un sitio diferente, nada más. Era lo que esperaba cuando aceptó casarse con Dominic Grayling.

De hecho, era mejor de lo que había esperado. Ahora no tenía que preocuparse por el dinero y tenía dos hijas. Debería sentirse feliz.

Pero…

No era su casa. Seguía caminando casi de puntillas, temiendo romper algo. ¿Cómo iba a sentirse de otra forma cuando sabía que Eloise había decidido la colocación de cada adorno, de cada cojín? Era imposible.

—Me voy al estudio, Jessie.

—Muy bien. Yo me encargo de las niñas. ¿Dominic ha desayunado?

—No, anoche se acostó tarde.

—Está en su despacho. Y estoy empezando a pensar que vive allí.

—Es que está muy ocupado. Pero ya saldrá cuando tenga hambre.

—¿Qué le pasa a ese hombre? Acabará pálido como un muerto si no toma un poco el sol. ¿Y qué pensarán entonces sus admiradoras?

—A lo mejor quiere desayunar cuando llegue Fionnula.

—Yo que tú vigilaría a esa lagarta —murmuró Jessie, cortando unas hojas de menta.

Sonriendo, Lucy entró en su estudio. Fionnula no era una amenaza. La mujer que estaba entre Dominic y ella era Eloise… joven y bella para siempre. Ninguna mujer de carne y hueso podría quitarle el sitio. Aunque Fionnula no ayudaba nada con sus hirientes comentarios.

Lucy cerró la puerta del estudio y respiró profundamente. Olía a trementina y a pintura. Durante las últimas semanas se había convertido en su santuario, un sitio en el que se sentía cómoda. Además, lo había amueblado a su gusto. Tenía que haber una habitación en aquel mausoleo donde pudiera ser ella misma.

No había razón para sentirse insatisfecha, se dijo. Todo saldría bien, de maravilla. Además, ¿cuánta gente conseguía vivir con el amor de su vida para siempre?

—¿Lucy?

Se volvió, sobresaltada, al oír la voz de Dominic. Era la primera vez que lo veía desde que supo que estaba enamorada de él. No debería haber cambiado nada, pero…

—¿Hay alguna razón para que no pueda irme de Londres durante la primera semana de septiembre?

Si las cosas fuesen de otra manera, podría haberlo tocado, haberlo besado…

—No, ¿por qué?

—¿Crees que a alguien le parecería raro? Será poco después de la boda.

—Todo el mundo sabe que estás preparando un documental —se encogió Lucy de hombros—. No creo que sea ningún problema.

—Pero será la primera semana de Chloe en su nuevo colegio… ¿Crees que debo estar aquí?

Dominic debería parecer fuera de lugar en su estudio, pero no era así. Todo lo contrario, parecía relajado. Más relajado que ella. Estaba un poco despeinado, como siempre a aquella hora. Siempre era igual. Empezaba por la mañana con un aspecto inmaculado y reaparecía al final del día como una comadreja saliendo de su escondrijo, cansado y despeinado.

—No te preocupes por eso, yo estaré aquí.

—Lo sé, pero…

—No creo que sea un problema para Chloe. Lo único que quiere es estar con Abby, parecen siamesas.

—Quizá podríamos hacer algo especial el fin de semana siguiente.

—Eso estaría bien.

Dominic se acercó a unas acuarelas colgadas en la pared.

—¿Abby ha pintado esto? —preguntó, señalando el nombre de la niña, escrito a lápiz.

—Sí —contestó Lucy—. Somos nosotros. Chloe y tú tenéis el pelo rubio y Abby y yo, oscuro. Su familia, me dijo. Esto hace que todo merezca la pena, ¿verdad?

—Sí, es verdad —suspiró él—. ¿Qué haces?

—Humedeciendo el papel.

—¿Para qué?

—Para que no se arrugue cuando use la acuarela.

Podía sentir su aliento en el cuello y eso la hizo recordar lo que sentía cuando la besaba. No había vuelto a hacerlo desde que le dio el anillo y le parecía como si hubiera pasado una eternidad. En realidad, se sentían más incómodos el uno con el otro que al principio.

Pero entonces no estaba enamorada de él. No había creído posible que pudiera volver a amar a un hombre después de Michael.

—¿Tienes que hacer eso cada vez que vas a pintar?

—Depende del grosor del papel.

Podía sentir el calor de su cuerpo y su imaginación empezaba a volar en todas direcciones. Pero no podía ser. Dominic se quedaría horrorizado si supiera cuánto deseaba que volviera a besarla.

—Si el papel es muy grueso no hace falta, pero no tiene sentido comprar papel muy caro ahora. Todavía estoy jugando con varias ideas.

—¿Lucy?

—¿Sí?

—¿Eres feliz aquí?

—Sí, lo soy. Las niñas están bien, ¿no?

—Me refería a ti. ¿Eres feliz? Aún podemos echarnos atrás si quieres.

Lucy apretó los labios. ¿Habría adivinado lo que sentía por él? ¿Por eso le hacía esa pregunta?

—¿Tú quieres echarte atrás?

—No, sólo quería saber si tú estabas contenta. Parece que últimamente no tenemos mucho tiempo para hablar.

—Es que has estado tan ocupado…

—Sí.

Cada vez le costaba más trabajo respirar. Porque no estaban hablando de las niñas, sino de ellos.

—No ha cambiado nada, ¿verdad? No podría perder a Abby ahora.

—Si estás segura… —murmuró él, apartando un mechón de pelo de su frente.

Lucy tragó saliva. Iba a besarla otra vez. Y quería que lo hiciese.

—Sí, estoy muy segura.

Si se movía un centímetro, sus labios se encontrarían. Estaba ahí,

en sus ojos. Dominic quería besarla tanto como lo deseaba ella. No tenían que convencer a nadie, estaban solos. Aquello no debería estar pasando, pero lo deseaba tanto…

—¿Dominic? —oyeron una voz femenina en el pasillo.

Lucy dio un paso atrás. Mejor, se dijo. Si lo hubiera besado, seguramente Dominic se habría dado cuenta de lo que pasaba y habría sentido pena por ella. Porque no podía corresponderla.

—Dominic, ¿estás ahí?

—Te están llamando —consiguió decir. Se sentía como una cría. Estaba convencida de que iba a besarla y…

—¡Ah, aquí estás! —exclamó Fionnula—. ¿Llego pronto? Quedamos a las once, ¿no?

Dominic se dio la vuelta.

—¿Ya son las once?

—Y media, cariño —sonrió Fionnula, quitándole una invisible pelusa de la camisa.

—Sí, claro, tengo que irme —murmuró él, saliendo del estudio.

Lucy esperó que Fionnula se fuera también, pero no lo hizo.

—Así que éste es tu estudio.

—Sí.

—Es muy luminoso.

—Me gusta así.

Fionnula empezó a mirar sus dibujos, con una actitud tan altiva que Lucy estuvo a punto de sacarla de allí a empujones.

—Este no está mal.

Iba tan impecable como siempre. El vestido blanco no tenía una sola arruga y sus tacones repiqueteaban por el suelo de madera.

—Gracias.

—¿Ésta es Abigail?

—Sí.

—Me gusta. Pero no creo que tenga la nariz tan fina.

Lucy estaba indignada. Era como una violación que esa mujer mirase su trabajo.

—¿Y éste es Dom?

—Sí.

—Hay muchos retratos de él —siguió Fionnula.

—Tiene una cara muy interesante.

—También sale muy bien en fotografía. Tengo que enseñarte algunas de las que le he hecho. Eloise tenía una fotografía suya al lado de la cama.

—¿Ah, sí?

—Anoche lo comentaba… lo difícil que debe ser para ti vivir en

casa de Eloise.

Lucy se volvió, apretando los dientes.

—También es la casa de Dominic.

—Pero es tan ella… La diseñó Eloise, todos los detalles. A mí no me parece muy normal que Dom no haya querido cambiar absolutamente nada. Es casi como un santuario —siguió Fionnula—. Por supuesto, mi prima era una mujer increíble. ¿Dom te ha contado que fue la número uno de su promoción en Oxford?

—Sí, me lo ha contado.

—Era muy inteligente. Mi tía Vanessa se asustó tanto cuando anunció que se casaba…

—¿Ah, sí? —murmuró Lucy, intentando disimular su indignación.

—Era una abogada brillantísima y temía que casándose tan joven no pudiera llegar a lo más alto. Pero Dom jamás se habría puesto en su camino. La adoraba, como supongo que sabrás.

Lucy apretó los puños. Fionnula era una mujer guapísima por fuera, pero por dentro era un monstruo.

—Supongo que era de esperar que cuando volviera a casarse fuera con alguien tan diferente —siguió, apartándose el pelo de la cara—. No quiere que nadie se la recuerde.

—La vida sigue —dijo Lucy, con aparente calma.

—Y el tiempo. No puedo quedarme charlando —sonrió Fionnula, mirando su reloj—. ¿Te importa pedirle a Jessie que nos lleve café al despacho? Dom y yo tenemos dos o tres horas de trabajo por delante.

—Se lo diré.

—Ah —Fionnula se detuvo en la puerta del estudio—. Por cierto, nos hicieron una fotografía cuando salíamos de la entrega de premios. No creo que nadie diga nada porque suelen vernos juntos… —la rubia dejó ese comentario colgando en el aire—. Desde que murió Eloise, le acompaño a todos los actos oficiales.

—Por lo visto, te gustan esas cosas.

Fionnula soltó una carcajada.

—No exactamente, pero él sabe que puede contar conmigo —murmuró, mirándose las uñas—. Le sugerí que te llevase a ti, pero Dominic dijo que no te gustaría.

Lucy intentó sonreír. Sólo el orgullo la mantenía en pie. Fionnula sabía tan bien como ella que Dominic no se lo había pedido.

En cuanto la puerta del estudio se cerró, tiró el cuaderno al suelo, furiosa. Cómo odiaba a aquella mujer. Y, sin embargo, Dominic no parecía darse cuenta de lo venenosa que era.

Pero no le había contado nada nuevo. No necesitaba que Fionnula le dijera lo irreemplazable que era Eloise. Lo sabía.

Y, sin embargo, Dominic había estado a punto de besarla… ¿Por qué?

Capítulo 8

Lucy se dio la vuelta al oír la voz de su madre.

No quedaba nada más que hacer. El peluquero ya se había ido y, por una vez, tenía un aspecto realmente elegante, como si acabara de salir de un retrato histórico. Sin velo, pero con todo el aspecto de una auténtica novia.

—Voy enseguida.

El ramo de novia estaba hecho con capullos de rosa de color albaricoque, a juego con el vestido. Cada capullo era perfecto, cubierto de rocío. «Hoy soy una novia», pensó.

Era imposible no pensar en su primera boda. Entonces era tan feliz, estaba tan llena de ilusiones, no había ni una sombra de duda.

—Estás preciosa —dijo su madre en cuanto abrió la puerta—. A ver, déjame ver la parte de atrás. Te queda de maravilla. Has tardado tanto tiempo que empezaba a preocuparme.

—Perdona, mamá.

—¿Estás nerviosa, cariño? Todas las novias lo están, así que es normal. El vestido es maravilloso. Me encanta el corpiño.

Lucy miró el corpiño de encaje bordado. Era precioso, sí. Debajo, una falda con varias capas de gasa color albaricoque.

—¿Cómo están las niñas?

—Parecen dos muñecas —contestó su madre, juntando las manos —. Pero me habría gustado que te casaras por la iglesia, Lucy. Es mucho más romántico que una boda civil.

—Ya me casé una vez por la iglesia, mamá.

Su madre se puso seria.

—Sí, claro… No habrás tomado una decisión apresurada, ¿verdad? Dominic es un hombre encantador, pero aún estás a tiempo…

Lucy se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Todo está bien, mamá. Sólo queríamos que fuese una ceremonia diferente y una fiesta por la tarde nos pareció buena idea.

—Sí, supongo que sí —sonrió su madre, contenta al poder dejar de lado sus dudas—. Así no habrá fantasmas.

—Exactamente.

Y sin embargo, había fantasmas por todas partes. Para ella y para Dominic.

Cuando se casó con Michael sabía que él la adoraba. Había sido maravilloso preparar todos los detalles de la boda, pensar que pasarían juntos el resto de su vida. Y fueron felices… hasta que Michael se fue.

Aquel día era diferente. Al menos, iba a casarse con el hombre del que estaba enamorada, pero Dominic… cada minuto debía ser una tortura para él. Cada minuto le recordaría lo que había perdido cuando Eloise murió.

Lucy se dirigió hacia la escalera, maravillándose de la transformación. Los floristas, que habían caído sobre la casa como una plaga aquella mañana, habían hecho un milagro. Dominic no había reparado en gastos para transformar su casa en un jardín. Era lógico que su madre quisiera pensar que aquello era un cuento de hadas con final feliz.

—De todas formas, sigo pensando que Dominic debería haberse ido a algún sitio esta mañana. La tía Ivy se moriría del susto si supiera que te ha visto esta mañana.

—Pero no va a enterarse, ¿verdad?

—No, por supuesto —rió su madre—. En fin, su pongo que soy un poco anticuada.

También Lucy se sentía un poquito anticuada. Había algo raro en pasar la mañana en vaqueros y camiseta, hablando con Dominic sobre dónde colocar la mesa de las bebidas… para luego ponerse un vestido de novia.

—¡Aquí está! —anunció su madre, abriendo la puerta.

Nunca sería Eloise, pensó Lucy. Nunca podría reemplazar al amor de su vida.

—¡Qué guapa estás, mamá! —exclamó Chloe—. Pareces una princesa.

—Estás preciosa —murmuró Dominic.

—Gracias.

De repente, toda la emoción que había intentado contener se desbordó. La sonrisa de Dominic estaba llena de ternura. No la amaba, pero iba a compartir su vida con ella. Y merecía la pena.

—Tenemos que irnos —dijo su madre, colocándole la falda del vestido —. No sé dónde se ha ido el tiempo… Abby, ve a buscar tus flores.

Para Lucy todo fue como si ocurriera en sueños. Sabía que Jessie le había dado un sonoro beso en la mejilla, que Dominic había puesto la mano en su espalda para llevarla fuera. La metieron en el coche y luego, de repente, se encontró delante de los Juzgados. Era un edifico oscuro, más bien deprimente, con columnas de piedra a cada lado.

—Todo irá bien —le había dicho Dominic al oído.

Con el chaqué, estaba guapísimo. Un hombre de éxito, rico, un hombre que lo tenía todo. Las apariencias podían ser tan engañosas…

—Lo sé —murmuró.

—Esto debe ser muy difícil para ti.

—Y para ti también —dijo ella, intentando sonreír.

Dominic se llevó su mano a los labios.

—Tienes frío.

—No, no, son los nervios.

—Todo saldrá bien.

La puerta se abrió y empezó la charada. Lucy sonrió, habló, pero no sentía nada. Nada en absoluto.

Era como si todo aquello le estuviera pasando a otra persona. Dominic estaba a su lado, apretando su mano, y cuando le puso la alianza en el dedo, Lucy intentó sonreír, pero el intento fue un fracaso.

—Puede besar a la novia.

Dominic vaciló durante un segundo antes de volverse. Pero habían practicado. El roce de sus labios fue muy suave, cariñoso incluso. Lucy cerró los ojos, pero apenas duró unos segundos.

Estaban casados.

A partir de aquel día, eran una familia. Quizá, con el tiempo, Dominic sentiría algo por ella, pero si no…

Si no, tenía dos niñas a las que amar, a las que cuidar.

—¿No vais a darme un abrazo?

Abby y Chloe se le echaron encima. Sus niñas. Su Chloe, su Abby.

Cuando miró a Dominic, vio que estaba pálido, sus ojos ensombrecidos. La pequeña lucecita de felicidad se apagó. No había futuro para ellos. Estaba engañándose a sí misma. Su expresión lo decía todo. Sólo se casaba con ella por un trágico error que había complicado sus vidas. Y cada vez que la mirase, recordaría el dolor de ese terrible descubrimiento.

Las niñas charloteaban, felices, mientras firmaban en el registro. A Lucy empezaba a dolerle la cabeza, pero sólo era el principio de una noche muy larga.

—Tenemos que volver a casa —estaba diciendo su madre—. Vamos con quince minutos de retraso y los invitados estarán impacientándose.

—Voy a llamar a Jessie para decirle que vamos de camino —dijo Jasper, sacando el móvil del bolsillo—. Ella podrá contener a las hordas.

—¿Es muy tarde? —preguntó Lucy cuando entraba en el coche.

—No lo creo —sonrió Dominic—. ¿Cómo estás? ¿Lamentas lo que hemos hecho?

—No.

—Mentirosa —dijo él, acariciando su cara—. Lo has hecho muy bien.

—Tú también.

Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas, pero intentó contenerlas. Era tan difícil no apoyar la cara en su mano… Pero nadie podía verlos, no había nadie a quien convencer de que el suyo era un matrimonio de verdad.

No se le ocurría nada que decir. Era como si un inmenso agujero se hubiese abierto entre los dos.

—¿Ha sido muy diferente de tu boda con Michael? —preguntó Dominic.

—Mucho —contestó ella, intentando bromear—. Para empezar, yo insistí en que no hubiera fotografías y que la tarta fuese de chocolate. Éramos muy innovadores. ¿Y tú? ¿Tu boda fue muy diferente?

Dominic soltó una carcajada.

—¿Te puedes imaginar qué clase de boda puede organizar Vanessa? Créeme. fue muy diferente.

—Sí, supongo que sí. ¿Hasta qué hora crees que se quedarán los invitados?

—No lo sé, pero da igual. Nosotros desapareceremos cuando tú digas.

Tendría que pasar la noche con él. Los dos solos. Sin las niñas.

Todo había sido cuidadosamente orquestado para dar una apariencia de normalidad. Cuando Dominic sacó el tema de su noche de bodas, insistió en que no debían permitir que hubiera sospechas de ningún tipo. Según él, debían ir al piso de un amigo que estaba trabajando en Dubai. Tenía dos dormitorios y nadie sabría si dormían juntos o no.

Lucy lo miró. Tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento de cuero. El estrés de la boda estaba escrito en su cara…

—Nos haremos una señal secreta —dijo él entonces, abriendo los ojos—. Date tres golpecitos en la nariz y te sacaré de allí.

—De acuerdo.

Poco después, llegaban a la puerta de la casa.

—¿Lista?

Aquélla era su casa ahora. Todavía no podía creerlo. ¿Cuántos años tendrían que pasar para que pudiese opinar sobre la decoración o el jardín? Mirase donde mirase, todo le recordaba a Eloise, a la mujer cuyos sueños estaban expresados en aquella casa.

Y allí, en Shropshire, estaba la suya. La que había compartido con Michael. Vacía. En algún momento, tendría que tomar una decisión. Venderla, seguramente. El último lazo que le quedaba con el pasado. Lucy apretó los labios para no llorar.

—¿Quieres estar a solas unos minutos? —preguntó Dominic.

—Lo siento. Es que…

—Lo sé, lo sé —murmuró él—. Todo ha sido tan rápido. Tardaremos algún tiempo en acostumbrarnos. Pero recuerda que estamos en esto juntos, ¿eh?

Lucy asintió.

—Bueno, vamos allá —sonrió Dominic, tomándola del brazo.

La casa estaba llena de gente. Había gente por todas partes. Gente a la que Lucy no conocía.

—¡Los novios! —anunció Jasper.

—¿Puedo tomar ponche de frutas? —preguntó Abby—. La abuela George dice que Chloe y yo no podemos tomarlo porque no es para niños.

—¿La abuela George? —repitió Lucy, con una sonrisa en los labios. Abby había adoptado a su otra «abuela« rápidamente. ¿Le haría eso gracia a Vanessa? Podía ver a la madre de Eloise hablando con Fionnula, las dos con expresión seria.

—El ponche lleva alcohol, cariño —sonrió Dominic—. Pero Jessie ha hecho algo que os gustará mucho más. Venid conmigo. ¿Te importa, Lucy?

—No, no.

Desapareció entre la gente llevando a las dos niñas de la mano y Lucy miró alrededor, incómoda.

—¡Lucy! —gritó Vanessa, acercándose—. Quería hablar contigo sobre Abigail. Estoy muy disgustada porque no va a quedarse en mi casa esta noche.

—Lo siento…

—Creo que, como madre de Eloise, tengo ciertos derechos —siguió la mujer.

—Chloe y Abby querían estar juntas esta noche, Vanessa. Jessie se quedará con ellas.

—Pero yo quiero que duerma en mi casa. Aunque Dominic haya olvidado lo que le debe a mi hija, te aseguro que yo no.

Lucy apretó el ramo de novia.

—Dominic y yo estamos de acuerdo en que es muy importante que tengas una buena relación con Abby…

—Entonces, vendrá a dormir a mi casa —la interrumpió Vanessa, con expresión de triunfo.

—Abby y Chloe quieren estar juntas y…

—Y es natural que Lucy quiera hacer cambios —la interrumpió Fionnula, irónica—. Supongo que no le gustará mucho que la familia de Eloise esté pendiente de Abigail.

—¡No permitiré que haga cambio alguno! —exclamó Vanessa—. Voy a hablar con Dominic. Él tiene una responsabilidad para con

Eloise. Tú te has casado con él, pero no puedes ignorarme cuando te parezca, Lucy. Soy la abuela de Abigail y no te lo permitiré.

Lucy sintió pena por aquella mujer.

—Yo no quiero apartarla de Abby —murmuró, como para sí misma.

—Aunque quisieras, no podrías hacerlo, querida —replicó Fionnula, mirándose las uñas de porcelana—. Dominic sabe lo que le debe a Eloise. Pero yo creo que ha sido muy inteligente por su parte casarse con una mujer tan… maternal en lugar de intentar reemplazarla.

Lucy sintió que su enfado desaparecía. Aquella mujer no tenía nada. En seis años, Dominic no la había mirado siquiera. De modo que lanzaba sus dardos envenenados, esperando destrozar aquel matrimonio antes de que empezase. No sabía que no había nada que destrozar.

—¡Champán para la novia! —oyó la voz de Jasper a sus espaldas.

—Gracias.

—Fin, tengo que llevarme a Lucy, perdona. Tenía que rescatarte —dijo después su amigo en voz baja—. Por cierto, la otra bruja ha acorralado a Dom en la cocina. Y tengo la impresión de que ha bebido demasiado.

—¡Tío Andy, tío Andy! —era Chloe, entrando en la habitación a todo correr, como un borrón de organza blanca.

Al volverse, Lucy vio al hermano de Michael.

—¡Hola, preciosa! —rió él, tomándola en brazos.

—¡Andy!

—Soy el representante de la familia Grayford. No podía dejar que te casaras sin venir a animarte. Estamos muy contentos por ti, cariño.

De nuevo, los ojos de Lucy se llenaron de lágrimas.

—No puedo creer que hayas venido. Creí que estabas en Estados Unidos.

—Y lo estaba. Por eso llego tarde, acabo de aterrizar en Londres.

—No sabes cuánto me alegro de verte. Espera, tengo que presentarte a Dominic…

—Aquí estoy —dijo él, tomándola del brazo.

—Dominic, te presento a Andrew Grayford, el hermano gemelo de Michael.

—¿Gemelo? —repitió Dominic, ofreciéndole su mano.

—Y tú eres el hombre que le ha robado el corazón a mi cuñada. Encantado de conocerte. Mi madre quería venir también, pero Aberdeen está muy lejos y anda un poco mal de las piernas.

—Me alegro de que estés aquí.

—¡Ven a conocer a Abby! —gritó Chloe—. Ahora somos hermanas. Y quiero enseñarte mi habitación. Es enorme.

Andrew la dejó en el suelo.

—Enséñame el camino, enanita. Ahora os veo —dijo, guiñándole un ojo a Lucy.

—¿Michael tenía un hermano gemelo? —sonrió Dominic.

—Idéntico. Son como dos gotas de agua.

—¿Te ha resultado difícil… verlo aquí?

—En cierto modo, me recuerda a Michael. Pero Andrew es Andrew. Y me alegro mucho de que haya venido —sonrió Lucy. Era casi como si Michael le hubiese dado su bendición—. Además, los recuerdos están en el corazón.

—Sí, claro. Bueno, voy a comprobar que Vanessa no intenta secuestrar a Abby.

—¿Qué le has dicho sobre lo de esta noche?

—Que habíamos tomado una decisión después de hablar con las niñas.

Lucy sintió pena de la otra mujer. Debía tener tanto miedo de perder a su nieta…

—Jasper, quédate con Lucy mientras yo voy un momento a ver a las niñas.

Jasper hizo algo más que eso. Se dedicó a hacer descripciones increíblemente irónicas sobre la vestimenta de los invitados. Y Lucy se partía de risa.

Pasó una hora hasta que Dominic y ella volvieron a reunirse. Lucy había salido al jardín para respirar un poco. Empezaba a refrescar y había velas colocadas por todas partes. Nadie podría imaginar que era un decorado romántico para un matrimonio sin amor.

—¿Qué tal? —preguntó él.

—Me duele la cara de tanto sonreír, pero además de eso… ¿todo va bien?

—Sí, creo que sí.

Unos golpes interrumpieron la conversación.

—¡Hora de cortar la tarta! —gritaba Jasper—. ¿Dónde están los novios?

La madre de Lucy salió al jardín.

—¡Ah, ahí estáis! Tenéis toda la vida para charlar, hijos. Ahora hay que cortar la tarta.

Obedientes, Dominic y Lucy volvieron a entrar en el salón.

—¡Qué se besen, que se besen! —insistía Jasper, el más alegre de todos.

Dominic se inclinó un poco para buscar sus labios. La gente seguía

hablando, aplaudiendo, pero Lucy ya no oía nada, sólo podía sentir sus labios, el calor de su cuerpo, el olor de su colonia.

Después, su marido la tomó de la mano.

—¿Nos vamos?

—¿Ahora mismo?

Él se tocó tres veces la nariz.

—Podemos irnos sin que nos vea nadie.

—¿Pero y las niñas? Tenemos que despedirnos de ellas.

—Ya lo he hecho yo por los dos. Están con Jessie. Les dije que nos iríamos después de cortar la tarta y les ha parecido muy bien.

—En fin, de acuerdo —murmuró Lucy incómoda—. Pero tendremos que cambiarnos.

—Está todo preparado. He dejado la ropa en los vestuarios de la piscina. ¿Qué te parece?

Lucy tuvo que sonreír.

—Que eres un chico muy listo.

—¿Vanessa te ha dicho algo desagradable? —preguntó Dominic después, desde uno de los vestuarios.

Lucy estaba en el otro, bajando la cremallera del vestido.

—No, bueno… Ha sido un día muy difícil para ella. ¿Dónde estaba Cyril? No lo he visto por ninguna parte.

—No ha venido.

—Ah, ya. Lo siento.

—No es culpa tuya.

No lo era. De repente, Lucy se sintió horriblemente cansada. En aquel momento, todo le parecía sin esperanza. Era la esposa de un hombre que no la amaba. Y ella sólo quería eso. No era un deseo poco razonable. No era poco razonable querer que alguien la amase.

Pero ya era demasiado tarde, pensó, mientras se ponía un ligero vestido de algodón.

—¿Has terminado?

—Sí, ya estoy. Ah, el pelo. Se me ha olvidado quitarme las flores…

—Ven aquí —sonrió Dominic—. No se ha caído ninguna, estaban bien sujetas.

—Es que sólo han sido un par de horas.

—A mí me ha parecido mucho más tiempo.

—¿Tan mal lo has pasado?

—Sí. ¿Y tú?

—Regular. Pero las niñas lo han pasado bien, ¿verdad?

—Las niñas estaban encantadas.

El rostro de Dominic estaba a unos centímetros del suyo.

—Siento que Cyril no haya venido. Supongo que no te habrá hecho

mucha gracia.

—Cyril no tiene ni idea del sacrificio que estás haciendo.

—Y tú también.

Dominic bajó la mano para acariciar su cara, en un gesto de infinita ternura. Lucy lo miró a los ojos, como haciéndole una pregunta que no se atrevía a formular en palabras.

Pero él siguió quitándole flores del pelo.

—He dejado el coche en la parte de atrás… para que a Jasper no le diese por llenarlo de globos.

Lucy sonrió, al imaginar el lujoso Morgan decorado con globos de colores.

—Le gusta mucho gastar bromas. Es genial.

—¿Genial? Cuando me casé con Eloise puso un pescado podrido en el aire acondicionado. El coche estuvo apestando hasta que descubrimos de dónde salía el olor —rió Dominic—. Pero esta vez no le he dado las llaves.

Mientras atravesaban el jardín, a Lucy se le enganchó el tacón y Dominic tuvo que sujetarla.

—Cuidado, cariño. La gente va a pensar que has bebido demasiado champán.

—O que no sé andar con tacones.

—Eso lo dudo.

Cuando llegaron al coche, Lucy apoyó la cabeza en el suave respaldo de cuero.

—¿Jessie tiene el número de teléfono del piso de tu amigo?

—Por supuesto. Creo que no se me ha olvidado nada… Lo único que tenemos que hacer es convencer a todo el mundo de que hemos pasado una maravillosa noche de bodas y nos dejarán en paz.

Lo había dicho con los labios apretados, nervioso. ¿Estaría pensando en su luna de miel? Venecia. Eloise y él habían ido a Venecia. Fionnula se lo había contado, como tantas otras cosas.

Dominic condujo en silencio. A Lucy le parecía increíble que se hubieran conocido apenas unas semanas antes. Ahora era parte de su vida, su marido.

Y aquélla era su luna de miel… en un piso prestado en el barrio de Kensington.

Capítulo 9

—Puede que huela un poco a cerrado. Oliver lleva meses fuera de aquí —le advirtió Dominic, mientras abría la puerta.

El pasillo estaba cubierto por una moqueta de sisal y en las paredes no había cuadros ni fotografías. A Lucy le pareció muy adecuado para una vacía luna de miel.

Dominic abrió una puerta que daba a un dormitorio y dejó la bolsa de viaje sobre la cama.

—Yo dormiré aquí. Tú puedes dormir en el dormitorio principal. Tiene su propio cuarto de baño.

—Me da igual, la verdad.

—Ven, voy a llevar tu maleta. Pero me temo que no habrá mucho sitio en los cajones porque Oliver ha dejado aquí todas sus cosas.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—Un par de meses más —contestó él, dejando la maleta al lado de la cama—. Bueno, voy a abrir una botella de vino. Es demasiado temprano para irse a la cama, ¿no?

Lucy se puso colorada, aunque por supuesto, no iban a compartir cama.

—Sólo son las nueve. Pensé que ya sería más tarde.

—Voy a la cocina a buscar el vino —repitió Dominic, un poco incómodo.

En cuanto se fue, Lucy se dejó caer sobre la cama y cubrió su cara con las manos. Tenía que controlarse, se dijo a sí misma. Tenía que dejar de recordar que aquélla era su noche de bodas, porque no iba a serlo.

—¿Tinto o blanco? —oyó su voz desde la cocina.

—Lo que quieras. Me da igual —contestó ella, abriendo la maleta.

Lo primero que vio fue un camisón de encaje color albaricoque que Jessie le había regalado. Era precioso. Suave, sensual. No había tenido valor para dejarlo en su habitación. Era lo que una novia debía llevar en su noche de bodas.

—He elegido el tinto —oyó la voz de Dominic por el pasillo. Lucy hizo una pelota con el camisón, arreglándose tontamente el pelo—. Podríamos brindar por nosotros, ¿qué te parece?

Lucy se levantó para tomar la copa de vino.

—Por nosotros. Está riquísimo.

—Lo he traído de casa.

—Ah.

—Ven, vamos al salón. Pero me temo que no hay nada en la tele.

Debería haberlo pensado antes y haber alquilado una buena película.

—Me gusta este salón —sonrió Lucy, dejándose caer en el sofá.

—¿Te gusta? Creí que preferías los colores claros.

—Me gustan las cosas cómodas, ya sabes, que no sean demasiado perfectas…

—¿Al contrario que mi casa?

—Yo no he dicho…

Dominic sonrió, sentándose a su lado.

—No pasa nada. Ya sé que tú no quieres vivir como… como Eloise. Tú eres muy diferente.

—Sí —consiguió decir Lucy.

—Las apariencias eran muy importantes para Eloise.

Lucy tomó otro sorbo de vino para darse valor.

—En realidad, la casa fue un sustituto. Como no podía tener hijos, puso su alma en ella… y yo no dije nada.

—Es una casa preciosa.

—Es como ella —murmuró Dominic—. Preciosa, organizada, controlada.

—Supongo que la echas de menos.

No era fácil escuchar lo perfecta que había sido Eloise, lo imposible que era competir con ella. ¿Cómo iba a competir con un fantasma? Y, sin embargo, Dominic hablaba tan raramente de ella…

—Sí, la echo de menos. La echaba de menos. A veces me siento culpable. Al principio… —se detuvo, moviendo el líquido en su copa —. Al principio no podía dormir porque cada vez que cerraba los ojos veía su cara. Y al despertar, por un segundo, pensaba que nada había cambiado… hasta que todo se venía abajo. Pero supongo que a ti te ha pasado lo mismo.

—Sí, claro.

Aunque para él debía haber sido mucho peor. Michael había estado enfermo y su muerte no fue inesperada. Y queriéndolo como lo quería, Lucy no deseaba que siguiera sufriendo. Para Dominic, la muerte de Eloise había sido algo abrupto, inesperado.

Él se levantó entonces para encender una lamparita.

—No debería estar hablando de esto.

—¿Por qué? Hablar ayuda.

Dominic volvió a sentarse suspirando.

—No recuerdo mucho de los primeros días porque otras personas se encargaron de todo. Al principio no le puse nombre a la niña. Eloise y yo habíamos hablado mucho sobre ello, claro, pero no habíamos tomado una decisión.

—Michael y yo también habíamos barajado muchas posibilidades,

pero cuando miré a Chloe supe que sólo podía llamarse así.

—Yo… yo casi odiaba a Abby al principio. Era una cosita tan arrugada, tan roja, tan furiosa… y yo no sabía qué hacer con ella.

Lucy dejó su copa sobre la mesa.

—No tienes que…

—Nunca había tenido un niño en brazos —siguió él, como si hablara consigo mismo—. Eloise había comprado de todo, tenía la habitación preparada… pero yo intentaba no involucrarme demasiado, intentaba que no se hiciera ilusiones por si acaso ocurría algo. Y, al final, tuve razón.

—¿Fue entonces cuando contrataste a Jessie?

Él dejó escapar un suspiro.

—Sí, pensé que contratando a una niñera se resolvería todo. Pero no funcionó. No era fácil ignorar a Abby. Y entonces tuve que elegir un nombre. La gente estaba harta de llamarla «la niña».

—Y la llamaste Abigail porque significa «padre alborozado».

—¿Lo sabías?

—Tú mismo me lo contaste… al principio. Yo creo que es por eso por lo que decidí casarme contigo. Pensé que si habías hecho eso por Abby en el momento más difícil de tu vida, tenías que ser una buena persona.

Dominic sonrió.

—No soy un santo, te lo aseguro. Fue un impulso.

—Pero un buen impulso.

—Era tan pequeña, tan frágil… No quería que se sintiera culpable por la muerte de su madre porque ya iba a culparme yo el resto de mi vida.

—¿Por qué te culpas a ti mismo, Dominic? No es culpa tuya.

—No lo entiendes…

—No. claro que no.

—Yo la maté.

—Eso no es verdad.

—Si me hubiera negado al tratamiento de fertilidad, ella seguiría viva.

Lucy alargó una mano para tocar su pierna.

—No puedes decir eso. Eloise tenía un problema de corazón, ¿verdad?

—Sí.

—No puedes saber lo que habría pasado en el futuro. Podría haber empeorado, incluso sin un embarazo… Eloise quería tener un hijo, era un deseo profundo… y yo la entiendo muy bien, como puedes imaginar. Anoche estuve pensando y me di cuenta de que no

cambiaría nada, aunque pudiese.

—¿Nada?

—Ha sido muy duro, pero creo que por Abby y por Chloe merece la pena. Somos muy afortunados por tenerlas en nuestra vida. Y creo que… Eloise y Michael pensarían lo mismo. Tú eres historiador, Dominic, deberías saber que miles de mujeres han tomado la decisión de salvar la vida de sus hijos en lugar de la suya propia. Esto es lo mismo, ¿no te parece?

Dominic se tomó el vino de un trago.

—Pero murió, Lucy. Murió por mi culpa.

—Murió porque tenía un problema de corazón.

—Y yo prometí no olvidarla nunca…

—Y no la has…

Él dejó la copa sobre la mesa.

—Antes de saber nada sobre el intercambio de embriones, yo… intenté hablarle a Abby sobre su madre. Y no podía acordarme —sus ojos se oscurecieron—. Puedo mirar una fotografía suya y recordar sus rasgos, pero todo empieza a hacerse cada vez más borroso. Cuando cierro los ojos no la veo. No puedo imaginarla con Abby…

Lucy apretó su mano.

—Es triste, pero natural. Yo tampoco puedo imaginar qué clase de padre habría sido Michael de no haber estado enfermo. Pero no pudo ser.

—No lo entiendes, Lucy. Me prometí a mí mismo que nunca la olvidaría, que no dejaría que nadie ocupase su lugar.

Esas palabras le encogieron el corazón. Pero estaba diciendo lo que ella ya sabía, que no quería volver a enamorarse.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Entonces, ¿por qué quiero hacer esto? —preguntó Dominic, acariciando sus labios—. ¿Y por qué quiero hacer esto? —murmuró, antes de besarla.

Se daba cuenta de que intentaba evitarlo, pero no podía. Como no podía ella.

—¿Por qué quiero hacer eso, Lucy?

Lucy no sabía qué decir. Daría cualquier cosa por poder decirle que estaba enamorada de él, pero sabía que Dominic no deseaba oír eso. Y quería que se sintiera bien, que hiciera las paces consigo mismo.

—No lo sé. Quizá porque estamos en el mismo barco. Tenemos a las niñas…

—¿Crees que es por eso?

—Es posible…

No pudo decir nada más porque Dominic volvió a besarla. No

suavemente, con pasión, como si no pudiera evitarlo, como si una fuerza superior a él lo empujase.

Y eso era lo que ella quería.

—Lucy… no puedo prometerte nada. No puedo…

Ella le puso un dedo sobre los labios.

—Lo entiendo. Sólo por esta noche, olvidemos. Olvidemos que existe nadie más que nosotros.

—¿Sólo esta noche?

Lucy apretó los labios. ¿Podía convencerlo de que sólo quería una noche con él cuando lo que quería era el cuento de hadas completo? Quería vivir con él, amarlo, hacerse vieja a su lado…

—Sólo esta noche.

Era lo que Dominic quería escuchar. Lucy casi se mareó cuando él la tomó en brazos para llevarla al dormitorio. Tenía que recordar cada segundo, tenía que guardar todo aquello en su memoria para siempre. Cada sensación, cada roce cada caricia.

Intentó recordar el contacto de las sábanas, la mano de Dominic apartando el pelo de su cara y aquel beso… como si fuera la única para él. Intentó recordar cómo le bajaba las tiras del vestido y luego ya no pudo recordar nada más. Todo era un borrón de sensaciones, de olores, de movimientos y. por fin, un caleidoscopio de colores.

Era más de lo que había esperado, más de lo que había soñado para aquel matrimonio. Si aquélla era la única noche que iban a tener juntos, merecía la pena.

Se entregó al momento, asombrada cuando se oyó gritar a sí misma, entre sus brazos sintiéndose tan segura.

—¿Te he hecho daño? —preguntó Dominic, secándole una lágrima furtiva con el dedo.

Lucy negó con la cabeza: no podía hablar. No había palabras para expresar lo que sentía.

—Vamos a dormir.

Podía oír los latidos rítmicos de su corazón y notaba su aliento en el cuello. Nunca lo olvidaría. Nunca olvidaría lo maravillosa que había sido su noche de bodas.

Lucy despertó con la luz que entraba a través de las persianas. Pero cuando alargó la mano, Dominic no estaba a su lado.

—¿Dominic?

—Estoy en la cocina. ¿Te apetece una taza de té?

—Sí, gracias.

La noche anterior había sido increíble. Mucho más de lo que nunca

hubiera soñado.

Él entró enseguida, con una bandeja en la mano.

—¿Llevas mucho rato levantado?

—Sí.

—Deberías haberme despertado —murmuró ella, mirándolo atentamente. Pasaba algo, estaba muy serio.

—He hecho el desayuno. Tenemos que ir a casa con las niñas.

No podía mirarla y Lucy apretó la sábana contra su pecho. ¿Por qué no podía mirarla?

—Lucy, yo… Yo sólo quería decirte… gracias.

Y luego cerró la puerta.

Habían acordado que sería sólo una noche. Y no había que ser muy lista para saber por qué le estaba dando las gracias. Furiosa, se levantó de la cama. Se sentía como una tonta. Debería haberlo sabido. Dominic no parecía agradecido, todo lo contrario, parecía un hombre que deseaba que se lo tragase la tierra. Evidentemente, lamentaba lo que había pasado. ¿Por qué? ¿Por qué lamentaba algo tan bonito? ¿No había sentido la conexión que había entre ellos?

Evidentemente, no.

Lucy entró en la ducha y dejó que el agua cayera en cascada sobre su cuerpo. No le había hecho el amor. La había usado para consolarse y había dejado que ella lo usara. Pero ella no necesitaba consuelo, lo que necesitaba era amor.

Después de ducharse, se vistió a toda prisa. No había imaginado cómo la miraba, cómo pronunciaba su nombre en voz baja por la noche… Entonces, ¿por qué hacía aquello ahora?

Tenía que averiguar qué estaba pensando. Estaban casados y era para siempre, iban a tener que verse todos los días. ¿Lamentaba haberse acostado con ella por Eloise? ¿Se sentía culpable?

—¿Quieres beicon? —le preguntó Dominic cuando entró en la cocina.

—Sí, gracias.

—¿Cómo te gustan los huevos?

Estaba preguntando sin mirarla. Y Lucy empezó a ponerse furiosa.

—Dominic, sobre lo de…

—Sí, ya sé lo que vas a decir —la interrumpió él—. Probablemente, no fue buena idea.

—¿Qué?

—Cambiar las reglas, quiero decir.

Nunca la habían rechazado de esa forma. Dominic era el segundo hombre con el que hacía el amor en toda su vida. Y, sin embargo, hablaba sin ninguna emoción, como si lo de la noche anterior no

hubiera sido nada.

—Sé que lo de ayer fue difícil para los dos. Demasiadas emociones…

—Sí —asintió ella. No había mucho más que decir.

—He llamado a Jessie y le he dicho que llegaremos alrededor de las once.

—Muy bien.

—Lo siento, Lucy. Yo…

—No pasa nada —lo interrumpió ella, encogiéndose de hombros—. Me apetece volver con las niñas.

¿Sabía que lo amaba? ¿Por eso estaba disculpándose? No podía haber dejado más claro que lo de la noche anterior le había parecido un tremendo error. Peor no lo había sido, para ella no. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a soportar ese rechazo?

No había escape. No podía fingir que no había pasado. Iba a tener que vivir con Dominic, sabiendo que lamentaba amargamente haberse acostado con ella.

Capítulo 10

Lucy cerró la puerta de su estudio, agotada después de la incesante charla de Jessie. Si sabía que dormía en aquel dormitorio, no se lo había dicho, pero estaba claro que empezaba a cuestionar su matrimonio con Dominic. Y pronto empezaría a hacer preguntas.

En realidad, Lucy no había pintado mucho desde que las niñas empezaron el colegio. No tanto como había esperado, desde luego. Siempre estaba cansada. Sentía un cansancio tan profundo que le impedía trabajar o concentrarse en nada. Como cuando murió Michael, se sentía exhausta, totalmente deshecha.

Las últimas semanas no habían sido fáciles y se sentía tan sola como entonces. Las niñas estaban en el colegio todo el día, no tenía amigos en Londres y Dominic estaba más distante que nunca.

En lugar de acercarlos, aquella noche los había alejado por completo. Desde entonces no habían vuelto a hablar de ello. A veces se preguntaba si sólo habría sido cosa de su imaginación: la ternura, la pasión de aquella noche.

Lucy se sentó en el taburete y miró el paisaje que había empezado a pintar unos días antes. Distraída, no oyó que se abría la puerta y la voz de Dominic la sobresaltó.

—¿Te importa si me voy a Northumberland unos días antes de lo previsto?

—No, claro que no.

Parecía cansado. Tenía ojeras y ya no sonreía tan a menudo. ¿Lo estaría pasando tan mal como ella?

—Fionnula acaba de llamar para decir que ha reservado habitación para esta noche. Tenemos que estar en Essex el jueves, así que será mejor grabar en Northumberland lo antes posible.

Lucy se volvió para mojar la brocha en un vaso de agua.

—Las niñas te echarán de menos.

—No creo que noten que no estoy. El fin de semana pasado casi no las vi.

—¿Jessie te ha dicho que se va de vacaciones la semana que viene?

—Sí, me lo dijo ayer. ¿Por qué?

—No, por nada. ¿Cuándo te vas?

—Después de comer. Pero en noviembre no me moveré de casa… para que tú puedas hacer lo que te apetezca.

—No pasa nada, no te preocupes por eso. Nos veremos cuando vuelvas.

—Muy bien —Dominic iba a cerrar la puerta, pero se volvió—.

¿Lucy?

—¿Sí?

—No, nada. Nos veremos a la vuelta.

En cuanto desapareció, Lucy dejó la brocha. Le dolía demasiado. Dominic apenas podía estar en la misma habitación con ella sin mostrarse incómodo.

Era la tercera vez desde su boda que encontraba una excusa para marcharse de casa. ¿Cuánto tiempo podrían seguir fingiendo?

Automáticamente, volvió a tomar la brocha. Tampoco ayudaba nada que Fionnula estuviera todo el día con él, observando y juzgando aquel matrimonio. Era como una enorme araña esperando el momento para atacar.

Agotada, Lucy fue a su dormitorio y se tumbó en la cama.

En algún momento tendrían que aceptar que el matrimonio había sido un error. Se estaba muriendo por dentro… Aunque aquél no era un matrimonio. Vivían en la misma casa, cuidaban de las niñas… pero eso no era suficiente. No eran una familia. Compartían a las niñas como si estuvieran divorciados…

Divorciados.

¿Tendría valor para decirle a Dominic que quería el divorcio? ¿Podría enfrentarse con un futuro en el que no lo vería todos los días? ¿Podría aceptar el hecho de que él no la querría nunca?

Despertó sintiendo que una red oscura se cernía sobre ella, una red que no la dejaba respirar. Asustada, se incorporó de un salto. Había dormido más dedos horas.

No podía creerlo. Ella nunca dormía durante el día. Quizá estaba deprimida, pensó entonces. Sus ojos habían dejado de brillar, estaba pálida… No podía seguir así y tampoco podía Dominic.

—¿Jessie? —la llamó, saliendo del estudio.

—Dominic se ha ido. Me dijo que no te molestase —sonrió Jessie, sacando un pastel del horno—. Fionnula ha estado aquí. Esa no busca nada bueno, te lo digo yo.

—Pero trabajan juntos…

—Para ser tan inteligente, Dominic es muy tonto. Fionnula ha invertido en él demasiados años y no piensa soltarlo. Y ahora que está casado debería cortar esos jueguecitos suyos.

Lucy tomó una taza del armario. Estaba demasiado cansada como para discutir, como para luchar. Nunca se había sentido tan débil.

—¿Le has contado lo del niño? —preguntó Jessie entonces.

Lucy levantó la mirada.

—¿Qué niño?

—Llevo años trabajando con mamás embarazadas y sé que lo estás.

—Jessie… yo no puedo… Chloe nació tras un proceso de fecundación asistida…

—¿Quién era el que no podía tener hijos, tu marido o tú? Y, que yo sepa, Dominic puede tener todos los niños que quiera. A lo mejor, deberíais haber tenido un poquito de cuidado —sonrió Jessie.

¿Embarazada?

No era posible. Y, sin embargo, el cansancio, la exagerada sensibilidad por todo, la regla que no le había bajado aquel mes…

Jessie colocó el pastel en una bandeja.

—Es justo lo que necesitáis. Un niño para unir del todo a la familia.

—Jessie…

—Hazte la prueba y en cuanto sepas el resultado díselo a Dominic. Daría dinero por ver la cara de Fionnula cuando se entere.

¿Un niño? Lucy se dejó caer sobre una silla, atónita. Tenía demasiado miedo como para creer que eso fuera posible. Era lo que había deseado durante toda su vida. Un hijo, sin intervención medica. Sólo un hombre y una mujer creando juntos una vida.

Lentamente, una lágrima empezó a rodar por su mejilla. ¿Sería posible que Dominic y ella fueran a tener un hijo?

—¿Lucy?

—Estoy bien. Es que no puedo creer que…

—Sí, lo sé, es un momento muy emocionante. Para Dominic no será fácil, claro, después de la muerte de Eloise durante el parto… le va a traer dolorosos recuerdos —suspiró la mujer—. ¿Quieres comer algo?

—No tengo mucha hambre, la verdad.

—Pero tienes que comer.

—Sí, supongo…

Embarazada. Iba a tener el niño de Dominic. Era un milagro. Y, sin embargo…

Pensativa, fue al salón y tomó la fotografía de Eloise. Era tan preciosa, tan irreemplazable. Si Eloise había querido a Dominic tanto como lo quería ella, no habría querido que viviera el resto de su vida con una mujer de la que no estaba enamorado. Y ella tampoco.

Pero un niño lo cambiaba todo. ¿Qué iba a hacer?

Suspirando, dejó la fotografía sobre la chimenea. ¿Podría vivir con él sabiendo que quería a su hijo, pero no la quería a ella?

En cuanto Dominic supiera lo del niño, no la dejaría ir. Pero, ¿cuál era la alternativa? No podía mentirle, no podía decir que estaba embrazada de otro hombre. ¿Cómo podía el destino ser tan cruel?

Tenía que pensar y no podía hacerlo allí, con la fotografía de Eloise

presidiéndolo todo. Daría lo que fuera por estar en su propia casa… Sólo pensar en su patio la hizo sentirse desesperadamente sola. Incluso echaba de menos las arañas.

Y podía irse. Aunque sólo fueran un par de días. Tenía el fin de semana y… no pasaría nada porque las niñas faltaran al colegio dos o tres días. Una simple llamada de teléfono a Dominic y estaría en su casa. Y entonces, se prometió a sí misma, tomaría serias decisiones sobre su futuro.

—Jessie, me voy a dar un paseo.

—Pero la comida…

—Lo sé, comeré algo en la calle —dijo Lucy, poniéndose el abrigo —. Y luego iré a buscar a las niñas.

Un hijo. Iba a tener un hijo con Dominic.

Paseó por las calles de Londres sin ver nada en realidad y se detuvo en una farmacia para comprar una prueba de embarazo que confirmaría lo que ya sabía en su corazón.

Se alegraba de estar fuera de la casa. Todo había cambiado cuando descubrió que estaba enamorada de Dominic. Y cambió de nuevo después de hacer el amor con él. Nunca podría olvidar su expresión mientras estaba sobre ella. En sus ojos había orgullo, cariño… incluso amor. Pero todo había sido una ilusión. La había usado para consolarse y había dejado que ella lo usara de igual modo. Nada más.

Sólo fue una noche.

Había sido una tonta al creer que podría olvidarlo. Ella era una persona fiel, de las que creían en el «hasta que la muerte nos separe».

Al menos, tendría una noche para recordar. Una noche hermosa, perfecta. Lucy fue a buscar a las niñas al colegio sin dejar de pensar en Dominic.

—¿Cuándo vuelve papá? —preguntó Abby.

—En cuanto pueda, cariño. Pero, ¿sabéis una cosa? Podríamos ir a Shropshire mientras él está fuera.

—¡Sí! —grito Chloe—. Hay un bosque detrás de la casa y puedes dormir en mi cuarto, Abby.

—¿Puedo?

—Claro que sí —sonrió Lucy.

Horas después, cuando las niñas ya estaban en su habitación, llamó al hotel de Northumberland y pidió que le pusieran con la habitación 102.

—Lo siento, Dom no está aquí en este momento. ¿Quiere dejar un mensaje?

Era Fionnula. En la habitación de Dominic.

—Soy Lucy. ¿Cuándo volverá?

—No lo sé. Pero será mejor que te llame él. No le gusta que lo llamen cuando está trabajando.

—¿Te importa decirle que me voy a casa?

—Claro que no, cariño —rió Fionnula—. Se lo diré en cuanto llegue. ¿Piensas quedarte allí mucho tiempo?

—No lo sé. Dile que me llame a Shropshire si quiere hablar con las niñas.

Sin esperar la respuesta de Fionnula, Lucy colgó como si le quemara el teléfono.

El único problema de volver a casa era su madre. Se preguntó entonces cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de lo que pasaba.

Dominic salió del coche y se quedó parado, observando al trío que jugaba sobre la hierba, en el parque donde vio a Chloe por primera vez. Sólo habían pasado tres días desde que se fue a Northumberland, pero tenía la impresión de que había pasado un siglo.

Lucy estaba jugando con ellas y… acababa de percatarse de algo. Hacía mucho tiempo que no la veía reír así. Iba a acercarse, pero no se atrevía. No quería ver cómo cambiaba su expresión. Había ido a Shropshire para convencerla de que siguiera con él, de que podían empezar otra vez, pero ¿cómo iba hacerlo? Lucy era como un pájaro. Era allí donde debía estar, donde era feliz.

—¡Papá, papá! —gritó Abby al verlo.

Dominic se inclinó para recibirla en sus brazos.

—¿Has visto los fuegos artificiales?

—No, no los he visto.

Chloe se echó en sus brazos y Lucy le dio un beso en la mejilla.

—Hola.

—No sabía que ibas a venir.

—Yo tampoco lo sabía hasta esta mañana.

—¿Ocurre algo?

Chloe tiró de su manga.

—Vamos a comer perritos calientes y patatas fritas…

—¡Dominic! Lucy no me había dicho que venías.

Los dos se volvieron al oír la voz de su madre.

—Se me ocurrió de repente.

—Ya veo —sonrió la mujer, mirando de uno a otro—. ¿Por qué no me llevo a las niñas a comprar los perritos calientes?

—Podríamos ir todos…

—Yo no tengo hambre —murmuró Dominic.

—Bueno, pues entonces mejor. Me llevaré a las niñas y volveremos

con los perros calientes… para cuando tengáis hambre —dijo su madre, tomando a las niñas de la mano.

Dominic observó a Lucy. Su expresión se había tomado sombría al verlo, como había imaginado.

—¿Quieres que cenemos en algún sitio?

—No, la verdad es que yo tampoco tengo hambre —suspiró ella—. No sabía que terminarías la grabación tan pronto.

—No he terminado.

—¿No has terminado? ¿Entonces…?

—No sabía dónde estabas.

—Pero le dejé un mensaje a Fionnula.

—Ah, sí, Fionnula.

—¿No te lo dijo?

—Sólo me dijo que te habías ido.

—Ah.

—La he despedido —suspiró Dominic.

Lucy asintió, pero Dominic sabía que no entendía nada. Ella no podía saber que había vuelto a Londres esperando encontrarla en casa, ni que Fionnula le había mentido. Ni que había pasado tres horas al teléfono intentando localizar a Jessie. Ni que había ido allí con la esperanza de verla.

—Lo siento. Debería haber hablado contigo, pero Fionnula me dijo que no te gustaba que te molestasen cuando estabas trabajando.

Dominic apretó los puños.

—Cuando llegué a casa y la encontré vacía me asusté.

—¿Cómo nos has encontrado?

—Jessie —contestó él.

—¿Por qué has venido, Dominic? Podrías haberme llamado a casa.

A casa. Aquélla era su casa. Shropshire. El sitio en el que había sido feliz con Michael. El sitio donde quería estar.

—Quería verte, hablar contigo. Saber cómo estabas.

—Estoy bien.

«Estoy embarazada de tu hijo». Tenía que decírselo. ¿Lo sabría? ¿Le habría dicho Jessie algo?

—No es verdad. No estás bien. Y yo tampoco. Sé que estás deprimida desde la boda. Quería convencerte para que te quedases conmigo, pero…

—¿Pero?

—Creo que ha llegado la hora de enfrentarse con la verdad —suspiró Dominic, resignado—. Supongo que podremos solucionarlo de alguna forma.

Lucy habría querido gritar que lo amaba, que iba a tener un hijo

suyo, pero no era capaz de hacerlo.

—¿Quieres que nos divorciemos?

Dominic se pasó una mano por el pelo.

—Creo que podemos encontrar la forma de cuidar de las niñas sin destrozar nuestras vidas. Es hora de parar esto.

De modo que había llegado el momento que más había temido. Si le contaba lo del niño, no habría divorcio. La tentación era demasiado fuerte, pero Lucy hizo un esfuerzo. Sería mejor darle una oportunidad para que fuese feliz.

—¿Por qué ahora? ¿Es por Fionnula?

—No, claro que no —contestó él, exasperado.

—Lo siento. Pensé que… sé que ella está interesada.

—Pero yo no. Aunque Vanessa esperaba que nos casáramos, claro.

—Jasper me dijo que a ti no te gustaba.

—Y no me gusta. Ahora menos que nunca. Quiso hacerme creer que me habías abandonado…

—Bueno, eso ya da igual —suspiró Lucy—. Lo importante es que las niñas no sufran.

—Y han tenido la oportunidad de conocernos y vivir con los dos.

—Así que ha merecido la pena, ¿no?

—Sí.

Aquello era tan doloroso… Para Lucy era como cuando el médico le dijo que Michael tenía cáncer o cuando recibió la noticia de que Chloe no era su hija biológica. Era esa clase de dolor, tan terrible, tan profundo, que te deja inmóvil.

—¿Cuánto tiempo se tarda en conseguir un divorcio? No tengo ni idea.

—No hay prisa —dijo él—. Primero tendremos que hablar del asunto económico.

—Yo no necesito nada. Tengo mi casa.

—Podríamos buscar dos casas en el campo, que estuvieran cerca la una de la otra, ¿no te parece? —siguió Dominic—. Así las niñas podrían seguir juntas.

Lo que estaba sugiriendo era una tortura. Verlo todos los días y saber que no podía tenerlo sería imposible.

—Pero si vuelves a casarte…

—O tú.

Lucy suspiró. No iba a casarse. Estaba embarazada de su hijo.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—Yo volveré a Northumberland para terminar el documental. Será un poco más complicado sin Fionnula, pero me las arreglaré. Mientras tanto, tú puedes buscar un sitio que te guste. Si conoces a alguien,

habrá que apresurar el proceso, claro.

En silencio, fueron juntos hasta su casa. Lucy abrió la puerta, sintiendo que Dominic se comía todo el espacio de aquel estrecho pasillo.

—Siento que no puedas colgar tu abrigo. El perchero se cayó hace tiempo y nunca he tenido tiempo de volver a colgarlo… —no pudo terminar la frase.

—Lucy, ¿qué te pasa?

Había terminado. Todo había terminado. Estaban siendo tan educados, tan dignos, tan razonables. Pero ella estaba asustada, furiosa y… triste. Dominic no la quería, no podía quererla.

—No llores, por favor —murmuró él, abrazándola—. Todo irá bien. Pensaré en algo. Nunca debería haberte forzado a este matrimonio. Lo siento tanto…

No era culpa suya. No lo era. Lucy quería decir algo que lo consolase.

—Desde el principio me dijiste que no podías amarme. Tú…

—He sido un idiota —la interrumpió él—. Soy un idiota. Daría lo que fuera por hacerte feliz, Lucy.

—¿De verdad? —murmuró ella, como hipnotizada por los ojos azules.

De repente, Dominic buscó sus labios y Lucy dejó de pensar. Sólo sabía que él la estaba besando.

—No te vayas, por favor.

—Yo…

—No te vayas nunca. Te necesito, te quiero. Debería habértelo dicho antes, pero… no lo he sabido hasta ahora.

Los ojos de Lucy se llenaron de lágrimas.

—Sé que no era parte del acuerdo. Sé que te dije desde el principio que no esperaba amor de este matrimonio. Y no estaba mintiendo —siguió Dominic, apasionado—. Yo no lo esperaba. No sé cómo o cuándo ha pasado, pero te quiero. Sé que has sido muy infeliz conmigo y que no he hecho nada para evitarlo… Debería haberme percatado de las maniobras de Fionnula, pero… Si quieres tu libertad, yo…

De repente, su alma parecía llenarse de sol.

—¿Y si no quiero?

Dominic apretó sus brazos, mirándola con una incredulidad enternecedora.

—Te quiero —dijo Lucy entonces—. He sido infeliz porque no podía creer que pudieses amarme algún día y yo…

—¿Lo dices de verdad?

Lucy sonrió. Esa fue la respuesta y Dominic, emocionado, la estrechó entre sus brazos.

—Debería habértelo dicho en cuanto lo supe. Creo que lo descubrí incluso antes de la boda. Y me sentía tan culpable…

—Por Eloise —dijo ella, con tristeza.

—En parte, pero también porque te había prometido un matrimonio en blanco. Me avergonzaba sentir lo que sentía por ti cuando tú llevabas poco tiempo siendo viuda.

Lucy apoyó la cara en su pecho, escuchando los reconfortantes latidos de su corazón.

—¿Por eso me dijiste que esa noche había sido un error?

—No, no… Dije sólo lo que pensé que tú querías oír.

—¿Y por qué pensaste eso?

—Porque te vi llorar.

—¿Cuándo?

—Después de hacer el amor. Te vi llorar y supe que estabas pensando en Michael. Supe que me había aprovechado de la situación…

—No es verdad, Dominic.

—¿No?

—Lloraba por ti. Porque te amaba y lo que habíamos compartido fue tan bonito… Sabía que nunca podría ser como Eloise, pero pensé…

—No quiero que seas como Eloise —la interrumpió él—. La quería y siempre recordaré el tiempo que estuvimos juntos… Tú también quisiste a Michael, pero si no los hubiéramos conocido, si no los hubiéramos amado, seríamos dos personas totalmente diferentes —dijo Dominic, besando su cara—. Ahora somos otras personas. Y la persona que soy ahora está loca por la persona que eres tú.

Lucy estaba temblando, al borde de las lágrimas.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Compensar el tiempo perdido. Tenemos que volver a Londres, vender la casa y buscar algo que nos guste a los dos.

—A las personas que somos ahora.

—Eso es. Tenemos que empezar de nuevo, cariño —sonrió Dominic —. Por cierto, señora Grayling, ¿va a tenerme en el pasillo mucho tiempo o va a llevarme a un sitio donde pueda demostrarle cuánto la quiero?

Lucy vaciló. Había algo, algo muy importante que no le había contado.

—Con una condición.

—Dime.

—Que prometas estar a mi lado cuando despierte.

Dominic le dio un beso en la frente.

—De acuerdo.

—Es que… te necesitaré por las mañanas para llevarme una taza de té y una galletita salada —murmuró Lucy, mirándolo a los ojos—. Estoy embarazada. Sé que debería habértelo dicho…

—¿Qué?

—Que vamos a tener un hijo. Iba a decírtelo, pero no sabía… ¿estás enfadado?

Dominic bajó la mano hasta su abdomen.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace poco. Vine aquí a pensar. No quería que te quedases conmigo por el niño.

Él la apretó contra su corazón.

—Eres una mujer increíble, Lucy. Te quiero tanto… No me lo puedo creer. ¿Vas a tener un niño, nuestro hijo?

Ella sonrió, trémula.

—Tuyo y mío.

—Me gusta cómo suena eso —sonrió Dominic, intentando disimular que también sus ojos se habían llenado de lágrimas—. ¿Tienes alguna otra sorpresa para mí?

—No, creo que no.

—En ese caso, llévame a la cama. Si no recuerdo mal, a partir de ahora vamos a tener poco tiempo para estar solos.

Epílogo

Lucy miraba el artesonado del techo de la casa que Dominic y ella habían elegido juntos. El hermoso artesonado del siglo XVII casi la hacía olvidar los meses de polvo y albañiles que habían estado a punto de hacerles perder la cabeza.

El bajo del vestido verde esmeralda rozó la madera del suelo cuando se inclinó para tomar el tacataca que había acabado en el pasillo. La vida había cambiado por completo para ella.

—Estás preciosa —dijo Dominic, envolviéndola en sus brazos—. Como siempre.

—¿Tú crees que estoy presentable?

—Creo que estás estupenda. Tanto que…

—No hay tiempo tenemos que ir a una entrega de premios, ¿recuerdas?

Dominic dejó escapar un suspiro.

—Ahora entiendo por qué las mujeres llevan estos moños altos, para que sus maridos puedan besarlas en el cuello…

—No seas malo, tenemos que irnos —lo interrumpió Lucy—. ¿Llevas el discurso?

Dominic comprobó el bolsillo del esmoquin.

—Si no gano el premio, no podrás oírlo.

—¿Es bueno?

—Es importante —contestó él poniéndose serio.

—¿Por qué?

—Porque si no gano no podrás oír cómo le doy las gracias a mi mujer por devolverme la vida —dijo Dominic, tomando su cara entre las manos—. Quiero que sepa lo que significa para mí. Sin ella, no sería nada. Quiero darle las gracias por nuestras hijas, Abby y Chloe, y por nuestros hijos, Benjamín y Edward. Y por todos los hijos que Dios quiera enviarnos.

—De nada —sonrió Lucy.

—Y quiero darle esto —Dominic sacó del bolsillo una cajita de terciopelo negro.

—¿Qué es?

—Ábrela.

Lucy abrió la caja y miró el interior, extasiada.

—Me han dicho que es la libertad combinada con una intensa seguridad —explicó Dominic—. ¿Ves cómo el oro envuelve el diamante?

—¡Es el collar de Jasper!

—Es tuyo ahora. Volví a ver el diseño el otro día y le pedí que lo hiciese para ti —sonrió él, acariciando su escote—. Y he pensado que quedaría perfecto justo ahí. Tú eres mi diamante, Lucy.

—Te quiero —dijo ella en voz baja.

Su marido la miró con aquella sonrisa que siempre la hacía sentir ligeramente mareada.

—Yo también te quiero.

Fin